

CARLOS VALVERDE LÓPEZ



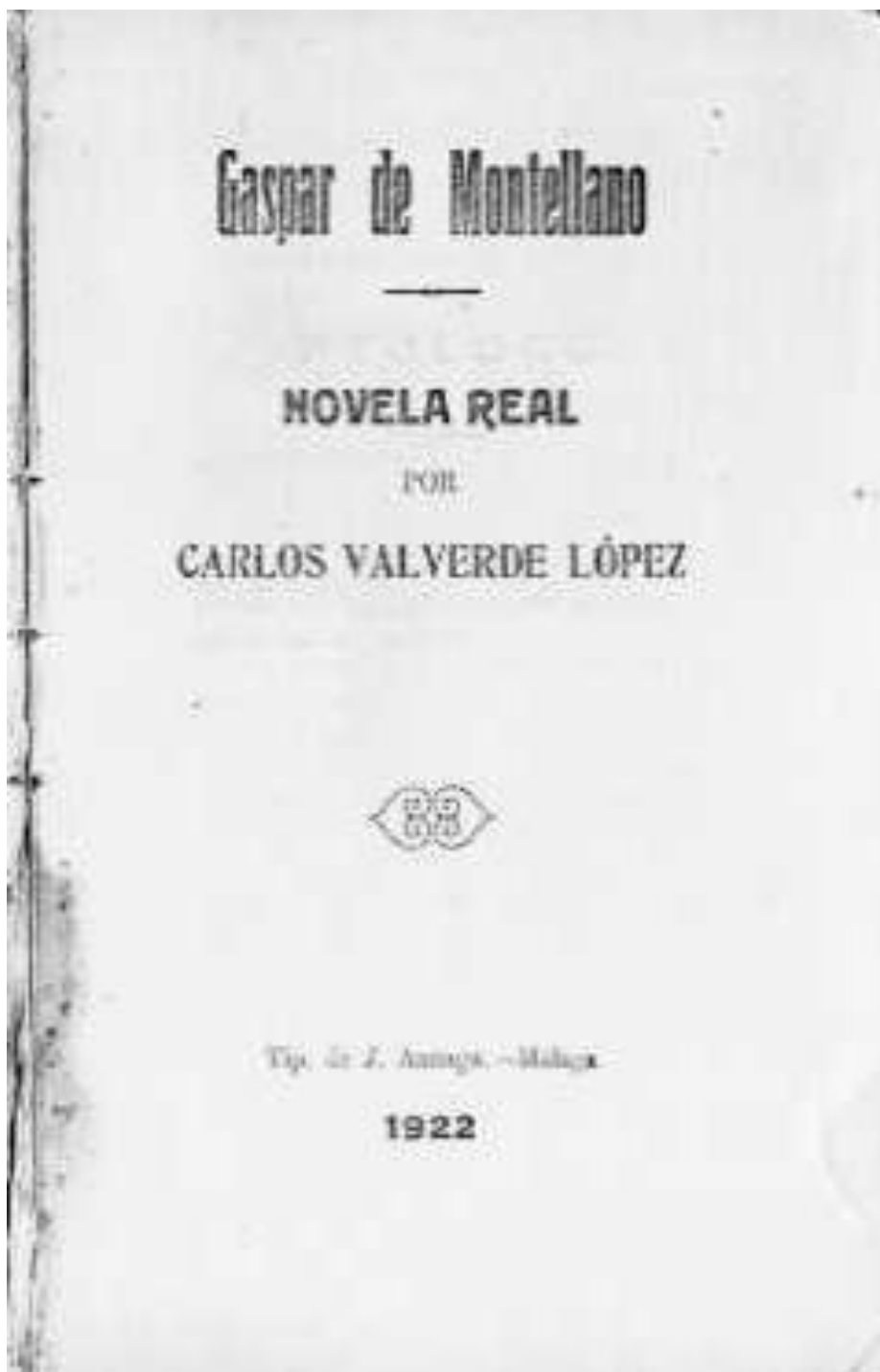
GASPAR DE MONTELLANO

Novela real



CARLOS VALVERDE LÓPEZ

**GASPAR
DE MONTELLANO**



GASPAR DE MONTELLANO
POR
CARLOS VALVERDE LÓPEZ

La novela "Gaspar de Montellano"
--Que solo tiene de novela el nombre--
Es la historia verídica de un hombre.

Cuya trágica vida fué un arcano.

Si es un enigma el corazón humano
El suyo fué un abismo, y no os asombre
Que al caer en la tumba, su renombre
Resurja y se agigante soberano.

Cumpliendo su mandato--que es sagrada
La voluntad del que en nosotros fia--

Doy esa historia a luz, tan acabada

Como él me la inspiró día por día;

Leedla y hallaréis en su lectura

Algo que llega al alma ¡y que la cura!

Edición de
Enrique Alcalá Ortiz

PRÓLOGO

Esta novela lleva el subtítulo de "real", porque real y efectivamente ha sucedido lo que en ella se contiene.

Su protagonista, Gaspar de Montellano, existió y habitó en Priego durante la época en que se desarrolla la acción; lo mismo puede afirmarse de muchos personajes que en ella figuran, y si es el autor -y actor al propio tiempo- no se diga si está vivo, y Dios me le conserve por largos años.

La esencia, pues, del intenso drama que este libro encierra, es cierta y si no bastara la palabra del dicente, que ahora no habla como novelista, sino como cronista, pregúntese a cuantos vecinos de Priego alcancen una mediana edad, y todos darán testimonio de haber conocido al héroe, especialmente bajo su pintoresco seudónimo, de haberle visto ejercer el cargo que aquí se le atribuye, y añadirán que su aparición fue tan inesperada y misteriosa como su desaparición, y su vida tan ejemplar y enigmática, que dejó hondas raíces en la memoria del pueblo.

Y de tal suerte fueron hondas estas raíces, que al cabo de siete lustros que transcurridos van desde su partida, la figura de Gaspar de Montellano permanece viva, delineada e interesante en la conciencia de cuantos le conocieron; su nombre, en vez de esfumarse, se graba y aún esculpe en la imaginación colectiva y sus hechos se narran y transmiten con tendencia a la perpetuidad.

Mas he aquí, que al correr de los años, el misterio que ensombrecía la memoria de aquel hombre, va a desvanecerse por completo; la esfinge va a hablar, y para que todo sea paradójico en ese hombre-esfinge, va a hablar después de muerto quien tanto callara en vida.

Gaspar de Montellano entró en el reino de la eternidad una tarde otoñal de 1921; su muerte le fue comunicada al autor pocos días después, y con la noticia de su muerte recibió un documento autógrafo y un encargo expreso, a modo de última voluntad, para que diera al dominio público la historia de su vida, rasgando así el velo impenetrable que la cubría.

Ahora bien; con las íntimas confidencias que de él recibiera, con las que obtuvo de personas que gozaron de la mayor estimación del ya muerto, y por último, con la revelación de ultratumba mencionada, el autor ha compuesto e integrado la presente obra, que no tiene de novela más que el nombre y alguno que otro episodio, secundario como tal, que para amenizarla ha introducido en ella.

De propio modo, desarrollándose la acción en Priego, su ciudad natal, ha creído oportuno, con el fin de prestar a la narración más vida, doble atractivo y ambiente local, trazar los cuadros, reflejar las costumbres, bosquejar las fiestas que por típicas y populares, dan carácter al teatro de los sucesos y revelan la natural condición de sus coetáneos.

Y ahora, lector amable, la última palabra, y a fe que debió ser la primera; si tienes por ventura una hija buena, como la mereces, inocente, como te la deseo, no tengas inconveniente en darle a leer este libro, que su bondad e inocencia, no sólo quedarán incólumes, sino que se acrisolarán con la enseñanza y el alto ejemplo moral que saque de su leyenda.

De ello te responde, no ya como autor, como padre,

Carlos Valverde

Priego de Córdoba, enero de 1922.

I EI CORDÓN SANITARIO

Triste a la par que pintoresco aspecto presentaba la ciudad de Priego (Córdoba) en los comienzos del verano de 1885.

Triste porque la preocupación, la honda ansiedad de algo tan desconocido como pavoroso, se retrataban en todos los semblantes; pintorescos porque la común defensa contra ese algo aterrador hacía que los vecinos, sin distinción de clases, adoptaran una actitud inusitada, genial, heroica, en la cual cifraban su salvación.

¡No había de ser pintoresco el acordonamiento humano de un pueblo de cierta importancia, hasta el punto de que en él no pudiera entrar nadie, absolutamente nadie, procedente de fuera!

He aquí en lo que consistía dicho acordonamiento. Figúrese el lector que a la terminación del perímetro urbano, o sea en el circuito formado por la última línea de casas hallábanse colocadas, siempre en puntos fijos y estratégicos, tantas parejas de vecinos, y tan inmediatas entre sí, cuantas necesarias eran para que no pudiese entrar persona alguna sin ser vista; parejas que soportaban inmóviles, con un estoicismo espartano, las dos horas que constituían su turno para cederlo a otras sucesivas, practicando todas la misma radicalísima consigna: impedir de grado o por fuerza la intromisión de gente extraña.

Y así el santo día y así la santa noche; y así el mes Julio y el de Agosto y el de Septiembre, sin que fueran óbice a tan extremada vigilancia las siestas caniculares que ahogaban con su calor sofocante, ni los infinitos insectos, dípteros, sobre todo, que mortificaban con su terco picoteo. Dijérase a juzgar por aquel aparato de resistencia que Priego era una ciudad sitiada por enemigo implacable, y que a su épica defensa acudía, como un solo hombre, el vecindario en masa.

Mas... ¿quién era el enemigo?

No por invisible dejaba de existir; existía en efecto y avanzaba a la sazón por toda España, donde iba dejando inmenso rastro de muerte: el enemigo era el cólera morbo asiático.

Desde el mes de Mayo en que hizo su aparición asolando y desolando las grandes urbes levantinas, había extendido su siniestro dominio por todas partes, y cuando llegó a Andalucía extremó sus mortíferas iras en Granada, convirtiendo tan hermosa ciudad en vasto cementerio. Para confirmar lo cual sólo es preciso aducir el hecho auténtico y oficial de haber excedido de ochocientas el número de defunciones coléricas que allí se registraron el 13 de Agosto.

La provincia de Córdoba vióse invadida simultáneamente, y cuando los hijos de Priego advirtieron la inminencia del peligro todos, con sus autoridades a la cabeza, tomaron la resolución ya consignada, resolución que podía ser extraña, arbitraria, ilegal, si se quiere, pero que fue, como más adelante se verá, salvadora.

Claro es que tal procedimiento, aunque radical, no era el único empleado para conseguir el fin que se perseguía, que otros coadyuvaban al mismo efecto, desde la solemne rogativa elevada a Dios, fuente de toda salud, hasta la

múltiple adopción de medios profilácticos dictados por la ciencia y recomendados por la experiencia.

Y ya en el campo un tanto fantástico de la inventiva humana no faltaron doctores graduados en la universidad de la ignorancia, cuyos alumnos son infinitos, que preconizaran medios seguros y definitivos para conjurar el peligro. Véase uno de tantos: cundió entre el vulgo la especie de que el aguardiente era una gran preservativo contra el cólera, y tan en moda se puso la medicina, que hasta las persona más morigeradas tenían siempre una copita por delante. Era aquélla una manera honesta de beber sin escándalo de nadie, pero lo peor del caso fue que muchos se aficionaron tanto a esta profilaxis que, cuando ya no se hablaba del cólera ni en la India, todavía seguían usando y aun abusando del rico preservativo.

Todo lo contrario sucedía con el consumo de frutas: levantáronle a éstas el falso testimonio de ser nocivas para la salud, y ya podían los pobres hortelanos llevarlas al mercado que si en víboras se convirtieran, mejor las comprara el público que un kilo de brevas o medio de manzanas. Consecuencia de ello fue que dicha especie se vendiera al precio de la tierra blanca; mas como nunca faltan despreocupados ni hambrientos en cuanto uno de éstos reunía veinte céntimos, que no es mucho reunir, comprábase una *perra gorda* de fruta, por la cual le daban media arroba a escoger; bebíase otra *perra gorda* de aguardiente para neutralizar los efectos *frutescos* y resultaba con una indigestión más *perra* y más *gorda*, que le ponía a las puertas de la muerte.

A seguida, la alarma consiguiente: aviso a los médicos, reunión de la junta sanitaria, llegada de los doctores a la casa del caso, examen del enfermo, terrible cuadro patológico de éste, sudores fríos, calambres, vómitos y... *de lo otro*, un hombre que se muere a chorros, (¡y tan a chorros!) con todos los síntomas del cólera, menos el cólera. El caso quedaba reducido a un simple ataque de enterocolitis a causa de un *entero kilitis* de pepinos o de brevas que el pobre diablo había ingerido, con lo cual el drama se convertía en sainete, el paciente no teniendo nada ya que echar, se echaba a dormir, la familia se tranquilizaba, los médicos se despedían con aire de triunfo, la gente, regocijada, comentaba el lance y... hasta otro.

Tales fueron los casos similares del morbo asiático que se presentaron en aquellos fatídicos meses, casos que se repiten todos los años en la estación estival sin alarma de nadie, pero que la produjeron muy honda en el verano de referencia por su semejanza con la enfermedad reinante.

Llegó y avanzó Septiembre; soplaron las primeras brisas otoñales y coincidiendo con ellas comenzó a decrecer el temible y mortífero fantasma en toda la península.

Por lo que a Priego se refería, era ya general la convicción de que el cólera no traspasaría sus puertas, y esto no obstante, manteníase el orden y el servicio sanitario con tal tesón que rayaba en lo épico.

Un acontecimiento, empero, si esperado por su naturaleza, inusitado por su cuantía, vino a poner solemne fin a tan heroico empeño: la tormenta del 25 de septiembre, la más intensa y la más extensa, en cuanto a duración, que descargara en Priego en el siglo XIX. Con decir que comenzó a las siete de la tarde y que, sin amainar un momento en su furia, duró hasta las siete de la mañana siguiente, está dicho todo.

¡Doce horas diluviando, mientras el cielo ardía por los cuatro puntos cardinales!

Inundáronse varios sitios de la población, desbordáronse los arroyos que, haciéndose ríos, asolaron el campo; las huertas que antes fueran plantales de verdor y esperanza de fruto, convirtiéronse bien pronto en lecho de peñascales, y a cada instante, en la negrura de la noche, rubricaba aquella página de horror el siniestro centelleo del rayo que cruzaba el espacio en todas direcciones.

Resultado de tan inmensa tempestad fue que las numerosas parejas constitutivas del cordón sanitario, impotentes para luchar con los elementos desencadenados, viendo en peligro sus vidas y temiendo por las de sus familias, sin previo acuerdo, pero con sentir unánime, abandonaran los puestos de vigilancia dejando el campo libre. El 26 de Septiembre, Priego franqueó la entrada a todo el mundo, pudiendo decir sus habitantes, sin jactancia, pero con verdad, que en la alta misión que se impusieran no fueron vencidos por la fuerza de los hombres, sino por el poder de Dios.

En la tarde de ese día 26, alejada la tormenta, despejado el cielo y enjuato el pavimento bajo la acción solar, casi todo el vecindario se echó a la calle, ávido de ver los destrozos y comentar el alcance de la catástrofe. Los temores del peligro colérico quedaban relegados a segundo término y la atención de los ánimos y el tema de las conversaciones giraban sólo en derredor de la tormenta pasada. Con especialidad en la plaza pública, centro de la vida local, estación de curiosos y desocupados y lugar donde radicaban múltiples establecimientos mercantiles y de recreo, el comentario de lo sucedido era más vivo y general que en parte alguna, y si la atención se desviaba del tema obligado, era sólo para fijarla en tal o cual transeúnte desconocido, "rara avis" en los últimos meses y por lo mismo más a propósito para atraer sobre sí la curiosidad de la gente.

Abiertas las puertas de la ciudad a todo el que traspasarlas quisiera, era natural que la contención sostenida por tanto tiempo se convirtiese en irrupción copiosa de elementos y tipos diversos; así que ya era un vendedor ambulante, ya un arriero con su recua de vistosas sedas engalanada, y algún gitano que en pos de la recua iba por si fuera preciso *amparar* a cualquier cabalgadura que se demandase, ya tal o cual forastero, mendigo o ganapán, los que atravesaban con harta frecuencia la plaza, siempre concurrida, aquel día, concurridísima.

Ahora bien, este pintoresco desfile de tipos heterogéneos apenas interesaba por su reconocida vulgaridad, pasando casi todos inadvertidos ante los numerosos parásitos allí congregados, cuando he aquí que inesperadamente y sin saber por dónde, apareció un sujeto de tan rara catadura y vistosa indumentaria que atrajo sobre sí muy luego la atención general.

No tenía el recién llegado traza común con ninguno de los advenedizos anteriores; no parecía, por tanto, ser vendedor ambulante, ni arriero, ni gitano, ni campesino, ni mendigo; no podía ni aun clasificársele dentro de una determinada clase social y por esa apariencia exótica, *sui generis*, resultó tan sugestiva su figura, que por esta vez cesaron de repente y por completo los comentarios, ya un poco manidos, de la catastrófica noche pasada, para dedicarlos íntegros al nuevo personaje que engendrado, al parecer, por las sombras de aquélla, presentábase a la plena luz del día como suprema interrogación humana.

II EL FORASTERO

El sujeto, en cuestión, era un tipo digno de estudio. Siendo joven, parecía viejo; llevando la ropa en pura derrota, mostraba aire distinguido; a través de su sonrisa, acaso forzada, se adivinaba una profunda tristeza, queriendo dar la nota de vulgaridad y hasta de estulticia; relampagueaba en sus ojos de vez en cuando la chispa de la inteligencia y acusaban sus actitudes estar en posesión de sentimientos delicadísimos; el forastero aparecía como una paradoja de sí mismo.

Su traje, ya lo he dicho, era sencillamente miserable, desde las pobres alpargatas hasta el sombrero, que un día debió tener alas y ya no tenía ni alores, pasando por el resto del vestido que ni podía estar más pasado, ni ser menos resto de lo que fue.

Juzgado a primera vista, sin hacer un análisis de su psicología, aquel desconocido daba la impresión de lo que comúnmente se llama un "pobre hombre", un desgraciado más en este mundo donde tantos hay, pero con la agravante de miseria manifiesta.

Dije "sin hacer un análisis de su psicología", pero ¿es que puede hacerse este análisis *a priori*, es decir, juzgar el estado y las condiciones anímicas a la simple vista, por la mera percepción de los sentidos?

Nunca y en el caso presente menos que nunca; la paradoja, repito, constituía su personalidad, y como lo paradójico envuelve contradicción, no podía atribuírsele cualidad alguna positiva, puesto que luego era desvirtuada por el término contrario. En todo caso sólo podía afirmarse que era altamente cuidadoso del aseo personal, virtud siempre laudable y laudabilísima en quien es carente de fortuna.

Sintetizando, pues, el juicio que por mera impresión podía formarse del desconocido, diré que era joven, sin ser niño; pobre, sin ser andrajoso; limpio su cuerpo y enigmática su alma.

¿Qué profundo misterio se encerraba en ella?

He aquí el punto capitalísimo, el problema a resolver en esta verídica y singular historia; punto y problema, si ensombrecidos ahora, resueltos y claros, con claridad meridiana después, como verá el que siga honrándome con la lectura o favoreciéndome con su atención.

Dije al finalizar el capítulo anterior que la presentación de aquel hombre extraño en la plaza pública hizo derivar el curso de las conversaciones hacia él, olvidándose un poco las impresiones y comentarios de la terrible noche pasada, y debo añadir ahora que a pesar de haber despertado la curiosidad general, él no se dio cuenta, o no quiso dársela, de aquel interrogante que había puesto en las gentes, y, como si estuviera solo, o invisible a toda mirada escrutadora, ambulaba olímpicamente, sin plan ni concierto de un lado a otro, siempre dentro del perímetro de la plaza, salvando el encuentro de aquéllos, especialmente muchachos, que se le ponían delante, por sobra de curiosidad o por falta de educación.

De este continuo vagar, que no pasear, así como de su absoluta indiferencia hacia todo lo que le rodeaba, vino a sacarle de improviso otro curioso

personaje, el cual con ademán entre familiar e imperativo, poniéndole una mano sobre el hombro le preguntó:

-¿Quién sois?

Quedóse un tanto suspenso el forastero, y tras breve espacio en formular la respuesta se limitó a decir:

-No lo sé.

-¿No lo sabéis y contestáis? La contestación verbal es prerrogativa del hombre, "ergo" si contestáis, sois...

-Un hombre.

-¿Nada más?

-Un hombre pecador.

-Enigmático estáis. Peor ¿no podréis decirle a otro, hombre como vos, y más pecador que vos, quién sois, de do venís, a dónde vais?

-No sé... no sé...

-Mas ¡por Cristo! ¿es que nada sabéis, que de nada os acordáis?

-De nada; no sé...

-Pues, hermano, que Dios os ampare...

Y esto diciendo, el segundo personaje volvió la espalda desdeñosamente al primero y encaminóse al punto de su partida, o sea a un cuchitril con honores de habitación que radicaba en la misma plaza, en cuya exigua pieza, reunidos y casi sin caber, había escasamente treinta hombres, jóvenes en su mayor parte y alegres por añadidura.

Aumentó el regocijo de los mismos la llegada del que sin duda esperaban y todos a una le preguntaron con impaciencia:

-Vamos, Nebrija; ¿quién es? ¿quién es?

-Es un amnésico.

Carcajada general, pero tan grande e insolente que debió mortificar al interrogado, según lo adusto que mostró el semblante.

-Con que un... ¿y eso qué es? -inquirieron varios.

-Un hombre que carece de memoria, como vosotros carecéis de inteligencia. Ahora nadie rió; el botonazo había resultado tan cruel como merecido.

Repuestos del golpe, el más discreto de los castigados razonó:

-Porque carecemos de ella te hemos dado el encargo a ti, que la tienes en demasía, de que exploraras a ese hombre, pero se conoce que la tuya ha quedado en esta ocasión a la altura de la nuestra.

-Al sofisma apeláis, amigo; ¿qué tiene que ver la facultad intelectual con la función inquisitiva?

Nuevo botonazo seguido de silencio.

-Vaya, vaya -exclamó rompiéndolo el más viejo de los contertulios- Nebrija está hoy imposible, se remonta a las nubes, más que a las nubes, al cielo, y es menester que baje a la tierra. ¡Eh, Quesada!, un vaso de vino a Nebrija.

-¿Queréis que baje a la tierra, o queréis dar conmigo en tierra?

-Queremos que hables como nosotros, hablamos, para que logremos entenderte, que éste no es ateneo de sabios, sino círculo o "casinillo" de humildes cazadores.

-A la humildad me avengo, que no a la burla, y ya que en tan buena razón os hallo, preguntad.

-Bebed antes, don Nebrija -dijo un joven queriendo dársela de chistoso y remedándole en su modo de hablar.

-Conque "don Nebrija" ¿eh? -acentuó con gran soma el aludido mientras tomaba el vaso de manos del criado- pues, a vuestra salud, "don Peribáñez".

-¡Eh! ¡Eh! -protestó el mozo- yo no me llamo Peribáñez, sino Antonio.

-Ni yo me llamo tampoco Nebrija, con cuyo apellido, aunque no es mío, me honran, Antonio.

Todos miraron a éste con gesto de burla por lo que él, algo mohíno, tuvo a bien callar.

-Preguntad lo que gustéis, don Felipe -insistió Nebrija volviéndose a su viejo interlocutor.

-Allá voy. Aparte de lo amnésico, que ya sabemos lo que es, ¿qué otra cosa crees tú que pueda ser ese hombre?

-Para mí es o un desmemoriado o un loco.

-¿No pudiera ser un hipócrita?

-No.

-¿Y un criminal?

-Menos.

-¿Y un borracho?

-¡Ca! Lo hubiera yo conocido.

Rió el concurso la sinceridad de la respuesta y Nebrija rió también, añadiendo:

-Veo con gusto que todos nos vamos alegrando.

-Sí, la alegría es contagiosa -dijo a la sazón otro contertuliano extremadamente bizco-; Quesada, *alegra* otra vez, por mi cuenta, al señor Nebrija.

-Se acepta y se estima, señor López de Haro.

-Motes no, que yo soy López Arillo.

-¡Bah! ¿Os molesta que os llamen como al famoso Señor de Vizcaya?

Y subrayó el "Vizcaya" bizqueando los ojos a punto de perderlos.

-Bien te sacudes las moscas, amigo Nebrija -advirtió otro.

-Poned moscones y acertaréis.

Llegó en esto Quesada con el segundo vaso de vino, que no bien *vino*, cuando se fue por el mismo derrotero que el anterior.

Y así continuó por largo rato el escarceo de dimes y diretes en aquella reunión original, punzando los unos a Nebrija y defendiéndose éste con sangrientas ironías, no sin repetir las libaciones alcohólicas que acabaron, como siempre, por ponerle calamocano.

Produjose de pronto gran ruido y mayor revuelo en la plaza, adonde convergieron todas las miradas.

Era causa de ello un caballo desbocado, que al atravesar por aquel sitio en veloz carrera, había atropellado a un pobre viejo el cual yacía en tierra, herido en la frente, de la que manaba sangre en abundancia.

Corrieron muchos en su amparo, mas adelantándose a todos precipitóse un hombre sobre el anciano, lo asió por el tronco con energías hercúleas, lo acomodó suavemente encima de sus hombros y preguntó con ansiedad:

-¿Dónde está la casa de socorro?

-Aquí, aquí; tráigalo al Hospital -le contestaron.

Y el improvisado filántropo, abriéndose paso por entre la multitud, orgulloso con su carga, triunfador y seguido de numerosa gente, se dirigió al establecimiento de beneficencia que muy cerca de allí estaba.

Ya las piadosas hermanas de la Caridad, que sirven aquella sana casa,

avisadas de antemano, tenían franca la puerta, y atravesándola, y tornando escalera arriba el conductor del herido lo depositó con gran cuidado en la cama que le indicaron.

Y cuando lo hubo depositado, fijó sus ojos en el rostro del anciano con ternura infinita, y le besó en la frente, y le limpió la sangre que de ella, sin cesar, corría.

Atónitas las hermanas, admiraban más que miraban tan sublime escena, y en su santa inocencia, casi creyéndolo, decían unas:

-¡Es nuestro padre San Juan de Dios!

-¡Es San Vicente de Paúl! -añadían otras.

Y mientras abajo, en la puerta, en la plaza, en la calle, en el pintoresco local llamado el "Casinillo", cuantos hablaban sobre el extraño suceso cuyos detalles eran sabidos y encomiados, decían a una voz:

-Pues no, no es un loco; ¡es un santo!

Y al decir esto se referían al forastero, al hombre misterioso que llegara a Priego, al parecer, en alas de tempestad...

III EL "CASINILLO"

Hoy no podría, sin agravio para dicho establecimiento y desconsideración a sus miembros, denominarle así, dado que actualmente, la sociedad a que me refiero, está aposentada en un magnífico edificio construido *ad hoc*, en el punto más céntrico y estratégico de la ciudad, con sendas fachadas a las dos plazas principales, e integrada por centenares de socios que la animan día y noche, en todo tiempo y sazón. Hoy no puedo ni debo darle otro nombre que el que oficialmente ostenta: "Círculo de Cazadores".

Pero en la época a que se remonta el principio de esta verdadera historia, en 1885, con llamarle "Casinillo" ya le hago favor, y no de otro modo se le conocía y denominaba por todo el pueblo. Prueba al canto:

Figuraos un local en planta baja y con puerta a la plaza, cuyas dimensiones eran seis metros de longitud, tres de latitud y la altura indispensable para que un hombre de regular estatura no se descalabrara; sin más luz de día que la que se filtraba por la puerta de entrada, y de noche que la de un mísero quinqué de petróleo que daba más tufo que claridad; añadid, por si os parece poca habitación, otra segunda y última al fondo de la primera, pero mucho más pequeña, sin luz a toda hora; y con esto, una treintena de sillas cojas, tres mesas tullidas, un brasero en duelo de muerte con el quinqué por ver cuál atufaba más, y una cortina de sol en la puerta con más jirones que Castilla -de apellidos- tendréis retratado el famoso "Casinillo" del año, no de gracia, sino de desgracia, de 1885, pues que entró con los terremotos, medió con el cólera y finó con la muerte del Rey don Alfonso XII.

Tenía aquella sociedad por toda servidumbre un conserje -Quesada- que al mismo tiempo era criado, repostero, mandadero, curandero de gallos ingleses, etcéteras; el cual cuando acudían más socios que los de costumbre se salía a la calle para que cupieran dentro.

Allí se hablaba de todo y de todos: el famoso Mentidero de las gradas de San Felipe fue un monasterio de cartujos comparado con el "Casinillo". Allí se hacía la cotización diaria de los frutos, especies y mercancías; se contrataban las fincas; se vendían o cambalacheaban las bestias; se llevaba una estadística de los vecinos que salían, de los forasteros que entraban, de las muchachas que tenían novio, de las que no lo tenían, especificando el porqué; de los raptos -y no de furor- que solían cometerse; allí se comentaba el último suceso local; se censuraba la última disposición administrativa; se susurraba, anunciándola, la quiebra próxima; se decían al oído -pero al oído de todos- los lances y percances más íntimos del hogar, y cuando no había ya más asuntos en que ocuparse, se acordaban los socios de que aquél era un círculo de cazadores y entonces hablaban de caza.

Y hablaban de caza, a sabiendas de que casi todos los hechos que contaban era pura ficción; que las proezas cinegéticas, tiros maravillosos, excelencia de los reclamos de perdiz, destreza de los perros y número de las piezas cobradas, etcétera, eran, no siempre, pero sí muchas veces infracciones manifiestas contra el octavo mandamiento de la Ley de Dios.

Y tan infractores se consideraban ellos mismos que establecieron como norma de verdad, para probar que se habían cobrado una o más perdices, la presentación de las patitas respectivas, sin cuyo requisito, que por tratarse de patas daba *patente* de certeza, eran nulos todo alegato o razonamiento.

Mas como a pesar de eso nunca faltaba quien metiera la *pata* o las *patas*, pues las presentadas solían ser, no de perdices muertas a tiros, sino compradas a tíos -a tíos cortijeros- se estableció una sanción penal pagadera en pesetas cuando se descubriese la engañifa, penalidad que siempre se sacaba pelo, o pluma arriba.

Tal era la sociedad "Casinillo" de entonces, que para colmo de cosas singulares, tenía la singularísima de ser hasta banco, pues que de tiempo en tiempo repartía beneficios entre sus miembros.

¡Dividendos una sociedad de cien individuos, que sólo pagaban una peseta de cuota mensual!

Justo; qué son cien pesetas al mes, pero como no tenía más gastos que treinta de casa, cuarenta y cinco para el conserje y quince de cisco y petróleo para calefacción y alumbrado, todavía quedaban diez pesetas mensuales, que unidas a unas noventa que rendían los juegos y las multas de los embusteros, sumaban no menos de cien pesetas a repartir cada mes. Y se repartían. Y lo que es mejor: se cobraban.

Hecho este ligero esbozo del simpático establecimiento, continuó el hilo de mi historia, sin salirme, por ahora, de tan regocijado local.

Era la mañana siguiente al día en que ocurrió el dramático suceso que relatado queda.

Las treinta sillas -ni una más- hallábanse casi ocupadas por los desocupados señores que primero llegaron.

Todos sentían avidez de noticias, con especialidad las referentes al misterioso forastero que no había vuelto a verse por las calles.

Se emitían los juicios más extraordinarios y favorables respecto a él; alguien hubo que le creyó un ser sobrenatural, traído por las nubes para altos destinos.

Disputábase si estaba aún en el hospital; discurríase qué podría hacer allí siendo innecesaria y antirreglamentaria su estancia, y para saciar la curiosidad que se los comía iban ya a mandar a Quesada, so pretexto de preguntar por el estado del anciano herido, cuando un -¡ah!- de común satisfacción, calmó las impacencias y llenó de alegrías los corazones.

En la puerta acababa de aparecer un nuevo socio, amigo de todos, cariñoso, simpático, servicial, de grata innata y persona bien quista y abonada en el pueblo. Además de tan excelentes cualidades, tenía la particular, en aquel caso, de prestar sus servicios profesionales como practicante de cirugía en el benéfico establecimiento. No cabía duda de que él sabía lo que allí pasaba.

-¡Don Rafael! ¡don Rafael! ¿viene usted del hospital? -le preguntaron.

-De allí vengo.

-¿Cómo está el herido?

-¿Se ha muerto?

-¿Quién es?

-¿Y el forastero?

-¿Está allí todavía?

-¿Quién es?

-¡Acabe usted, hombre!

-Si estoy esperando a que ustedes acaben -contestó.

Mientras tanto, Quesada, el buen Quesada, le había ofrecido una silla -la penúltima- para que se sentara.

Y cuando se hubo sentado, sacado la petaca, liado y encendido un cigarrillo, tosido y despojado del sombrero, todo ello para dar dulce matracaca a sus amigos, dijo:

-Pues sí, vengo del Hospital donde acabo de curar al viejo que ya da señales de vida, porque anoche temimos que no amaneciera, pero, bendito Dios, se ha rehecho y la herida va por buen camino. Se llama Tomás Campaña, labrador de las Navas. ¿Queréis saber algo más?

-Sí, hombre; queremos saber qué ha sido del otro.

-Del que recogió al herido.

-Del forastero.

-¿Está allí?

-¿Qué hace?

-¿Le ha visto usted?

-¿Quién es?

-Vamos por partes, señores -dijo don Rafael dando una chupada al cigarrillo, volviendo a toser y cambiando de postura: el otro, el desconocido, está allí. Ha rogado a las hermanas con tal encarecimiento que le dejen velar y asistir al herido que no han podido negarse y, con permiso del Alcalde, allí se ha quedado. Por cierto que una de ellas, sor Teresa, cuando yo me despedía, ha seguido tras de mí y ya en la galería me ha dicho: "Don Rafael, estamos impresionadísimas con la presencia y conducta de ese santo varón en esta casa. En toda la noche no se ha retirado un momento de la cabecera del pariente. Él le fricciona las piernas, según disposición facultativa; él le recompone el embozo cuando el herido se destapa sofocado por la fiebre; él le ahuyenta las moscas, él le limpia el sudor, él le besa en la frente a hurtadillas cuando cree que no le vemos, y él ¡pásmese usted don Rafael! se hinca de rodillas y reza y llora todo a un tiempo, con emoción tan intensa que esta madrugada tuvimos que hacerle una taza de tila, que, a duras penas, se tomó. Por lo demás, no ha querido aceptar alimento alguno, aunque mucho se lo ha rogado nuestra madre, ni reclinar siquiera la cabeza... ¡Don Rafael! ¿qué hombre o qué santo es el que nos ha entrado por las puertas?". Esto me ha dicho sor Teresa, y esto os repito yo a vosotros... ¿Queréis saber algo más?

Cuando acabó de hablar don Rafael temblábale la voz y, al mirar en torno suyo, advirtió que el auditorio estaba suspenso, emocionado, y que a alguno de entrañas más sensibles o más blando de lágrimas, casi le asomaban a los ojos.

Un silencio solemne y sostenido fue el remate de aquella interesante narración.

Mas como de lo dramático a lo cómico sólo hay un paso, puso fin a escena tan sentimental la inopinada presentación de Nebrija, quien, entrando como una tromba, llegó hasta el centro del local y, al advertir el silencio y la preocupación reinantes, exclamó:

-Pero ¿qué diablos os pasa? ¿Se ha muerto alguien? ¿Vais a rezar, por ventura? ¿Estáis malos, por desventura?...

Y como nadie respondiera,

-¡Pardiez! Quesada, -añadió- dame una silla que voy a esperar ¡sentado! la contestación.

Alargóle el conserje la última que quedaba, y, no bien dejóse caer sobre ella, crujió la silla escandalosamente, cada pie tiró por su lado y Nebrija rodó al suelo entre la risa y algazara de los circunstantes.

Levantóse el caído rápidamente, con el semblante más descompuesto que la silla, y asiendo un palo de ésta íbalo a estrellar en son de venganza contra la cabeza de Quesada, pero ya el conserje se había puesto a salvo en la calle, no sólo por huir de la agresión, sino por falta de cabimento en el local.

IV SIGUIENDO SU DESTINO

Un mes escasamente había transcurrido a partir de los acontecimientos que relatados quedan cuando el hospital de San Juan de Dios parecía trocado de lugar de padecimiento y tristeza en mansión de sana y honesta alegría.

Debíase esta agradable mutación a un rasgo generoso del alcalde, quien celebrando su fiesta onomástica el 24 de Octubre -San Rafael- habíase dignado regalar al benéfico establecimiento buen golpe de gallináceas para que en su nombre fueran consumidas entre los pacientes y las caritativas enfermeras.

Pero no era esto sólo: por una feliz coincidencia, los enfermos existentes a la sazón, sobre ser pocos, convalecían con vistas a la plena salud, y el anciano herido, Tomás Campaña, había sido ya dado de alta y debía salir del hospital el celebrado día de San Rafael.

Todo era júbilo, pues, en aquella santa casa. Hasta el misterioso forastero, que aún residía en ella y saldría por la tarde con su protegido, mostraba cierta satisfacción, algo incoherente como todo lo suyo, pero bastante a ser una nota más, y no discorde, en el ambiente de bienestar que allí se respiraba.

Habíase ya terminado la comida cuando el alcalde se hizo anunciar, siendo a seguida recibido por la comunidad.

-Vengo hermanas, dijo, a darles las gracias por su tarjeta de felicitación y por los ricos dulces que me han enviado.

Si a dar gracias vamos -respondió la superiora- ¿cuántas le daremos al señor alcalde por el abundante y sustancioso donativo que nos ha hecho? Dios le premie tal bondad, que nosotras nunca olvidaremos, y reciba también la expresión de gratitud de nuestros pobrecitos enfermos, que no se han levantado de la mesa sin pedir a Dios por usted y por su querida familia.

-El Señor nos favorezca a todos.

-Así sea -contestaron las religiosas.

-Y, a propósito de enfermos -dijo el alcalde- ¿es cierto que aquel desconocido que condujo en hombros hasta aquí a Tomás Campaña ha reaccionado de espíritu y se encuentra más comunicativo?

-Con la venia de mi madre -se adelantó a decir sor Teresa- más tranquilo y confortado si que está, porque su ánimo ha ido mejorando al par que la salud de Campaña, pero comunicativo no está mucho más, y nosotras, aunque lo procuramos, no hemos podido sacarle nada en claro del misterio de su vida.

-Es raro ¿verdad? ¡Lástima que no sea transparente el pecho humano para poder apreciar la naturaleza e impulsos de cada corazón!

-Para mí tengo -repuso sor Teresa- que si pudiéramos ver el que late en el pecho de ese hombre, lo encontraríamos puro como el oro.

-En eso estoy, y porque así lo he creído no tuve inconveniente en autorizar su permanencia aquí, que ya, por lo visto, ha de ser breve, pues según el forense, hoy debe salir con el otro, con Campaña.

-Así es, en efecto; esta tarde marcharán, y crea V. don Rafael, que lo sentimos, no tanto por el viejo como por...

-¡Qué! ¿Sabe V. ya su nombre? ¿Cómo se llama? -inquirió el alcalde.

-No lo ha dicho ni lo dirá, pero nuestra madre (con perdón madre superiora) le ha bautizado o confirmado con el nombre de Salvador.

-¡Bien por la prelada!

-¿Acaso no le cuadra ese nombre? -replicó ésta-. Al que salva o intenta salvar a su prójimo ¿qué menos que llamarle Salvador?

Y todos, ella inclusive, rieron la donosa consecuencia.

En tan honesto coloquio se encontraban cuando el portero anunció la llegada de un hijo de Campaña que venía por su padre.

-Con permiso -dijo una de las hermanas- voy a avisar.

Y salió.

De allí a poco reingresó en la estancia, pero no venía sola; le acompañaban los que iban a partir, quienes entraron luego de pedir licencia.

-El señor alcalde -dijo la priora haciendo la presentación de la autoridad.

-Pa serviyo -contestó Campaña.

-Servidor de usía -acentuó, inclinándose, su acompañante.

-Gracias, y no me dé ese tratamiento.

-Como usía guste.

Sonrióse el alcalde, y preguntó:

-¿También V. se va?

-Si usía no dispone otra cosa...

-Pero ¿tiene V. adónde ir? ¿Le esperan en alguna parte?

-En ninguna.

-Yo quieo, señor arcarde -intervino Campaña-, yevármelo a mi casa, que aunque probe, no ha de fartalle un güen rincón par descanso y una güena olla pa la sustentación; pero él no quíee...

-¿Qué dice V. a eso?

-Eso... que no quiero.

-Pues ¿no mostraba V. tanta inclinación y cariño hacia Tomás cuando estaba herido, asistiéndole y cuidándole como si fuera su mismo padre?

Un temblor nervioso se apoderó súbitamente del desconocido; sus ojos vagaron de un lado hacia otro con centelleos de terror o de locura, y tanto se descompuso el semblante que el alcalde, alarmado, temiendo que le sobreviniera algún acceso a crisis nerviosa se fue hacia él, le cogió cariñosamente las manos, y le dijo con el mayor afecto:

-Vamos, vamos; cálmese V. y tome la determinación que guste. En esta casa encontrará V. amparo si algún día lo necesita, y yo, como autoridad y particularmente, me ofrezco a V. para cuanto pueda serle útil.

-Muchas gracias, señor alcalde.

Aquella escena, un tanto embarazosa, no debía prolongarse. Despidióse Campaña lo mejor que pudo de las hermanas, a quienes dio las gracias por su asistencia, así como del alcalde. Su acompañante, un poco repuesto, hizo lo propio, y ambos se dirigieron a la puerta de la calle donde esperaba el hijo de Campaña con dos cabalgaduras.

Todavía, antes de montarse en la suya, el agradecido Tomás insistió en llevarse a su bienhechor, pero éste rehusó de nuevo, en vista de lo cual, padre e hijo, después de estrecharle efusivamente las manos, partieron para su caserío de las Navas.

En tanto, allí, solo, clavado, hierático, el desconocido les vio trasponer; miró luego a los cielos en ademán interrogante, respiró a pleno pulmón el fresco y sano aire otoñal, y tras un suspiro, más de desahogo que de pena.

-¡Sigamos mi destino! -balbuceó.

Y partió al azar, sin rumbo preconcebido, atravesando la plaza y entrando en la calle del Río, vía principal de la población.

Como en el día de su llegada a Priego, por su talante, por su gesto, por su indumentaria, iba llamando la atención general. Los que no le conocían, que eran los más, le miraban con extrañeza; los que le conocían, con admiración.

Pero él, ajeno a todo y a todos, caminaba despacio, abstraído, calle arriba hasta su terminación, en cuyo punto no pudo reprimir un "¡Ah!" de grata sorpresa ante el cuadro inesperado que se ofreció a sus ojos.

Estaba en la Fuente del Rey.

¿Sabes, amable lector, lo que es la Fuente del Rey?

Pues si no lo sabes y hubieses a mano el tomo primero de "La Ilustración Española y Americana" de 1888, ábrelo, y en la página 400 podrás admirar su exacta fotografía; y si tu noble curiosidad quisiera ahondar más, lee la descripción de dicho monumento, inserta bajo mi nombre en la página 395, la cual dice así:

"Hermosa es la ciudad de Priego por la transparencia de su cielo y la amenidad de sus campos; notable, por su castillo romano y por su morisco adarve; renombrada por sus excelentes frutas, pero más que todo, famosa, por su magnífica "Fuente del Rey".

Este es el monumento que la caracteriza, y lo es, no sólo por lo que en sí tiene de artístico, sino por la natural exuberancia, la pureza y la diafanidad de sus aguas.

Divídese la obra en dos partes: la primera, denominada Fuente de la Salud; la segunda, Fuente del Rey.

El estanque llamado Fuente de la Salud afecta la forma de un paralelogramo y es donde brota el manantial al pie de enormes peñascos. Tiene diez y siete metros de longitud por cinco de anchura, y a su espalda se levanta artístico frontispicio formado con piedras prismáticas, de entrecasados colores que dan al conjunto la forma de caprichoso almohadillado. En el centro de esta parte se abre un sencillito camarín donde se ve, en piedra, la imagen de nuestra Señora de la Salud, ante la cual, en todo tiempo, de día y de noche, hay rezando gran porción de devotos.

La segunda fuente, o sea la del Rey, hállase emplazada a corta distancia de la anterior y mide cuarenta y seis metros de longitud por nueve de latitud. Los pretilos, así como los veinte grandes escaños que la cercan, están contruidos con piedra blanca del país. Consta de tres estanques divididos entre sí por dos cascadas y cuenta con ciento treinta y dos caños de buen diámetro y seis surtidores. El primer estanque se denomina del León, porque en su centro se alza la figura del rey de las selvas, siendo esta obra la primera que hizo nuestro paisano el gran escultor don José Álvarez; el segundo estanque, que es el mayor, tiene en medio la estatua de Neptuno, y de su derecha parte altísimo surtidor, habiendo otros cuatro en derredor de la estatua; el tercer estanque comienza a raíz de la caudalosa cascada divisoria y tiene en su centro otro surtidor magnífico, cuyas aguas se remontan a gran altura.

Tal es, a grandes rasgos, la obra monumental que, resultante de la naturaleza y del arte, se presenta a los ojos del espectador como verdadera maravilla, y para digna coronación del cuadro surgen árboles gigantescos alrededor de la famosa fuente, y es de ver y aún más de oír allá en las altas horas de las noches primaverales el solemne espectáculo y el grandioso concierto que for-

man la luna rielando en las cristalinas ondulaciones, el murmullo de las aguas y de los árboles y el sentido gorjeo de los ruiseñores, dirigido como salutación sublime a la venerada imagen de la Virgen de la Salud".

Ahora bien, en este sitio ameno, más que ameno, delicioso, encontróse sin esperarlo el errante personaje, y tan grato lo halló que una sonrisa de honda satisfacción iluminó su semblante.

Espaciando su mirada inquisitiva abarcó las dos fuentes, y, como observara que en la de arriba bastantes devotos rezaban a cabeza descubierta, allí se dirigió resueltamente y lo que vio hacer hizo: sombrero en mano, los ojos en la Virgen y el corazón en Dios, rezó mucho, mucho, con fervor creciente, como deben rezar los grandes pecadores cuando la misericordia divina les llama a contrición...

Terminado el rezo, hubo de observar que algunas mujeres llevaban apoyados en la cintura sendos cántaros repletos de agua, y acercándose a una de ellas pidióle, en caridad, un trago, a lo que la buena y nueva samaritana accedió muy de grado poniendo la boca del cántaro en la boca del hombre.

Bebió éste con avidez y, aplacada la sed de su alma con la oración y la sed de su cuerpo con el agua, sentóse en uno de los macizos escaños que circuyen la Fuente, y allí debió ser tan intenso el consuelo que recibiera y encontrar acción tan sedante en la naturaleza que le rodeaba que, rindiéndose la suya al sueño, sin él sentirlo, se quedó dormido.

V EL HOMBRE, YA TIENE NOMBRE

Llegó Noviembre. El cólera había terminado en España. En Priego no tuvo que terminar porque no empezó, y no sé si por amor a la patria chica, o porque así realmente fuera, yo creí entonces y sigo creyendo ahora que ninguna ciudad española logró tal inmunidad; al menos yo no sé de ninguna.

¿Fue gracia especial de Dios? Bien pudo ser. ¿Fue resultado de nuestro aislamiento y medidas sanitarias? También es posible. El hecho es que "fue" y con esto basta.

Pueblo eminentemente católico el de Priego, dedicó solemnísimos cultos a Dios, en acción de gracias, por el inmenso favor recibido; unos, con carácter oficial y asistencia de las autoridades, como el celebrado en la iglesia parroquial el día de Todos los Santos; otros, de carácter popular, como el magnífico novenario a nuestro Padre Jesús Nazareno, efectuado a últimos de Noviembre.

Y dado a Dios lo que es de Dios, bien sería dar al César lo que es del César.

En esta ocasión el César era el pueblo mismo, que tras de algunos meses de temores y angustias mortales, pasado ya el peligro y desterrada la zozobra, se quería dar el gusto de celebrar su triunfo, de espaciarse, de solazarse con alegres festejos.

No he de narrar todos los que con tan feliz motivo se celebraron; me concretaré a uno solo, y éste por razón de lo típico y común que era entonces, y por la particularidad de que él determinó, merced a un cómico incidente, el nombre convencional o de guerra que de allí en adelante había de llevar el protagonista de esta peregrina historia.

Costumbre tan primitiva como bárbara era por aquellos tiempos el llamado "toro de cuerda". Primitiva, porque su origen se pierde en los pasados siglos; bárbara, porque el toro y sus acompañantes, o sus acompañantes y el toro -es igual- se adueñaban de la población durante algunas horas con menoscabo de la ciudadanía, pues los ciudadanos pacíficos tenían que meterse en sus casas o meterse a toreros, dilema tiránico bajo cualquiera de los dos extremos.

Con todo eso, la voluntad de la masa -no la encefálica, la acefálica- se imponía, y para festejar cualquier acontecimiento grato a la localidad o a la nación; para celebrar un cambio político, adulando con ello a los vencedores y fastidiando, de camino, a los caídos; y muchas veces sin causa ni pretexto, con el solo objeto de hacer el ridículo corriendo de un toro "que no corría", es el caso que dábese con harta y lastimosa frecuencia dicho espectáculo, amén del tradicional que precisamente había de tener efecto en la clásica velada de San Juan Bautista.

Por lo demás, la génesis y preparación de ese numerito no podían ser más sencillos: unos amigos que reunidos en cualquier parte soltaban la idea; los mismos u otros que, aceptándola, *soltaban* algunas pesetas para bonificar el demérito que le resultara a la res, y, previo el permiso de la autoridad, que

siempre lo otorgaba, *soltábase* la res, que no iba *suelta*, sino atada con cuerda: única cosa cuerda que tenía el espectáculo.

El que había de darse con el motivo ya indicado ofrecía el aliciente de la novedad, pues durante el largo período del amago colérico suspendiéronse las diversiones públicas, y, si a la novedad se agregaba la seguridad de que el toro destinado a la lidia era de los pocos que daban juego, podrá comprenderse la atracción e incentivo del ya inmediato festejo.

Salió, en efecto, el novillo, como siempre, del matadero, sujeto, a raíz de las astas, por una pesada cuerda de cuarenta metros, la cual llevaban asida por el extremo opuesto no menos de veinte mocetones que corrían con escandaloso vocerío al compás del cornúpeto. Parábase éste cuando le parecía, o bien cuando sus opresores le forzaban a ello, y entonces había un simulacro de lidia, arremetiendo el animal a quien hallaba más cerca, que nunca era cogido porque cada cual se cuidaba de tener a mano una reja -todas salientes entonces- por lo que, tramo arriba, burlaban al astado.

Pero lo que más chistoso del caso, lo que movía a risa al sereno o inmune espectador, era la comunicación del miedo colectivo sin causa racional que lo determinara, achaque muy frecuente en la psicología de las muchedumbres.

Bastaba que la res iniciara una embestida o "meneara la cola", como gráfica-mente se decía, para que el movimiento de huida, muy legítimo en los que cerca de ella estaban, se comunicara por extensión ondular a los más lejanos y éstos salieran, no a la carrera, a la escapada, huyendo de un peligro ilusorio para caer en el positivo del más espantoso ridículo. En suma: la mayor parte de la gente que iba con el toro no veía al toro ni corría del toro, sino de la gente, lo cual podrá ser hoy un trabalenguas, pero no era un trabapiés para aquellos famosos corredores.

Y conste que si alguna vez tuvo explicación el derecho al pánico fue en la tarde y en el novillo de referencia.

¡Vaya un animalito! Ni le cansaba la carrera, ni le pesaba la cuerda, ni aun podían detenerle los que le llevaban cuando arrancábase de veras. Y si se arrancaba o no, dígalo (mas como ya está con Dios yo lo diré) un mi amigo y algo pariente que, perseguido por la fiera en la costanilla que baja hacia la Fuente del Rey, al ver que ya le iba a los alcances, tuvo por bien el arrojarle al estanque del medio, como si le llevara un recado de urgencia a Neptuno.

Paróse la res ante el pretil de la Fuente y le perdonó la vida al naufrago, pero el agua no le perdonó una buena bronquitis por el baño recibido "extra tēpora".

Varios fueron los lances ocurridos en aquella capea que, pudiendo concluir en tragedia, no pasó de comedia por la misericordia divina, y ya estaba la gente con deseo de poner fin a la fiesta para que acabara en paz, cuando surgió el último incidente.

Hallábase, a la sazón, el cornúpeto parado en la calle de la Feria; de improviso, por una calleja que desemboca en ésta y da al campo apareció un hombre mal trajeado, ignorante, sin duda, del encuentro que le esperaba.

Verle el toro y partir hacia él como un rayo fue una misma cosa. Sintió la muchedumbre el escalofrío del terror al considerar la inminencia de la cogida, pero el sujeto con serenidad pasmosa y con más pasmosa habilidad, hurtó ligeramente el cuerpo al derrote de la fiera burlándola por completo. Todavía se revolvió ésta embistiendo segunda vez, y segunda vez el aparecido diestro quebró en la misma cabeza de su enemigo, saliendo ileso de la nueva y mortal

acometida. Y mientras el toro, víctima de su empuje, rodaba por el suelo y mordía el polvo, una salva de aplausos y vitores coronaba la *faena* del invicto lidiador.

-¡Ni Mazzantini! -exclamó un chusco.

-¡Viva Mazzantini! ¡Viva Mazzantini! -gritaron ciento aclamándole.

La frase hizo efecto y repercutió por todas partes.

Y cuando ya, pasado el peligro y a salvo el diestro, fue reconocido por el público que aún batía palmas en su honor, la estupefacción general llegó a su colmo: el proclamado Mazzantini y el forastero eran una misma persona.

El forastero, desde aquel momento, dejó de ser innominado.

Ya tenía un nombre: "Mazzantini".

Y ¿por qué Mazzantini?

Por una razón muy obvia: porque este nombre, o mejor, apellido, representaba en aquella época la cumbre del toreo.

Dos colosos del arte compartían o habían compartido durante largos años la primacía de la tauromaquia: "Lagartijo" y "Frascuero".

Cada uno tenía su bando que le era afecto, y tan absoluto resultaba este dualismo que España, por lo que respecta a esa afición, hallábase dividida en lagartijistas y frascuelistas.

Pero he aquí que un tercer espada surge inopinadamente, domina en los cosos, se apodera de las voluntades e impone su nombre al nivel de los ya consagrados: este tercer espada se llamaba Luis Mazzantini.

En rigor de verdad, ninguno de los tres excluía a sus compañeros del mérito intrínseco a todos reconocido. A lo sumo, cada uno de ellos podría tener prioridad en un matiz particular de su arte, pero como los tres ostentaban esa relativa ventaja, la prioridad era compensable y todos gozaban de igual prestigio.

Adjudicábasele a Lagartijo la destreza; a Frascuelo, la valentía; a Mazzantini, la seguridad. En el primero dominaba la inteligencia; en el segundo, el corazón; en el tercero, la mano. A la hora de la muerte Lagartijo representaba el florete, que mata con elegancia; Frascuelo, el puñal, que mata con riesgo; Mazzantini, el rayo, que mata siempre.

Y como en 1885, época en que comienza esta acción, Mazzantini llevaba dos años de matador de toros, había recorrido en triunfo todas las plazas: y se hallaba en el apogeo de sus facultades y en la cumbre de su gloria, nada de particular tenía que al querer condensar en un nombre el mérito supremo del toreo, este nombre fuese el de "Mazzantini".

Ya tienes explicado, caro lector, por qué se llamó así al héroe de este leyenda. El apellido del diestro guipuzcoano cayó tan en gracia a todo el mundo al serle impuesto al advenedizo que desde aquel día ya nadie lo conoció por otro. Rectifico: algunos, en vez de "Mazzantini", le decían "don Luis". Era lo mismo.

Por lo que toca al interesado, tampoco le cayó mal. Pero, ¿qué le caería mal a tan extraño e incomprensible personaje?

Cuando se percató de que todos le llamaban así, aceptó tácitamente el nombre que le dieron y contestaba como si el suyo propio fuera.

¡Ironías del destino! El nombre que simbolizaba el éxito, la gloria, personificando la desgracia, la miseria, el dolor...

VI "MAZZANTINI"

A la mañana siguiente del día en que se jugó el "toro de cuerda", hallábase solo en su despacho oficial el alcalde, ajeno a los sucesos de la tarde anterior, por haberla pasado en el campo, cuando el portero le anunció una visita.

-¿Quién es? -preguntó la primera autoridad.

-Mazzantini.

-¿Qué has dicho?

-Mazzantini.

-¡Cosa más rara! ¡Mazzantini en Priego! -dijo el alcalde para sí, y alzando la voz, añadió:- Bien; que pase.

Y mientras el visitante entraba o no, el visitado, por un acto muy natural en quien desea que le juzguen favorablemente, arregló un poco el desordenado bufete y aun echó una mirada sobre sí para rectificar cualquier descuido personal.

-Pero ese diestro -pensaba- ¿a qué vendrá ese diestro?...

-¿Da usía permiso? -preguntó Mazzantini apareciendo.

-Adelante... ¡Ah! ¿Pero es usted?

-Servidor de usía.

-Pase, pase V. y siéntese.

-Gracias.

Mazzantini tomó asiento.

-Dispense V. un instante.

Tocó el alcalde un timbre y apareció el portero.

-Antonio Jesús -le dijo aquél con severa entonación-, llama a un guardia que haga tus veces y retírate a tus habitaciones, que no necesito de tus servicios.

Pero, señor alcalde...

-Ahora, ni una palabra; ya hablaremos después. ¡Vete!

El portero, sin replicar, se fue aterrado.

-Conque V. dirá -indicó el alcalde a su visita.

-Señor, sentiría haber llegado en mala ocasión.

-No haga V. caso; es que estos dependientes, con los fueros de su antigüedad, se toman unas libertades...

-¿Ha molestado tal vez a usía?

-Sí; ha empleado una broma de mal género para anunciar a usted.

-Por mí no se disguste usía...

-No es por V.; es por mí.

-En tal caso...

-¡Me anunció a Mazzantini!

-Si no es más que eso, no se ofenda, señor.

-¡No he de ofenderme! ¿Quién le dio derecho?...

-Respetuosamente advierto a usía que no hay ofensa; al darme ese nombre, no ha hecho más que repetir el que desde ayer me da todo el mundo.

-¡Ah! pero ¿llaman a usted?...

-Mazzantini.

-¿Y V. lo sufre?

-Yo tengo que sufrirlo todo, señor alcalde.

-Pero... ¿quién es usted?

El aludido bajó la vista y calló.

Respetó el alcalde aquel silencio, que era un poema de dolor, y dulcificando la voz cuanto pudo le dijo:

-Vamos, hable V. cuanto quiera, cuanto quiera.

Tras de una mirada de intensa gratitud, Mazzantini, ya repuesto, se expresó así:

-Aceptando el ofrecimiento que usía me hizo no ha mucho en el hospital, vengo a pedirle un favor.

-Lo recuerdo y sostengo el ofrecimiento.

-Pues bien, desearía ocupar una de las plazas vacantes de la dependencia municipal.

-Espere V.; vacantes... no recuerdo en este momento que haya ninguna; con todo, pediré informes...

-Si los que tengo no son equivocados, yo me atrevería a decirle que hay cuatro plazas.

-¡Cuatro! ¿Cuáles?

-Las de sepultureros.

Quedó el alcalde estupefacto al oír esto. Recordó entonces que desde la temida invasión colérica los sepultureros, so pretexto de estar mal retribuidos, habían abandonado sus cargos, no repuestos aún.

-En efecto -dijo-, existen esas cuatro vacantes de las que no me acordaba; pero ¿usted solicita una de ellas? ¿Una plaza de sepulturero?

-Sí señor, la solicito y agradecería que se me concediese.

-¡Ah! carece V. de medios... En ese caso...

-No gracias -interrumpió Mazzantini adivinando y esquivando cualquiera largeza del alcalde- no me hace falta.

-Pues, no siendo así no comprendo...

El señor alcalde me perdonará que no sea más explícito.

-Bien; cuente V. con la plaza.

Nunca agradeceré bastante...

-Pronto le será a V. entregado el nombramiento. Y a propósito: ¿qué nombre y apellidos?...

-Señor alcalde, si pudiera usía excusar...

-Pero ¿cómo? Comprenderá V. que tiene que figurar en la nómina, en el presupuesto; que necesita una credencial acreditativa de su cargo...

Todo lo comprendo, sí.

-Déme V. pues, un nombre, un apellido; yo no le he de pedir justificaciones.

-Bien; sea el nombre, Luis.

-¿Luis?... ¡Ah! sí -dijo el alcalde comprendiendo la concomitancia o relación de ese nombre con el que le habían adjudicado. ¿Y el apellido?

-¡Oh, el apellido! Yo no tengo apellido; ¡no puedo tenerlo!

Parecía iniciarse la crisis nerviosa o epileptiforme que tanto alarmaba al alcalde. Éste cortó por lo sano.

-¿Le molestaría a V. llevar el sobrenombre de Expósito?

-No, no señor; aceptado y agradecido.

-Pues, mañana le será entregada la credencial.

-Gracias, gracias mil veces.

-Cuando obre en poder de V., procure presentarse al conserje del cementerio, que ya estará advertido, y él le dará instrucciones.

-Así lo haré. A las órdenes de usía.

Mazzantini salió.

Quedó el presidente del Ayuntamiento, más que sentado, hundido en el sillón, rehaciendo toda la escena pasada, comentándola emocionado y echando a volar su fantasía por las regiones de lo incognoscible.

-¿Quién es este hombre? -se preguntaba-. Él no es un loco, porque razona; ni un malvado, porque hace vida de abnegación y sacrificio; ni un ineducado, porque es maestro de cortesía; ni siquiera un mendigo, porque no pide, ni acepta lo que le ofrecen. ¿Quién es este hombre, Dios mío?

Y el alcalde, persona de bellos sentimientos, hizo propósito firme de velar por la suerte de aquel desgraciado, que tan desposeído de ella estaba.

-Yo sé -razonaba- que vulnero la ley acogiendo a un desconocido y confiriéndole un cargo oficial por el solo hecho de presentármeme y sin la más somera identificación de su personalidad, pero por encima de la ley pongo yo mi conciencia, y ésta me dice y los hechos me prueban que no hago mal en amparar a un hombre a quien otra ley, tal vez, la de la fatalidad, ha puesto en mi camino.

Y tras estas reflexiones, volviendo a la realidad, tocó el timbre. Acudió un guardia municipal.

-¡Cómo! ¡Ah! Sí... -dijo recordando-. Avise V. al portero y vuélvase a su servicio ordinario.

Obedeció el guardia, y a poco apareció el portero, todo medrosico y con voz balbuciente murmuró:

-¿Preguntaba por mí el señor alcalde?

-Sí -dijo éste conteniendo la risa-, quedas repuesto en tu cargo, pero te advierto, Antonio Jesús, que en adelante no me anuncies a ningún torero, como no le veas vestido con traje de luces. ¿Entiendes?

-Entendido, don Rafael -(ahora no dijo señor alcalde)-, y si es matador, habrá de exhibirme también la espada y la muleta.

Y ambos soltaron la risa, sellando con ella una nueva y feliz concordia.

VII EN EL CEMENTERIO

Cuatro tapias, una cruz, una capilla, una cripta, varios cipreses, muchas flores y más muertos que flores. Tal es el cementerio de Priego y tales son los cementerios de todas partes, porque la obra es accidental y al cabo ruinosa, los obeliscos y las estatuas deleznable, las capillas y las criptas temporales y pasajeras, las flores esplendor de un día... nada hay allí estable ni definitivo, sino los muertos, y sobre los muertos, la cruz, signo de eterna redención.

Cuando entro en un Campo-santo, sea el que sea, de Madrid o... de Madrid, y doy rienda suelta a mis consideraciones, no atrae mi atención, ni mucho menos mi admiración, la suntuosidad de los monumentos, la fraseología, a veces ampulosa, de las inscripciones, ni aún la grandeza que ostentaron en vida los allí sepultados, sino la ley eterna de la muerte que a todos les iguala.

Allí el rey perdió su corona, el noble sus timbres heráldicos, el héroe su espada, el opulento sus millones, el sabio su ciencia, el artista su genio creador, la mujer su hermosura, hasta el mendigo su pobreza; allí se perdió todo, todo; allí no queda más que ceniza, mejor o peor guardada, pero ceniza, y fría, tan fría como la muerte, diciéndole a los que han vida: "Memento homo quia pulvis es...".

Es aquel edificio, con su típica sencillez y su imponente silencio, la estación central adonde convergen todas las líneas y en donde se apean todos los viajeros del mundo; estación, no de tránsito, sino de parada definitiva, sin hora de salida, pero segura aunque incierta de llegada, y tan incierta para todos, que convendría, en evitación de terribles sorpresas y para la mejor preparación de ese viaje, repetir a diario, como una oración, aquella quintilla de Narciso Serra, la más profunda y sentenciosa que se ha escrito en castellano, a saber:

"Pensando a un tiempo y andando
en el cementerio di
sin saber cómo ni cuándo...
Y es que el hombre para allí
cuando mejor va pensando".

Perdona, amigo lector, sobre todo si te hallas recién comido; perdona si te he perturbado la digestión con estas tristes consideraciones de ascetismo puro, mas reflexiona que estamos en el cementerio, y que en sitio tan sagrado y que tan severamente habla a las almas no he de emplear ideas mundanas ni frívolo lenguaje, sino aquellos pensamientos y aquellas locuciones concordantes con la solemne tristeza del lugar, cuanto más que ya llegaremos a otros parajes y a otros pasajes que engendren y promuevan tu regocijo, pues como habrás visto por lo leído y verás en lo que te resta que leer, este libro tiene por norma una metódica y prudente transición entre lo dramático y lo cómico, entre lo sublime y lo vulgar, porque de tales accidentes y matices está llena la vida, y si toda obra literaria debe inspirarse en el ambiente de la realidad, con doble

motivo debe inspirarse ésta, ya que por sus circunstancias excepcionales es la realidad misma.

Estamos, te decía, en el cementerio, y ahora debo añadirte que, sentados ante la puerta de la capilla y a pleno sol, porque el día es crudo, como de Enero, departen amigablemente el conserje y su subordinado Mazzantini, que ya obtuvo la credencial de sepulturero bajo el nombre de Luis Expósito.

El conserje, viejo por su edad y viejo en el cargo, acostumbrado a tratar a sus antiguos dependientes con excesiva familiaridad, usa de la misma con Mazzantini y hasta le *tutea*.

-Pues yo creía -le dice- que tú habías tenido este oficio antes de ahora.

-No, señor Antonio (nombre del conserje); nunca he enterrado muertos.

-Entonces, la necesidad te habrá obligado a pedir la plaza.

-Tampoco la necesidad; yo puedo vivir sin la plaza.

-Cada vez lo comprendo menos: ¿eres rico?

-Rico, no; pero no soy del todo pobre.

-Más vale así; y ahora con lo que te pague el Ayuntamiento...

-Ni siquiera he preguntado cuánto es.

-Muy poco, hijo; estamos mal retribuidos.

-¿También usted?

-También.

-Según eso, ¿tiene V. mucho trabajo?

-Trabajo, no, pero cuidados, muchos: el cuidado de abrir y cerrar la puerta todos los días, el cuidado de limpiar la capilla, el cuidado de apuntar los nichos que se ocupan y quienes los ocupan... ya ves que no me faltan cuidados.

-Sí, sí, ya lo veo.

-Y otros.

-¿Más aún?

-Más: el de vigilar a todo el que entra.

-Al que entra vivo ¿eh?

-Claro; a los muertos no hay que vigilarlos.

-Y los vivos ¿a qué entran?

-Pues, mira; unos a rezar, pocos; otros a hacer como que rezan y a llevarse lo que pueden.

-¡Qué atrocidad! Pero, ¿es posible?

-Sí, hay gente para todo; ya verás. En cambio no faltan personas piadosas, mujeres, especialmente, que vienen a rezar por sus muertos, a ponerles flores, a llorar... Con seguridad que hoy... ¿no somos hoy viernes?

-Viernes somos.

-Pues no ha de faltar la habanera en venir.

-¿Quién es la habanera?

-¡Ah! pero ¿tú no la conoces?

-Ni la he oído nombrar.

-Es raro; tan celebrada en Priego...

-Como yo no soy de aquí...

-Bueno, pues la habanera es una señora, digo, una señorita muy joven, muy guapa; tocante a lo de guapa pocas se la igualarán; muy triste, muy enlutada, muy rica, vamos, según dicen, y además de eso, de la Habana.

-Conque de la Habana también... y ¿qué hace aquí?

-Aquí, rezar.

-No; pregunto en el pueblo.

-¡Ah! vaya V. a saber...

-¿Lleva mucho tiempo en Priego?

-Poco más de un año y ya la conoce todo el mundo.

-No me extraña; en los pueblos antes se conocen los forasteros que los naturales; somos gallina en corral ajeno.

-Además de tan rica, es tan caritativa...

-Gallina, entonces, que pone los huevos de oro.

-No así su padre.

-Pero ¿tiene padre?

-Dicen que lo tiene, yo no lo he visto; nadie lo ve.

-¿Está impedido, acaso?

-No sé; como uno no sale nunca de entre estas cuatro paredes no puede enterarse mayormente, pero por las voces que corren entiendo que no está impedido, sino emperrado, esto es, de un humor de los diablos, todo lo contrario de su hija, que es un ángel. No quisiera hacerme malos juicios, mas apostaría a que en esta familia hay su poquito de historia, vamos, a que ha pasado algo y no bueno.

-Yo, señor Antonio, por el respeto que le guardo como anciano y como jefe, no me atrevo a preguntarle más sobre el particular y aun le agradezco cuanto me ha dicho, buena prueba de la confianza que le inspiro.

-En eso de la confianza no te engañas, que me la mereces grande por tu comportamiento conmigo, y en cuanto a preguntar, pregunta lo que quieras que yo te contestaré lo que sepa; después de todo, en algo se ha de pasar el rato.

-Pues ya que es así, dígame, señor Antonio, si lo sabe, a quién reza esa señorita, o sea la habanera, cuando viene aquí a rezar.

-A su madre.

-Será por ella entonces por quien lleva luto...

-Justo. Su madre murió a poco de llegar la familia a Priego, y dicen, no me lo creas porque yo no lo he visto, pero dicen que murió de... *reconcomio* interior.

-¿De *reconcomio* interior?

-Sí, hombre, como si dijéramos de un disgusto muy grande, que se la comía... y se la comió, porque murió de eso, de pena.

-¡Pobre señora!

-Ve ahí por lo que te digo que debe haber algún misterio.

-Y siendo esos hechos esencialmente íntimos, ¿por quién pudieron saberse?

-Por la familia nada se supo, claro, pero como al venir aquí tomaron una criada, y las criadas... bueno, tú no sabes lo que son las criadas porque nunca las habrás tenido, pero las criadas son espías pagados, y por la que tenían se supo la vida de martirio que pasaba la señora, causa segura de su muerte.

-Y ¿dice V. que su hija acostumbra a venir?...

-Todos los viernes, sin faltar uno.

-Acaso hoy no venga.

-¿Qué no? Mírala.

Y al decir esto, el conserje señaló la puerta donde aparecieron una joven rigurosamente vestida de luto, con severo manto que casi la envolvía, y detrás de ella, a manera de mayordomo o criado de honor, un hombre ya entrado en años, de estatura gigantesca y muy enlutado también.

-Con efecto -asintió Mazzantini-, interesante joven; y ¿quién es el que la acompaña?

-Petrón.

-No comprendo.

-Un criado de confianza que vino con ellos de la Habana... o de las Américas, y a quien llaman así, Petrón.

-Le cuadra el nombre; ¿y el de ella? ¿No sabe V. cómo se llama ella, aparte de lo de "habanera", que no es nombre?

-Sí lo sé: Amparo.

-Bonito nombre y simbólico además.

Mientras este diálogo se sostenía, la recién llegada y su acompañante habían enderezado sus pasos hacia la derecha, y allí, en la segunda fila de fosas, se dirigieron a una sepultura, por magnífica losa de mármol cubierta, en la cual, y bajo una cruz, sólo se leía esta inscripción:

"Teodora Monreal".

Dobló ante aquella huesa sus rodillas la doliente señorita, abismándose en fervientes rezos y profundas meditaciones, amén de algún suspiro que de lo más hondo de su alma le salía, en tanto que Petrón, descubierto, mudo e inmóvil, destacaba su hercúlea silueta algunos pasos detrás.

De este modo transcurrieron no menos de quince minutos, durante los cuales siguieron comentando el caso conserje y dependiente, mas como aquél observara que la arrodillada se había erguido, le dijo a éste:

-Toma una silla de las de ahí dentro -y le señaló la capilla y llévala a la señorita para que descanse.

-Hízolo así prontamente Mazzantini y con el mayor respeto y fino comedimiento entregó la silla a quien había de ocuparla.

Alzó ésta sus hermosos ojos, clavándolos, no sin extrañeza, en el cortés portador, a quien dijo dulcemente:

-Gracias.

Mazzantini inclinó reverente la cabeza y no pudo o no supo responder, mas cuando volvió al lado del señor Antonio, su semblante estaba transfigurado.

-¿Qué te ha parecido? ¿Es hermosa? -le preguntó el conserje.

-Es celestial.

-¿No te lo decía? Es un ángel.

-¡Un ángel! -repitió Mazzantini.

Y como si todos los del cielo revolotearan sobre su cabeza, el desdichado dejó de serlo y en aquel momento se creyó feliz.

VIII NEBRIJA

■ nicióse la primavera de 1886 con grandes lluvias. Tras de un invierno crudísimo, una abrilada tempestuosa. Esto será bueno, muy bueno para el campo, pero es malo, muy malo, para los que tienen que ir a él.

Los cazadores de perdiz con reclamo, que en Priego son muchos, no podía satisfacer su afición favorita, a pesar de hallarse en el buen tiempo del cielo por el mal tiempo del cielo, y recludos *a fortiori* en el Casinillo, mataban su mal humor, por matar algo, charlando de lo divino y de lo humano, aunque más de lo humano que de lo divino.

Aquel día el local estaba completo, mejor dicho, repleto; las treinta sillas, ocupadas por otros tantos socios, y el conserje Quesada, en vez de salirse a la calle como solía en tan críticas circunstancias, habíase metido, temiéndole la lluvia, en la segunda y obscura habitación.

Nebrija, locuaz de suyo, y locuacísimo cuando el alcohol hacía lo suyo hallábase en el uso de la palabra; pero conviene que antes de oírle sepa el lector y a decírselo voy, quién era este tipo, y el porqué de su pedantesco y enfático lenguaje.

Nebrija era un bohemio de Priego, no de Praga.

Su padre, honradísimo industrial, llevado de la buena disposición que parecí tener el chico, comenzó por internarle en el Sacromonte de Granada, donde estudió Filosofía con regular aprovechamiento y algo de Teología; pero el seminarista temiendo vestir los hábitos, dejó en embrión la carrera sacerdotal y continuó la de Filosofía y Letras abajo, esto es, en aquella Universidad.

Allí le sucedió lo que en el Seminario; se cansó de estudiar y trocando la cátedra por el foro (por el foro escénico) ingresó en la compañía dramática que en 1874 dirigía Victorino Tamayo en el Teatro Principal, hoy de Cervantes, determinación que tomó no sé si por apego al arte o a los artistas. El resultado fue que cuando su padre creía tener un licenciado en Filosofía y Letras lo que tuvo fue un licenciado, tan mal cómico como buen bebedor, pues para lo único que le asistió la constancia fue para el uso o abuso de la bebida.

Por sus excesos y escándalos, hubo de retirarse o le retiraron de escena y esto le hizo volver a Priego donde al poco tiempo murió su padre.

En este su pueblo natal, se bebió, más que se comió, el menguado patrimonio que le quedaba, haciendo la vida bohemia que nunca abandonó.

Con todo, como tenía un sedimento de ilustración adquirida en sus tiempos escolares, era un buen latino, mejor gramático, conocía los clásicos y le quedaban resabios teatrales, habíase formado y tenía siempre en la boca un lenguaje declamatorio, altisonante, con vistas al estilo calderoniano, revelador de su cultura y no exento de gracejo natural.

Ahora bien, toda esa gallardía de capa y espada venía a tierra, convirtiéndole de caballero en villano, ante el halago de un vaso de vino.

El día de referencia, por lo visto, los halagos habían menudeado y Nebrija se hallaba en el colmo de su verbosidad.

-¿Qué sabéis vosotros -decía con mirada retadora- del misterio que las almas encierran? ¿Qué sabéis de aquel hondo secreto que cada uno guarda en sí, oculto a todos menos a la Suma Sapiencia? ¿Creéis, por ventura, que los hombres son lo que parecen? ¡Cuán errados estáis!

-¡Alto ahí! -gritó Peribáñez, que era la suma ignorancia- si estos señores pasan porque los hierren, yo no paso.

-Habéis antepuesto una hache, mi buen amigo; yo dije "errados" por equivocados, pero si os place más así, llamadle hache.

-No entiendo de haches ni de jotas, pero tampoco consiento que me tomen el pelo.

-Tampoco consiento yo que me llaméis gitano -replicó el bohemio haciendo ademán de esquivar.

Soltaron la risa todos, menos Peribáñez, que no comprendió el alcance de la sangrienta pulla.

-Bueno, adelante -dijo interviniendo el sesudo don Felipe- sigue tu discurso, Nebrija, y tú, Peribáñez, o Perdiablos, no vuelvas a interrumpir al orador.

-Con vuestra venia -reanudó éste al estilo forense-. Decía que los hombres no son lo que parecen, y ahora añadido que suelen vestir de máscara, su cuerpo, tres días al año, pero su alma 365 y los bisiestos 366. Tan cierto es lo que digo que ese de quien hablamos, el que determinó esta charla, hame embromado carnavalescamente ¡a mí, que soy el *summum* de la perspicacia!

-¿No era, pues, un amnésico? -interrogó alguien.

-Amnésicos nos dé Dios; es un hombre como todos, pero que lleva su disfraz a maravilla.

-Eso quiere decir que es un hipócrita.

-Sigo creyendo que no, porque para serlo le falta utilizar el engaño en beneficio propio.

-Y ¿qué sabes tú si se beneficia con esa apariencia de humildad y beatitud?

-No se beneficia y su humildad es sincera, pues me consta que sin hacerle falta la retribución de su cargo como sepulturero ejerce tan repugnante oficio y distribuye el sueldo entre los pobres.

-Eso de la distribución, ¿lo sabes tú prácticamente? -preguntó un joven pálido, de elegancia más efectista que efectiva.

-Perdonad, marqués, no os había visto, gracias a vuestra insignificancia.

-Cuidadito conmigo -dijo el llamado marqués bastante molesto- no te vaya yo a abrir los ojos de un puñetazo.

-Os advierto ¡oh prócer! que nobleza obliga y que perteneciendo vos a ella no está bien que uséis de arma tan villana como el puño: la espada o el sable -y recalcó la frase- os estarían mejor.

Por toda contestación el marqués o "Marquesito", nombre que todos le daban, saltó de su silla en ademán de agredir a Nebrija, lo que ejecutara, si diez brazos, anticipándosele, no le sujetaran y redujeran a la impotencia.

-¡Eh! Marquesito, eso no -exclamó don Felipe reprendiendo tal intento- no tienes motivo para castigar a Nebrija, que si te faltó fue porque tú le faltaste antes.

-Es que yo no tolero sus insolencias.

-De acuerdo, ni yo las vuestras.

-Pero, hombre, ¿y Quesada? ¿Dónde se ha metido Quesada? -dijo Periquito Ochoa, viejecillo pulcro y chistoso- ¡que salga!, digo ¡Quesada!

Asomó el conserje por el fondo con faz somnolienta.

-¿Mandan ustedes algo? -preguntó.

-Sí, hombre, que nos estás haciendo mucha falta; trae unas copas de los Moriles que es vino generoso, a ver si a estos señores les metemos la generosidad en el cuerpo.

-No ha menester generosidad ingerida quien la tiene propia -dijo el bohemio-y en prueba de ello soltad a ese hombre, que así le perdone Dios sus pecados como yo la vida: quedáis libre.

El Marquesito, comprendiendo el ridículo en que había caído, tuvo a bien disimular y reír el chiste de Nebrija, por lo cual soltáronle los que asido le tenían y volvió a tomar asiento.

Sosegados los ánimos y firmadas las paces por los contendientes con sendas copas de vino, que a la salud de la reunión se tomaron, Nebrija continuó:

-Decía (y por Dios os suplico que no volváis a interrumpirme) que este sujeto, Mazzantini o como se llame, me había embromado carnavalescamente porque en un principio le tomé por amnésico, como aquí dije, por un hombre sin facultades recordatorias ni volitivas, máquina viviente que se mueve más por instinto que por conciencia. Después los hechos me han demostrado que me engañé o me engañó con su mónita de estudiada estultez, de indiferencia a todo cuanto le rodea. Si existe en el mundo un hombre problema, cuya incógnita no pueda determinarse, es él. Yo lo he observado, yo lo he estudiado a fondo, y cuanto más le observo y más le estudio, menos le comprendo. No se sabe quién es ni de dónde viene, y en el tiempo que aquí lleva ya ha ejercido de vagabundo, de apóstol de la caridad, de lidiador, de sepulturero; él no pide, pero da lo poco que tiene; no molesta a nadie, pero sufre las molestias de todos; habla como un iluminado, vive como un justo y obra a las veces como un niño; no es un hipócrita, no; a mi entender es un hombre que guarda en su alma un secreto impenetrable, alguna historia de dolor que todos debemos respetar.

Una salva de aplausos, sinceramente otorgada, premió el breve pero discreto discurso de Nebrija. Hasta el Marquesito se levantó de su asiento, le tendió la mano y le dijo:

-Has estado bueno y retiro mi impertinente interrupción.

-No habéis de retirarla -contestó el bohemio- porque no llegó a mí.

Abrazáronse los dos amigos, determinando acto tan generoso nueva serie de palmadas que fue interrumpida por un movimiento de general expectación.

Todos los allí reunidos--miraron con avidez hacia la plaza.

Por el centro de ella y con majestad de reina atravesaba en aquel momento la hermosa, interesante y enlutada Amparo.

Petrón, como siempre, la acompañaba.

-¡La habanera! -exclamaron algunos.

Al oír este nombre, el Marquesito se desasíó de los brazos de Nebrija y encaminándose a la puerta dijo desde allí:

-Vaya, adiós, señores.

Y salió en pos de Amparo, aunque guardando prudente distancia.

-Parece que nuestro amigo sigue a la habanera -dijo López Arillo.

-Es natural -asintió Periquito Ochoa.

-¿Por qué?

-Porque ese joven "tiene mucha tierra en la Habana".

IX EL VIERNES SANTO

Avanzaba la primavera de 1886, año en que según una tremenda profecía que oí en mis tiempos escolares debía concluir el mundo. Decía así el fatídico pronóstico:

"Cuando Jorge mate a Cristo
y Marcos le resucite,
y en triunfo le lleve Juan
el fin del mundo será".

En este año se cumplían todos esos supuestos, concordando las fiestas con las fechas, porque el 23 de Abril, día de San Jorge, era Viernes Santo; el 25 de dicho mes, día de San Marcos, Domingo de Resurrección, y el 24 de Junio, día de San Juan Bautista, festividad del Corpus Christi.

En 1886, pues, si no mentía la copla, debían acabar el mundo y sus habitantes. Pero pese al mal poeta y al peor profeta, ni acabó el mundo ni acabará en mucho tiempo. Y si no... al tiempo.

Era el Viernes Santo.

Decir en Priego Viernes Santo equivale a decir que ha llegado el día más grande, más celebrado y más solemne del año.

En esa fecha se paraliza toda la actividad bajo su aspecto humano; no se abre una tienda, nadie trabaja, y por no trabajar, ni aun pan se hace. Elabórase doble cantidad de éste el día anterior y las familias se proveen de él para el Jueves y Viernes Santo.

La población rural, que es crecidísima, pues consta de veinte aldeas e innúmeros caseríos aislados, converge en su mayor parte a la ciudad; los habitantes de ésta invaden las calles vistiendo sus más preciadas galas, prodigándose en las mujeres, como nota del día, la clásica mantilla española, y desde las primeras horas de la mañana va creciendo la animación hasta la del mediodía en que llega a su plenitud.

En esta hora hace su salida, de la Iglesia de San Francisco, la magnífica y conmovedora procesión de Jesús Nazareno.

A decir verdad, en los tiempos actuales si no ha disminuido la fe, no puede negarse que esa fiesta ha perdido algo de su típico y antiguo carácter, pero como yo no he de pintarla según hoy se celebra, sino cual se celebraba en 1886, a ese año me atengo y la describiré tal como entonces la vi y aún la veo con los ojos de mi memoria.

Rompía la marcha el antiquísimo escuadrón de los soldados romanos, llamado vulgarmente de los "bacalaos", porque dichos milites llevaban colgados en la espalda, a guisa de adorno, un triángulo de tela pintarrajeada, afectando la forma y tamaño del rico pescado de Escocia. Cubrían su cabeza con unos morriones enormes, rematados con flores artificiales y descoloridas; por armas ofensivas y defensivas llevaban espada y rodela; tremolaban una bandera de abigarrados colores y aporreaban los tímpanos de todo fiel cristiano con

un tambor ronco y unas trompetas, tan destempladas y viejas, que ya lo eran en los tiempos de Poncio Pilatos.

Tras de este escuadrón seguían, vistiendo sus túnicas de largas colas y ciñendo su cabeza con corona de espinas, numerosos penitentes representativos de sus respectivas hermandades, y guardando el orden de su antigüedad, de tal manera que las cofradías de más reciente creación iban delante y las más remotas detrás, cabiéndole la honra de presidir a todas, por su vetustez, a la llamada Orden Tercera de San Francisco.

Cada penitente de éstos ostentaba en un azafate, y en pequeño tamaño, la figura de los atributos de la Pasión; quien el cáliz, quien la columna, quien los tres clavos, etcétera, y el último de ellos, Baltasar López, que por su antigüedad se hacía acreedor a mayor prerrogativa, llevaba un Cristo crucificado de grandes dimensiones y buen peso, y como abrumábale el peso, cuando le cargaban el Cristo decía en su santa inocencia:

- "A mí siempre me dan *lo peor*".

A seguida del cuerpo de penitentes, y sobre unas andas que todo el mundo se disputaba por llevar, erguíase la figura escultural y sacratísima de Nuestro Padre Jesús Nazareno, a quien Priego entero rinde culto y adoración.

Cercaban a Jesús ocho sayones con caretas feroces, puñales al cinto y gruesos cordeles en las manos; sayones que eran el terror de los chiquillos, sobre todo, cuando ahogados por el ajetreo y por las carátulas, que eran y son de abrigo, se ponían éstas por montera y resultaban, según expresión (histórica) de un niño: "unos tíos muy feos y con dos caras: una de carne en su sitio y otra de tiesto en la cabeza".

Marchaba después el nuevo escuadrón de los soldados romanos con ropaje más conforme a los tiempos del Imperio y comandados por tres centuriones que, así como los soldados, eran de gallarda presencia.

Seguía a éstos el Apostolado, en el cual San Matías suplía a Judas Iscariote, y por último, entre muchos fieles, la cruz parroquial y la música. Cerraban la procesión las sagradas imágenes de la Mujer Verónica, San Juan Evangelista y la Virgen de los Dolores.

Formaban parte de la religiosa comitiva dos llamados *pasionistas*, vestidos de penitentes, quienes de tiempo en tiempo cantaban *saetas*, muy malas, por cierto, y a la conclusión de cada una tocaban sendas campanas.

Todavía puede decirse que restaba algún apéndice al descrito cortejo: cierto número de devotos, generalmente varones, que marchaban detrás de todos con pesadas cruces de madera a cuestras, imitando al Nazareno. Estas cruces eran facilitadas a quien las pedía por la misma iglesia y solían llevarse por pago de promesa o simplemente por fervor piadoso.

Así salía, pues, y así avanzaba la procesión por las principales calles de la ciudad, no en son de penitencia, sino de triunfo, pues Jesús era vitoreado sin cesar y su cabeza y túnica cubiertas por copioso rocío de flores que las mujeres devotas arrojábanle a su paso desde los balcones.

Pero donde la procesión tomaba su más solemne y típico carácter era a la llegada y arribo del Calvario.

Este sagrado monte, que se alza sobre la ya reseñada Fuente del Rey, pintoresco como pocos, de amplias y sinuosas cuestras que conducen a la cumbre, y tapizado de flores, porque el tiempo santo es ya tiempo de ellas, estaba de antemano ocupado por inmenso gentío entre el que descollaban her-

mosas y elegantes mujeres que, a pie quieto y a sol batiente, aguardaban la subida del divino Nazareno, ideal de sus místicos amores.

Al llegar la procesión a la base del Calvario, los tambores batían marcha, los clarines les secundaban, los romanos trocaban el lento paso procesional por el redoblado, los fieles caminaban al mismo compás, las campanas de los penitentes tocaban sin cesar, los pasionistas se desgañitaban cantando, el pueblo, en oleadas, precedía y seguía a Jesús, y Jesús, llevado a hombros por una masa humana, avanzaba majestuoso abrazado a su cruz, flotante de la rizada cabellera, y despidiendo centelleos, que herían la vista, de los áureos bordados de su túnica.

El enardecimiento popular llegaba entonces a su colmo: hombres, mujeres y niños extremaban sus vítores al Nazareno, y en este sublime desconcierto de cantos y campanas, de gritos y bendiciones, de súplicas y llantos, que es el supremo lenguaje de la fe, llegaba Jesús a la cima del Calvario, y en la extensa planicie que corona el sagrado lugar, parábanle y quedaba fijo, dando frente a los millares de fieles que cubrían el monte de la crucifixión.

Era llegado el momento solemne: todos los ojos convergían hacia la hermosa imagen. Gracias a un hábil mecanismo que persona aun más hábil manejaba, la diestra de Jesucristo separábase de la cruz que oprimía, y elevándose iniciaba una bendición.

Hacíase entonces un silencio religioso, profundo; conteníase hasta la respiración, inclinábanse las cabezas, las mujeres rezaban o lloraban, algunos hombres alzaban a sus hijos para que presenciaran mejor la bendición, y los niños, a su vez, levantaban en sus manitas unos panecillos llamados "hornazos", que sus buenas madres les fabricaran, para que, bendecidos por el Señor, fueran más sabrosos al paladar y de mayor provecho para el alma.

En tanto que Jesús bendecía al pueblo, se cantaba un motete y, concluido éste, un "¡viva Jesús Nazareno!" salido de los corazones y pronunciado por millares de bocas, era la señal del regreso de la procesión a su iglesia.

Reorganizábase a seguida el piadoso cortejo en el mismo orden que subiera hasta allí, pero haciendo un recorrido por nuevas calles. Mas donde revestía un verdadero lucimiento era en la llamada del Río, que señalé como la mejor de la población.

Bajaba, pues, por esta hermosa vía con la solemnidad de siempre, siendo presenciado su paso desde los balcones por muchas y distinguidas familias. Era raro el hueco, balcón o ventana, que estaba vacío, y donde esto sucedía denotaba reciente luto o ausencia.

Había, sin embargo, hacia el comedio de la calle, un balcón que, visto a la ligera, creyérase desierto, y lo estaba en realidad, pero observado detenidamente, podían notarse a través de sus cristales una hermosa y enlutada joven y un anciano de pálido rostro y luenga barba. En la puerta de dicha casa otro hombre de formidable estatura presenciaba de pie el paso de la procesión.

Ya ésta había desfilado por allí; sólo restaban por pasar aquéllos que iban cargados con pesadas cruces.

Eran en número de siete y caminaban lenta, dolorosamente, como si la pesadumbre de los leños que gravitaban sobre sus hombros hiciera casi imposible su marcha.

Con todo, seguía el angustioso séquito calle abajo y cuando ya, frente al balcón antes descrito pasaba el último de ellos, casual o intencionadamente, hubo de dirigir sus ojos a los cristales y tal impresión le produjo lo que a través de ellos viera, que presa de súbito e intenso temblor desplomóse en tierra, cayendo sobre él con pesadez de maza la cruz que llevaba a cuestas.

A la caída de aquel hombre respondió el grito de una mujer allá en el balcón y desapareciendo ésta rápidamente de su sitio y bajando hasta la puerta dio orden al gigantesco sujeto que en ella se encontraba de que levantase al caído y lo entrara en la casa.

Cumplióse inmediatamente el mandato; cogió el hércules con sus brazos poderosos al accidentado y lo llevó adentro, haciendo después lo propio con la cruz, mientras la poca gente rezagada que aún quedaba en la calle, así como la de los balcones, comentaba vivamente el extraño e inesperado suceso.

Y en tanto que la procesión reingresaba en el templo, el desvanecido devoto trasladado a una pieza baja de aquella casa hospitalaria, fue recostado sobre un sofá y asistido piadosamente por la señorita y el servidor que esperaban con ansia la vuelta de su desmayo.

Parecía éste prolongarse, y ya hacían cuentas de llamar a un médico por si el accidente entrañara peligro cuando tras breve suspiro el desmayado comenzó a dar señales de mejoría y abrió, por fin, los ojos.

Como si tuvieran imán los de su bella enfermera, atrajeron muy luego los del paciente, el cual, sosteniendo aquella mirada, dijo con voz harto expresiva:

-¡Gracias, señorita Amparo!

X AMPARO

Sin gran esfuerzo imaginativo habrá adivinado el lector quiénes eran los tres personajes que actuaban en aquella estancia: Mazzantini, Amparo y Petrón.

Vuelto el primero a su conocimiento, seguía con la vista extasiada contemplando a la bella habanera, que le atendía solícitamente.

Petrón, como de costumbre, permanecía inmóvil y callado.

Amparo, observando más rehecho al doliente, le preguntó:

-¿Se encuentra V. mejor?

-Me encuentro bien -y acentuó la última palabra como dando a entender no sólo la mejoría corporal, sino la placidez espiritual.

-Con todo -replicó ella- debe V. hallarse lastimado por el doble golpe de la caída y el de la cruz.

-Así será, señorita, pero nada me molesta ahora; a lo sumo, un poco de desvanecimiento.

-Bien pudiera ser ese estado efecto de la depresión nerviosa, ¿le gustaría tomar algún reconstituyente?

-Señorita... ¡por Dios!

-Ve, Petrón, a la cocina -ordenó Amparo- y que preparen alguna bebida que tonifique sus fuerzas.

Petrón salió.

Hubo entonces un silencio significativo por ambas partes; un silencio como de miedo, porque al hallarse solos, al poder hablarse sin testigos, lo que nunca lograron en el Cementerio donde se veían con frecuencia, temieron ambos ir demasiado lejos en la exteriorización de sus sentimientos.

El silencio, empero, se hacía angustioso y Amparo lo interrumpió.

-¿Se dio V. cuenta de su caída? -dijo.

-No, señorita; sólo recuerdo que algo que debió impresionarme, hízome caer como herido por el rayo.

-Pero V. miró al balcón.

-Sí miré, señorita.

-¿Me vio usted?

-¡Cómo no había de verla!

-Y ¿tan mal efecto le produjo?

-¡Por Dios! ¡Por Dios! Todo lo contrario.

-Entonces, si no le molesta mi curiosidad, ¿qué otra cosa pudo impresionarle de aquel modo?

El paciente no respondió.

-Veo que soy un poco importuna y sentiría que se violentara...

-Nada que de V. venga, señorita, podrá nunca causarme violencia; estaba rehaciendo, en mi memoria aquel momento para satisfacer su justo deseo.

-No se esfuerce usted...

-¡Ah! -exclamó Mazzantini como recordando la escena.

-¿Qué es eso?

-Usted no estaba sola, ¿verdad?

- No.
- Había un caballero anciano a su lado, ¿no es así?
- En efecto, mi padre.
- Pues bien, señorita, la vista inesperada de su respetable padre despertó en mí un recuerdo tan doloroso, tan intensamente vivo, que haciéndome perder las facultades, dio conmigo en tierra.
- Es muy extraño eso. ¿Conocía V. a mi padre?
- Nunca tuve tal honor.
- Y no conociéndole ¿cómo pudo impresionarle tanto?
- A eso... no sé que contestarle, señorita.
- Bien, no me conteste V.; no vamos a reñir por cosa de tan poca monta - replicó ella sonriendo.
- ¿Reñir con V., señorita?
- Y si yo le pidiera un favor -se atrevió a decir la joven ¿lo haría usted?
- Sin vacilar, aunque en ello me fuera la vida.
- Gracias, y Dios se la conserve por muchos años; es cosa muy hacendera lo que voy a pedirle.
- Usted mande lo que quiera.
- Pues lo que quiero sencillamente es... que no me vuelva, usted a llamar señorita.
- ¿Que no? ¿Cómo, pues?
- Amparo.
- ¡Oh!, no me atrevo a tanto.
- ¿No me dijo V. que le mandara?
- Sí.
- Pues se lo mando.
- Es que no pude imaginar... Que me mandara, si, como se manda a un criado, a un hombre de humilde condición como la mía.
- Pero, ¿V. se considera de humilde condición?
- Peor que de humilde, de vil condición. ¿Hay algo más vil que un sepulturero?
- Quando se es por lucro, sólo un oficio le aventaja en despreciable, el de verdugo; cuando se es por vocación misericordiosa; cuando se ejerce por amor a Dios y al prójimo, ese cargo no envilece; enaltece.
- Y, ¿cómo puede V. saber, señorita?...
- ¿Otra vez? Amparo.
- Sea, Amparo. Y, ¿cómo puede V. saber el móvil que me guía a ejercer este oficio?
- ¿Quiere V. que se lo diga?
- Seré muy honrado con ello.
- Pues, bien; hemos llegado al momento de las francas revelaciones. No se ofenda V. si penetro en el sagrado de su conciencia y en lo más íntimo de su ser. Usted no es lo que parece.
- ¿Que no?
- No. Yo, salvo las razones, para mí sacratísimas, que le hayan determinado a cambiar de todo, de nombre, de vecindad, de condición, de trato social, hasta de figura, pero a través de esa segunda naturaleza de que V. hace alarde; a pesar del falso nombre que V. lleva; a pesar de su clase social, ínfima, al parecer; a pesar de su fingida miseria y de sus postizos andrajos, V. ha nacido en noble cuna...

- Amparo...
- Usted ha recibido brillante y bien aprovechada educación.
- ¡Amparo!
- Usted se produce no ya con cortesía, con cortesanía, y V. lleva, aunque lo calle, un ilustre apellido.
- ¡Amparo, por Dios!
- ¿Me he equivocado?
- ¡Por Dios! ¡Por Dios!
- Entre Él que todo lo sabe, V. que todo lo oculta, y yo que todo lo he adivinado, quédese esto... no, no tema V. que nunca salga de mí tal secreto que guardaré como cosa propia; no lo tema usted.
- Lo creo así, Amparo, lo creo, y se lo agradezco a V. con toda mi alma; mas ¿cómo ha podido V. columbrar siquiera la existencia de esta ficción?
- Por el piadoso interés que despertó en mí su desgracia apenas conocida.
- ¿Yo he logrado inspirarle a V. interés?
- Mucho, no por V., por su desventura.
- Y ¿cómo pudo V. adivinarla?
- Por simpatía y correspondencia en el sufrimiento.
- ¡Ah! pero ¿V. también sufre?
- Mi vida no es más que eso: un perpetuo martirio.
- ¿Es posible? Usted tan buena, tan amable, tan caritativa...
- Pues tal es mi destino, amigo mío.
- Y a fuer de amigo, ya que usted me da tan dulce título, ¿no pudiera yo mitigar siquiera la causa de su tormento?
- Es causa pasada, y lo pasado, en cuanto supone un hecho concreto, no puede rectificarse.
- Con efecto, lo pasado es inmutable como Dios, pero, por lo mismo, porque no tiene enmienda ni modificación, ¿no pudiera usted sustraerse a sus tristes consecuencias?
- No, porque esas consecuencias con ser tan tristes, siguen y seguirán toda mi vida.
- ¡Qué horror! Crea usted, Amparo, que vería de buena gana redobladas mis desdichas, con ser tantas a trueque de desterrar las suyas de verla a usted feliz.
- Gracias, mi buen amigo, lo creo, y con creerlo solamente ya parece que se me aminoran.
- Aún resonaban las últimas palabras de la joven cuando Petrócn apareció en la sala con la bebida confortante ya preparada.
- Tomóla aquélla en su mano y cambiando el tono confidencial por otro de mera cortesía, dijo al doliente, aproximándose a él:
- ¿Podría V. incorporarse un poco para que no se vierta lo que ha de beber?
- Voy a intentarlo, señorita.
- Hizo un esfuerzo, pero apenas logró moverse.
- ¿Qué? ¿No puede V.? No se fatigue; Petrócn le ayudara.
- Acudió éste en su auxilio y con la menor molestia posible le incorporó lo suficiente para que bebiera.

Diole entonces Amparo la humeante copa que Mazzantini aplicó a sus labios con delectación, no se sabe si por el contenido o por venir de "tan buenas manos".

Una sonrisa de rendido agradecimiento hacia su bienhechora pagó tan bella acción.

-¿Le ha sabido a usted bien? -le preguntó la joven.

Deliciosamente bien; gracias.

-Pues ahora permítame usted que vaya unos momentos al lado de mi padre que está solo, y a quien he de darle cuenta de este doloroso incidente, así como he de tomarle permiso para cualquiera determinación que con usted adoptemos.

-¡Cuánta molestia, señorita!

-Pierda usted cuidado; esto no vale nada. Aquí se quedará Petrón hasta mi vuelta, por si necesita usted algo.

Y Amparo salió.

Continuaba el hércules erguido y mudo al lado del maltrecho Mazzantini, sin dejar de observarle. Parecía esperar sus órdenes. No recibió órdenes, pero si escuchó un ruego.

-¿Quisiera usted volverme a acostar?

-Con sumo gusto.

Y le dejó caer blandamente hasta que recobró la posición anterior.

Tras de darle las gracias, Mazzantini, convirtiendo en palabra su dulce sentir respecto a la bella habanera, dijo a Petrón:

-Tiene usted un ángel por señorita.

¡Ah! -contestó aquél asintiendo.

-¿La conoce usted ha mucho tiempo?

-La vi nacer.

-Gran dicha; me explico su incondicional afecto a ella.

-Es lo único que me liga a este mundo.

-¿No tiene usted parientes, amigos?...

-Mi familia murió; mis amigos no han nacido.

-¡Qué triste es verse solo!

-Sí que debe serlo.

-¿Usted no lo está?

-Mientras ella viva, no.

-Dios se la conserve a usted.

-Dios es bueno y me la conservará.

-Pero veo que le retengo aquí sin necesidad. Aunque me es muy grata su compañía, si hace falta en otra parte, no deje de ir.

-No hago falta; además, la señorita me mandó que me quedara aquí hasta su vuelta.

-Como usted guste.

-En todo caso, pronto estará usted mejor acompañado.

-¿Mejor? ¿Por qué? -interrogó el doliente mostrando curiosidad.

-¿Oye usted esos repetidos golpes de bastón que parece se acercan?

-Sí.

-Es que el señor baja la escalera y se dirige aquí con su hija.

Conmovióse visiblemente Mazzantini al oír esto; no obstante, sobreponiéndose a su emoción, razonó:

-Según eso, ¿está impedido el padre de la señorita?

-Entorpecido nada más. Con algún apoyo puede caminar aunque lentamente, y ese apoyo se lo prestan su hija y un bastón.

-¡Pobre señor!

Ya están aquí.

Apenas Petrón dijo esto, apareció en la puerta un anciano, de mirar sombrío y receloso, apoyándose en Amparo.

Fijó Mazzantini los ojos en él y no bien los fijó cuando, movido por fuerza incontrarrestable que acabara con su postración, saltó del sofá y, enloquecido de espanto, cayó de rodillas ante el viejo, exclamando:

-¡Perdón! ¡Perdón, padre mío!

Y se desplomó sin sentido en el suelo.

XI EL ACCESO

Una pausa breve, pero solemne sucedió a tan dramática escena. Mirábase asombrados padre, hija y mayordomo sin saber qué decirse, ni cómo explicarse tan insólito accidente.

Mazzantini seguía en tierra, presa de un verdadero ataque epiléptico, con respiración fatigosa y ligero temblor.

Al fin, el señor, dominando aquella difícil situación, dijo al mayordomo:

-Deposita a ese pobre hombre en el sofá y llama a un médico a seguida.

Petrón hizo lo primero, sin gran esfuerzo, y salió en busca del segundo.

Mientras tanto, Amparo obligó dulcemente a su padre a que tomara asiento en una butaca próxima al sofá, lo que él hizo, invitando a su hija a que hiciera lo propio.

-¿Conoces a este hombre? -la preguntó aquél.

-Sí, señor; está empleado en el Cementerio y le veo allí todos los viernes.

-Es un sepulturero, según eso.

-Así es, padre.

-Y ¿le has hablado? ¿Qué sabes de él?

-Le he hablado, o mejor dicho, él a mí, y sólo sé que es un hombre tan bueno como desgraciado.

-¿Es de aquí o forastero?

-Forastero y castellano probablemente, a juzgar por su correcta pronunciación.

-¿Te ha dicho su nombre?

-Ni a mí ni a nadie; dice que no tiene nombre.

-Cuando eso dice y cuando esto hace, temo que se trate de un loco.

-Ruego a Y., padre mío, que admita cuantas hipótesis quiera respecto al paciente, menos las de maldad o locura.

-Parece que te interesas por él.

-Le compadezco simplemente.

-Mas cuando así le compadeces, será porque sabes algo íntimo de su vida, quizá su historia.

-Sé lo que todo el mundo sabe: que es un hombre atento, de finos modales, de educación nada común, religioso, caritativo, que practica la penitencia y que oculta su verdadero nombre por modestia o...

-¡Por temor! -concluyó el viejo.

-Padre, yo no debo contradecir a usted, pero creo que este hombre sólo teme a Dios.

-Y si no teme, di, ¿por qué pide perdón?

Esta réplica, contundente e inesperada, produjo en la joven el mismo efecto que un rayo que cayera a sus pies. Tan anonadada la dejó, que ni supo, ni pudo responder.

-¿Por qué -insistió su padre- cuando me ha visto contigo en el balcón ha caído al suelo accidentado, y por qué cuando me ve ahora salía automáticamente y cae a mis pies temblando y pidiendo perdón? ¡Contesta, Amparo!

-No sé, padre mío, no sé... ¡Hay tantos misterios en la vida!

-¡Qué misericordiosa y qué acomodaticia es la palabra "misterio"! Cuando se comete una acción inconfesable; cuando se está bajo la sanción de un código, que no es precisamente el penal, pero que puede tener su reprobación y su anatema en la conciencia pública, viene a seguida el manto piadoso del misterio a encubrir, o a querer encubrir el hecho censurable o delictivo. ¡Buen modo de enjuiciar! ¡Así todo el mundo es honrado!

Y subrayó aquel cúmulo de sangrientas ironías con una risa tan sarcástica que Amparo, comprendiendo que ella iba envuelta en la censura paterna, rompió a llorar desconsoladamente.

-Vamos -dijo su padre dulcificando la voz luego que la vio tan afligida- no hay razón para que así llores; lo que he dicho no reza contigo; es una opinión mía respecto al modo de enjuiciar hoy en uso; además, ¿qué nos importa a ti ni a mí el misterio que puede entrañar la vida de este hombre? ¿Es nuestro deudo, siquiera? Respetemos su misterio, si lo tiene, y auxiliémosle en su grave accidente. Ni él puede pedir más, ni nosotros estamos obligados a mayores consideraciones.

Sintió Amparo algún consuelo con aquella explicación dicha en tono afectuoso, y enjugó rápidamente sus lágrimas al oír que pedían permiso para entrar.

-Adelante -contestó el anciano.

Presentóse el médico seguido de Petró.

Aquél, ya conocido de la casa por haber asistido en su última enfermedad a la madre de Amparo, se hizo cargo bien pronto del enfermo y de su mal.

-¡Pues si es Mazzantini! -exclamó.

-¿Cómo Mazzantini? -objetó el viejo.

-Sí, don Fabián; este pobre hombre que sufre, al parecer, un ataque de epilepsia, es el llamado Mazzantini.

-¿Usted le conoce?

-¿Quién no le conoce en Priego?

-Y, ¿qué se dice de él?

-Cada cual le juzga a su modo: unos le tienen por santo, otros por loco, los más por extravagante o neurótico, pero ninguno le considera criminal; por el contrario, todos le reconocen bellísimos sentimientos y caridad acrisolada.

-¿Y V. cómo le juzga, si mi pregunta no es impertinente?

-No, por cierto. Yo creo que es un hombre a quien grandes y tal vez trágicas desdichas le han impedido seguir un camino de expiación. Sabido es que el dolor redime, y este infeliz se ha trazado una vida de dolor, se ha abrazado a una cruz ¡a su cruz! para lograr, por medio de ese signo de redención, la suya. Por lo demás, le considero digno de todos los respetos que con ser desgraciado, ya tiene justo título para que se le guarden.

Don Fabián y su hija escuchaban con creciente interés la opinión del doctor, asintiendo tácitamente a ella, mas una vez emitida, como no se trataba de hacer una investigación psicológica, sino patológica, a practicarla procedió muy luego el facultativo por si el enfermo padecía alguna lesión grave.

No la encontró, por fortuna, y confirmó su diagnóstico de ser un acceso epiléptico el que sufría. En cuanto al pronóstico, opinó que aunque el ataque nada tenía de alarmante y esperaba que el doliente reaccionaría pronto, sin embargo, los efectos de la caída, su acción traumática y la pérdida de energías

vitales estaban indicando claramente la necesidad de reposo absoluto por algunos días.

-Este hombre -concluyó diciendo- debe ser conducido al hospital y encamado allí.

-Pero, ¿en tal estado, doctor? -se atrevió a replicar Amparo.

-El estado en nada perjudica la conducción, antes la beneficia en el sentido de que la inconsciencia del enfermo le ahorra el disgusto que pudiera ocasionar el traslado. Por lo demás, goza de tan buen predicamento, es tan querido en aquella santa casa, que yo creo que las hermanas han de agradecer que se les lleve en cuanto a cuidarle bien, nada digamos.

A estas razones nada tuvo que objetar Amparo, siquiera le contrariase aquélla, al parecer, poco piadosa medida. Por otra parte, la consideración el temor de que la vista de su padre, si reaccionaba el enfermo en casa, volviera a impresionarle, determinaron su aquiescencia al consejo facultativo.

Don Fabián nada opuso tampoco al mismo, sólo indicó que, desconocedor de los trámites necesarios para el traslado y hospitalización del doliente, quería saberlos para llevarlos a la práctica.

-No tiene V. que hacer nada -declaró el médico- bastará con que yo escriba cuatro letras a las hermanitas para que ellas se cuiden de mandar a seguida la camilla.

-Mas, ¿y los conductores?

-Con los conductores. Éstos siempre se hallan propicios, pues los hermanos de la Caridad, que son los que ejercen esta misión, dejan cualquier trabajo cuanto se les avisa para cumplir su piadoso cometido. Verá usted.

Y sacando el recetario en blanco, de que iba provisto, tomó una hoja en ella escribió rápidamente una nota que ofreció a don Fabián, quien la puso en manos de Petró, diciéndole:

-Lleva esto al hospital y acompaña a los que de allí vengan.

Partió el mayordomo y muy a seguida hizo el doctor lo mismo, no sin manifestar que volvería a ver al enfermo cuando estuviese en el benéfico establecimiento.

La nota llevada a éste despertó en las hermanas un ferviente deseo de acogida hacia el nuevo asilado a quien tanto admiraban.

Bien pronto circularon las órdenes y fue mandada la camilla a casa de Fabián.

Cuatro robustos hermanos de la Caridad, acompañados de Petró, evacuaron el piadoso traslado.

Mazzantini, que aún no había vuelto en sí, fue depositado en un lecho preferencia que ya la solicitud de las buenas religiosas le tenían preparado.

Llegó a poco el médico, procediendo a un nuevo y más minucioso reconocimiento, en el que tampoco halló lesión, sino magullamiento general.

Merced a algunas eficaces medicinas, el acceso al fin cedió y Mazzantini pudo abrir los ojos.

La primera mirada fue de asombro, pero al dirigirla en torno suyo como se viera rodeado por las hermanas y por el doctor y advirtiera a Petró a los pies de la cama bien pronto se dio cuenta de su situación y nada tuvo preguntar.

Una segunda mirada de gratitud, que repartió entre sus acompañantes, fue el pago de la buena acción recibida.

-Animo, eso ya pasó -le dijo el facultativo.

-Gracias, gracias a todos -articuló Mazzantini, fijando su vista intensamente en Petrón.

-Ya daré a las hermanas instrucciones del tratamiento -dijo el profesor- sígalo usted al pie de la letra y pronto se verá bueno.

-Dios se lo pague, doctor.

-Y a V. le guarde.

Salió el médico acompañado de dos religiosas a quienes señaló el régimen curativo.

Mientras tanto, sor Teresa, que sentía una especie de fervor religioso por el enfermo, a quien tenía en opinión de santo, le dijo con donoso acento:

-Esta vez procuraremos tratarle a V. muy mal.

-¿Por qué, hermana?

-Porque no se nos vaya V. tan pronto.

-;Ah! es V. un ángel.

Y como aquel nombre despertara en su mente el recuerdo de alguien a quien tenía por tal, clavando los ojos en Petrón, añadió significativamente:

-¡Hay muchos, muchos ángeles en la tierra!

XII LA CRUZ DE MAYO

La fiesta religioso-popular, conocida en toda España con el nombre de "La Cruz de Mayo", se celebra en Priego de un modo tan solemne como pintoresco.

Pudiera decirse que el festejo comienza la víspera por la noche saliendo la gente de sus casas y aun mejor *de sus casillas* para visitar las "cruces", que, en distintos puntos de la población, han engalanado e iluminado los vecinos más próximos a ellas.

Como noche francamente primaveral, esa del dos de mayo convida al paseo, a la alegría, al galanteo de los mozos; y en los tiempos a que me refiero, de más gusto y menos preocupaciones que los de ahora, celebrábase también con música, baile y verbenas en muchos sitios, resultando del mutuo trasiego, común algazara y jocunda bullanga, un verdadero "Dos de Mayo", pero sin Murat y sin franceses.

Cual si éstos invadieran la ciudad y fuera preciso tocar a rebato, antes del amanecer siguiente, o sea ya en el clásico día tres, todas las campanas eran echadas al vuelo, concierto intempestivo llamado "la alborada", como si para alborear necesitase la naturaleza de semejante repique.

Aún no había terminado "la alborada", cuando tirábase a la calle la banda marcial y sus acompañantes disparando cohetes para que, entre la diana y los truenos, si quedaba algún vecino despierto, tuviese que *levantar el párpado*.

Y como los vecinos no podían dormir, levantaban no ya el párpado, sino el resto del cuerpo, y muy de mañanita se salían a la calle para gozar del día y de sus encantos.

A las diez aproximadamente celebrábase en la iglesia parroquial con gran pompa y esplendor la función que los hermanos de la Caridad dedican anualmente a la Virgen del mismo nombre, hermosa imagen que al lado de otra aun más hermosa, que representa a Jesucristo crucificado, reciben el culto de este pueblo, cristiano de corazón.

Terminada la función de iglesia, a cosa de la una de la tarde, verificábase la ceremonia típica, originalísima y simpática, llamada "la comida de los presos".

Al efecto, ya la Hermandad de Caridad se había cuidado de que en ese día cumplieran con el precepto pascual los que estaban en la cárcel, claro que voluntariamente, y es de notar que rara vez se negaba alguno, por criminal que fuese, a recibir los Santos Sacramentos.

Ya en tan buena disposición los reclusos, limpia el alma con la Penitencia y el cuerpo con un aseo especial, servíaseles una magnífica cuanto abundante comida que procesionalmente era llevada desde la casa del hermano mayor en esta forma: abría la marcha la música marcial con el pendón de la Hermandad; iba a continuación la Junta directiva con el estandarte de aquella y cerraban el séquito los cuadrilleros, o sean hermanos activos y fervorosos que coadyuvaban a la obra de la caridad con sus cuerpos y con sus bienes.

Estos cuadrilleros, marchando uno en pos de otro, correctamente formados, porteaban y exhibían los manjares que cada cual donaba a los reclusos, y,

como eran tantos los donantes, la comida resultaba larga y espléndida por demás.

Dulces exquisitos y variados; frutas de todas clases, verdes y secas; platos de cocina tan apetitosos como abundantes, desfilaban ante el público que abierto en dos alas veía pasar, celebrándola, esta succulenta procesión, la cual terminaba con una olla de bronce más grande que las de Egipto en la que humeaba el clásico cocido y una tabla, más grande que las de la Ley, colmada de tierno y sabroso pan.

De esta guisa, y con tales guisados, discurría la comitiva por las principales calles y plazas y llegaba a la cárcel.

En el patio de ella, que es donde se servía el agasajo, esperaban ya los presos acompañados de las autoridades locales y de algunas distinguidas damas.

Acto seguido procedíase al reparto, el cual se efectuaba con el mayor orden y equidad. Los reclusos, provistos de amplias escudillas y sendos canastos, recibían con sincero agradecimiento lo que les tocaba en turno, y cuando presentábaseles algún plato extraordinario, bien de dulce o de fruta, ellos mismos lo cedían a la Virgen, que equivalía a decir que fuera rifado por la tarde para acrecer con su importe el acervo de la Hermandad.

Hecha la distribución de la comida y dadas las gracias por los presos a sus bienhechores, retirábanse aquéllos, algunos con sus familias, a consumir alegremente la sabrosa pitanza, en tanto que las autoridades, hermanos de la Caridad y asistentes al acto despejaban también el local.

Tal era la hermosa obra de misericordia que se celebraba en aquellos tiempos y tal es la que se celebra en la actualidad, con la única diferencia de que, a causa de cierto lamentable incidente ocurrido no ha muchos años, desde entonces ya no se distribuye la comida entre los presos, sino entre los pobres de un asilo benéfico.

El día de referencia, según costumbre, había acudido al pueblo gran golpe de campesinos, no sólo para disfrutar de los festejos, sino para llevar su óbolo a los reclusos, pues algunos de aquéllos, labradores bien acomodados, eran a su vez cuadrilleros de la Caridad y tenían a gala presentar personalmente su ofrenda.

Uno de estos cuadrilleros agrícolas era el ya conocido Tomás Campaña, residente en el caserío de las Navas, quien, luego que hubo terminado su piadosa misión, quiso desempeñar otra no menos piadosa visitando en el hospital a Mazzantini que, según le dijeron, estaba allí enfermo.

No bien llegó al benéfico establecimiento, donde siempre se le recibía con agrado, trocóse su disgusto en alegría, pues lo primero que vieron sus ojos en el patio claustral fue al propio Mazzantini paseando y departiendo con dos hermanas, signo seguro de que el enfermo había dejado de serlo.

-Gracias a Dios que me han engañao -le dijo por todo saludo, tendiéndole la mano- ya veo que estaste güeno.

-Gracias a Dios que lo estoy, y gracias sean dadas a V. también por el cariñoso interés que me demuestra.

-¡No, qué no! ¿Había yo de venir a Priego y dirme sin ver a quien me salvó la vida?

-Vaya, vaya; no abusemos de la hipérbole: la vida se la salvó a V. Dios que es el que nos ha de salvar a todos.

Comprendió Campaña muy a las claras el sentido de la rectificación, que no comprendió fue lo de la hipérbole, palabreja que le dejó bien intrigado y hasta con temores de que fuera cosa de bebida.

-Por supuesto que aquí habrán tirao a matar asté como a mí -dijo mirando a las hermanas con irónica y cariñosa sonrisa.

-Pero no lo hemos podido conseguir -declaró una de ellas porque tienen ustedes más correa que mala intención nosotras.

-Güeno: ¿y cuándo le dan asté de alta?

-Hoy -se anticipó a decir la hermana- pero aquí no queremos darle de baja.

-To será que mus escapemos, porque sino estas santas madres no mus de ir.

-Ni madres, ni santas; hermanas y pecadoras.

-Pus santas, santas y santas, aunque ustés no quieran.

Y todos, incluso Mazzantini, parco en la risa, soltaron la suya, celebrando regocijadamente el buen humor y la buena fe del labriego.

-Conque hoy es la salía, ¿eh? -acentuó éste.

-Dios mediante.

-Pus si no tarda maspero y dambos mus salimos juntos.

-De buena gana lo haría, mas tengo necesidad de ver aún al médico, y hasta que él venga...

-Entonces no pueo esperarme, porque la parienta me encargó la mar mandaos y he de yevalos tos, porque si farta uno, bronca tenemos.

-Y ¿quién es la parienta? -se atrevió a interrogar Sor Teresa.

-¡Escucha la hermana! ¿Quién va a ser? Mi mujer.

-¡Ah! ya...

-Mas parienta que ella ¿cabe otra?

-Seguramente no.

-Ea, pus al avío, que se va el tío.

-¿Tan pronto?

-¿No digo?...

-Y ¿volverá usted?

-No, pero quieo dejallas un recuerdo. Miste, hermanas; por ser hoy día la Caridá, tomén ustés este papelito de diez duros para socorro de los asilaos; y osté, mi amigo, tome este otro para alivio de su convalesencia.

-Gracias, en nombre de nuestros pobres -dijo una hermana tomando el billete de cincuenta pesetas que Campaña puso en sus manos.

Mazzantini no alargó las suyas.

-¡Qué! ¿Me vaste a despresiar? -le dijo Tomás.

-Dios me libre. No es desprecio; es que ese dinero no me hace falta; pero se lo agradezco como si lo tomara.

-Pus esta miseria e dinero quieo yo que sea pasté, y si osté no lo quié, lo daste a los probes, ques dia dellos.

-Eso es otra cosa; venga acá y gracias por los pobres y por mí.

-¡Ea! hasta más ver; madres; que diga hermanas: hasta más ver, mi güen amigo: yo, siempre er mesmo.

Y se fue.

-Es un alma de Dios -dijo sor Teresa al verle salir.

-Es un corazón de oro en cuerpo de barro -añadió Mazzantini.

A todo esto la tarde avanzaba. La gente afluía como por encanto a una gran plaza llamada "Llano de la Iglesia", porque en ella radica la Parroquia de donde había de salir la procesión.

Pero a la procesión antecedía la rifa, que se verificaba junto al pórtico de dicho templo.

Ya las muchachas del pueblo, con sus trajes sencillos y pintorescos, animaban embellecían la espaciosa plaza donde paseaban, atrayendo hacia sí a los mozos que, a cada encuentro, las decían chicoleos con gran regocijo de ellas; ya vagaban le acá para allá, saltando y asaltando a todo el mundo, varios chiquillos y chiquillas con sendas bandejitas en las manos, pidiendo "un centimico para la Santa Cruz" (la santa cruz del estómago); ya la banda municipal llegaba tocando un aire de "Pan y Toros" y arrastrando en su pos a cuantos desocupados hallaba en su camino, ya, por último, los hermanos más conspicuos de la Caridad, sentados en amplios escaños, se constituían como en tribunal de comercio, para presidir la rifa y cobrar sus productos.

La rifa comenzaba. Un mozo encaramado sobre sencilla escalera de pie iba, uno a uno, y a grandes voces, subastando y adjudicando los centenares de objetos que la piedad pública había donado a la Hermandad.

Dichos objetos no podían ser más heterogéneos ni más caprichosamente presentados. Véase la clase: una ensarta de peros, sin más pero que el llevar nueve meses de cogidos, un borrego blanco con motitas encarnadas, para que resulte más vistoso; una rosca de tres kilos, madre de treinta rosquillas que penden de ella; una bandeja de naranjas con banderitas pinchadas en cada pieza, por vía de adorno, para que se pudran más pronto; una torta de bizcocho, con otra banderita, en la que se lee "¡Biba la Bingen!"; unos patos, de graznido bastante patoso; una maceta, con flores artificiales para que no se marchiten; una jaula con un canario, que luego resulta canaria; unos pepinos tan crudos que son una invitación al cólico; un pavo real y otro... republicano, porque lo rojo de su cabeza semeja el gorro frigio; y por último, un sin fin de dulces, frutas, puros, flores, etcétera.

Ahora bien, todo este complejo cúmulo de cosas era subastado entre un público más complejo todavía, que se lo disputaba con avidez, pujándose regocijadamente los postores y haciendo subir los objetos a precios muchas veces inverosímiles.

Cuando esto acontecía, los hermanos de la Caridad, entusiasmados, disparaban cohetes y la gente prorrumpía en vítores a la Virgen.

Ya la rifa llevaba en esta forma cerca de tres horas e iba a terminarse. El último objeto salía a subasta. Era un hermoso ramo de claveles rojos y blancos, enviado desde Málaga por un devoto.

-¿En cuánto se pone? -gritó interrogando el mozo mientras exhibía el ramo.

-En cinco pesetas -contestó un espectador.

-En ocho -ofreció otro.

-En diez.

-En veinte.

-En veinticinco.

-En treinta.

Y cuando ya iban a disparar el consabido cohete y el pregonero a pronunciar el "¡Qué bueno!", frase sacramental del remate, salió una voz de las más apartadas filas gritando:

-¡En cincuenta pesetas!

Y allí fue el disparar, no uno, sino una docena de cohetes, mientras el mozo exclamando "¡Qué bueno!", ofrecía el ramo al mejor postor.

Abrióse éste paso entre la multitud que le aplaudía, y llegando al lugar de la cobranza depositó en una bandeja un billete de cincuenta pesetas y recogió triunfalmente el manojo de claveles.

-¡Bien por Mazzantini! -vitreó entusiasmado el concurso.

Con efecto, Mazzantini había sido el adquirente de las flores, las que pagó con el billete que recibiera de Tomás Campaña, cumpliendo así sus deseos y oferta de que el dinero aquel quedara en beneficio de los pobres. Bien pronto cundió la noticia de tal rasgo y, como el que lo tuvo era simpático a la generalidad, muchos se le acercaron para felicitarle.

Y tras los felicitantes, acudieron no pocas *felicitantas* uniendo a sus plácemes la demanda de algún clavelito, pero él se negó cortésmente a darlos, añadiendo que los guardaba para "más alto destino".

-¿Son para la Reina quizá? -le preguntaron en son de burla una de las mozuelas desairadas.

-Un poquito más alto -contestó él usando de la misma ironía.

A esta respuesta todos soltaron la risa y concluyó el incidente.

Salió en esto la procesión.

Tras larga y doble hilera de fieles con cirios encendidos seguía la sublime imagen de Jesucristo crucificado representando el momento supremo de la agonía.

La muerte del Señor impone silencio de muerte al público que se arrodilla a su paso piadosamente.

Después apareció en la puerta del templo parroquial la bendita y milagrosa, Virgen de la Caridad.

Y entonces ocurrió un caso curioso, edificante. Mientras las campanas saludaban a la Madre de Dios, y la música batía marcha en su honor, y mil voces la vitoreaban, e inúmeros voladores serpeaban por el espacio poblándole de luces de oro, un hombre trepaba por la escalera portátil en que se hiciera la rifa y, con toda reverencia, ponía en la diestra de la Virgen un hermoso ramo de claveles...

XIII AGRAVIO Y CASTIGO

Restablecido completamente de su pasada enfermedad, Mazzantini volvió a ejercer la plaza de sepulturero, reintegrándose a su domicilio que era el Cementerio, ahora con mayor motivo, pues, al par que las suyas, tenía que desempeñar, siquiera fuese interinamente, las funciones del conserje, por haber éste caído en cama con grave dolencia.

Si bien se mira, el "señor Antonio", como Mazzantini le llamaba, no hacía gran falta en aquel triste lugar en tanto que nuestro héroe le supliera.

Todo marchaba allí a las mil maravillas: el registro necrológico, la preparación de las sepulturas, la vigilancia de día y de noche, la limpieza de capilla y patio, hasta el cultivo de las flores que en aquel sitio con profusión se criaban.

En punto a las flores, no sólo cuidaba de ellas, sino que se entretenía en hacer coronas para ofrecerlas, gratis se entiende, a cuantas personas acudían a rendir culto a los seres queridos que allí dormían el sueño eterno.

El día en que le volvemos a encontrar en el camposanto había hecho varias, pero una, especialmente, con tal derroche de gusto artístico, que mejor no la confeccionara ni la más hábil florista. Terminada esta piadosa ofrenda, la colocó sobre una tumba en que se leía "Teodora Monreal".

Después sentóse tranquilamente con la tranquilidad del deber cumplido la puerta de la capilla, desde donde veía y vigilaba todo el ámbito del cementerio.

Era aquella una tarde de Junio tibia y serena; el sol trasmontaba ya, avecinándose la hora del crepúsculo.

Un silencio, que allí mejor que en parte alguna pudiera llamarse sepulcral, reinaba en la triste mansión, imprimiéndole mayor solemnidad. Hasta los pájaros callaban, secundando por instinto imitativo la suprema mudez de la naturaleza. Mazzantini, indolentemente sentado, como en espera de algo para él interesante, echaba a volar su pensamiento entre un mundo pasado de sombríos recuerdos y de estridencias de dolor y otro mundo de celestes esperanzas y de dulcísimas armonías.

De este dualismo de encontrados sentimientos que en mudo, pero trepando combate, se disputaban la posesión de su espíritu, vino a sacarle la repentina aparición de lo que él esperaba.

En la puerta de entrada, que jamás perdía de vista, presentáronse en aquel momento Amparo y Petrón.

Al verles, levantóse de su asiento como por encanto, pero sin atreverse a dar un paso; era su actitud de supremo respeto así como de absoluta disponibilidad para la ejecución de cualquier orden que recibiera.

Miráronle los recién llegados y saludáronle cortésmente con una inclinación de cabeza a la que él contestó con otra de más pronunciada cortesía.

La joven, como de costumbre, tomó la actitud de orar ante el sepulcro de su madre. Petrón, como siempre, situóse detrás de su ama, descubierta la cabeza.

Y así transcurrieron breves minutos, rezando la una, erguidos y mudos como estatuas los otros.

Terminadas las preces, levantóse Amparo, y éste fue el momento en que Mazzantini, tomando una silla, como solía, se la llevó y ofreció a la joven para que descansara.

Agradeció ella con dulce sonrisa la atención, que aceptó, como ya había agradecido desde su entrada la hermosa corona de flores que aquél depositara sobre la tumba de su madre.

-No sé -le dijo después- cómo testimoniar a usted mi profundo reconocimiento por sus repetidas bondades, pero crea que mi gratitud corre parejas con su exquisita cortesía.

-Esa gratitud, señorita, que ya me honrara de ser merecida, me confundió por lo poco o nada que hice para su obtención: la ofrenda a los muertos es un deber en los vivos.

-Pues Dios le pague la ofrenda, que puede hacerlo mejor que yo.

Nada contestó Mazzantini: bajó sencillamente la cabeza en señal de humildad y ya se disponía a volver a su sitio cuando Amparo le retuvo con estas palabras:

-Pero observo que hoy se encuentra V. solo.

-Sí, señorita; el pobre conserje cayó enfermo de bastante cuidado hace unos días y yo tengo que hacer sus veces.

-Para mayores tareas, ¿verdad?

-Las tareas del cargo son tristes, pero pocas.

-En todo caso, para mayor aburrimiento.

-Eso sí; el señor Antonio era más que jefe, un buen amigo mío, y departíamos cordialmente las horas muertas... entre los muertos.

Pues, amigo por amigo,, sé que Petrón también lo es de V., y ya que me oye será tan amable que le dedique un rato de compañía.

-No pudiera V., señorita, ofrecerme persona más de mi gusto.

-Lo mismo digo respeto a V., vamos -indicó Petrón.

Y ambos se dirigieron a la puerta de la capilla, donde quedaron sentados muy a la vista de Amparo, quien tomando también asiento siguió absorta en sus meditaciones.

Mazzantini no apartaba de ella los ojos ni el pensamiento, y como es natural que se hable de lo que se piensa, dijo a Petrón:

-¡Qué vida tan triste lleva su señorita!

-Y lo peor del caso es -confirmó el interlocutado que no se alcanza el remedio a su triste vivir.

-Pero es que esa fatalidad, llamémosla así, que la persigue, ¿no tendrá modificación, alivio siquiera?

-Ni modificación ni alivio; es mal que no puede conjurarse, porque si bien la causa está muerta, el efecto permanece vivo.

-Ignoro, amigo Petrón, a qué causa y a qué efecto pueda usted referirse y le ruego que se los calle, que no descorra el velo de ese sombrío misterio que yo respeto, pero aún siendo como usted dice, aun suponiendo que algo fatal pesa sobre el alma de esa niña, destrozándosela, por el hecho de ser niña, por el hecho de abrir ahora sus ojos a la vida, de estar en la edad de las dulces ilusiones, ¿no pudieran estas ilusiones inherentes a toda mujer joven y hermosa, presentarle nuevos horizontes de ventura que disiparan con su luz las sombras del pasado?

-Pudieran... ya lo creo de ser otro su carácter, su idiosincrasia, pero la naturaleza de cada cual no puede modificarse fundamentalmente, es el sello

del alma y el alma de esa criatura está troquelada para el bien, para la renuncia, para el sacrificio, para sufrir con los demás, antes que para gozar ella misma.

-¡Qué portento! -exclamó Mazzantini, comprendiendo por lo pasado con él, la verdad de lo que decía Petrón.

-Cuando ella -continuó éste- no llorase a su madre muerta y en las condiciones en que murió; cuando ella tuviera un padre que la mirase con ternura, no con recelo; cuando ella se sintiese feliz, o por lo menos, tranquila dentro de su hogar, ¿qué duda cabe de que abriera su alma a las ilusiones y su corazón al amor?

-No quise pronunciar esa palabra, que la sagacidad de V. me ha adivinado.

-El amor a esa edad no se adivina, se presupone. Y por ser así, es natural que los que se consideran capacitados para obtener sus dulces frutos, aspiren a ellos. Si, amigo mío; a nuestra llegada a Priego, la hermosura de la "habanera", nombre con que entonces la distinguían, despertó un profundo sentimiento de admiración, de simpatía, de homenaje; los jóvenes más estimables de la localidad se desvivían por verla, por saludarla; muchos la cortejaron; algunos llegaron hasta a solicitarla, pero todos los requerimientos fueron baldíos, pues ella obstinóse en una rotunda y general negativa, siquiera agradeciese el fervoroso afecto de sus rendidos admiradores.

-Los cuales, como es natural, habrán ya desistido.

-Todos menos uno que la sigue y la persigue sin descanso.

-¡Qué! ¿No se desengaña?

-¿Quién desengaña a un necio? Además, he entendido en lo poco que salgo, que no faltan amigos, malos amigos por supuesto, que le agujen con sus pullitas para ayudarle a hacer el ridículo, única cosa que sabe hacer.

-¡Pobre hombre!

-Y ¡pobre mujer! porque ella tiene al Marquesito por sombra.

-¡Ah!, ¿pero es el Marquesito?

-El mismo: ¿qué le parece a usted la proporción?

-Sencillamente cómica, o mejor dicho, bufa; a ese sujeto nadie le toma en serio.

-De acuerdo, pero él sí ha tomado en serio la persecución.

-Tanto peor para él. Con no hacerle caso...

-Y ¿cómo no hacérselo? Mire usted.

-¡Ah!

-En la puerta del Cementerio apareció en aquel momento la figura atildada del Marquesito.

Petrón, al verle, se levantó automáticamente; lo propio hizo Mazzantini y ambos se encaminaron hacia donde estaba Amparo.

Como ella estuviera más cercana a la puerta, se les anticipó el intruso.

-Señorita -la dijo descubriéndose- ¿fuera V. tan amable que me permitiera dos palabras?

-No tengo el gusto de conocer a usted -le contestó; además, estoy rezando. -

-¿Y después?

-Tampoco.

Ya en esto habían llegado a aquél Mazzantini y Petrón.

Quedó el Marquesito suspenso al verles, mas si la palabra se le heló en los labios, la cólera, hecha fuego, le salía por los ojos.

Tras de unos cortos instantes de común mutismo, la joven se levantó.

-Vamos, Petrón -dijo.

Y partió seguida del hércules, no sin dirigir un afectuoso saludo de despedida a Mazzantini, de quien obtuvo expresiva correspondencia.

El Marquesito y el sepulturero quedaron entonces frente a frente. La mirada del uno era agresiva; la del otro, de suprema frialdad.

Mazzantini se inclinó sobre el sepulcro y recogió la corona.

-¿La retira V. por mí? -preguntó el fatuo.

-No, por mí.

-¿Lo dice V. en son de burla?

-No, en son de veras.

-Es que yo no tolero que de mí se chancee nadie, y un saltatumbas, menos.

-Yo no me chanco de nadie, sobre todo, por respeto a las tumbas.

Medió una pequeña pausa, y ya se disponía el sepulturero a dirigirse hacia la Capilla con la corona cuando el Marquesito, que ardía en ira y ansiaba desahogala con alguien, le detuvo con esta pregunta:

-Esa corona, ¿la hizo usted?

-Sí, señor.

-¿Por encargo de la señorita que ha salido?

-No creo que tenga V. derecho a dirigirme tal pregunta, ni yo obligación de contestarla.

-Aun cuando así sea, debe V. contestarme por cortesía.

-La cortesía acaba donde la importunidad empieza.

-Según eso, yo soy un importuno.

-Distingamos: en lo que a mí exclusivamente se refiera nunca le tendré por tal; en lo que se refiera a otra persona a quien respeto, sí.

-Parece que muestra V. mucho interés por esa señorita: ¿espera V. algo de ella?

-Ni de ella, ni de nadie; yo todo lo espero de Dios.

-La humildad fingida huele a hipocresía.

-Ya dije a V. que no me ofenderé por nada que a mí respecte.

-Pero sí por lo que respecte a ella.

-Tampoco, porque no lo oigo.

Y salióse del cementerio.

Creyó el Marquesito que aquella huida acusaba miedo y le siguió a pleno campo. No sabía que el sepulturero lo que trataba con esto era evitar la cuestión personal en lugar sagrado.

-Pues me ha de oír V. aunque no quiera -dijo asiéndole de un brazo.

-Déjeme; se lo suplico.

-Usted es un farsante, un hipócrita.

-¡Déjeme, por Dios!

-Y esa señorita es...

No pudo concluir la frase: la diestra de Mazzantini cayó como un martillo sobre el rostro del grosero dando con él en tierra.

Exhaló el caído un grito de rabia; irguióse y echó mano a un revólver que siempre llevaba.

Pero antes de que pudiera disparar, rápido cual un tigre, su contrario le cogió la mano, le arrancó de ella el arma, y con la culata de la misma asestó dos tremendos golpes en la boca que debieron producirle agudísimo dolor según la violenta contracción de su semblante.

-¡Lejos! ¡Lejos de aquí! -le gritó furioso- si no quiere V. quedarse aquí par siempre.

Y le encañonó el revólver a la frente.

Fue tan suprema la amenaza que el Marquesita, humillado, maltrecho, arrojando sangre por donde antes arrojara injurias, tuvo a buen partido volver la espalda, no sin recelo, y apartarse de allí rápidamente con dirección al pueblo, haciendo su entrada a hurtadillas amparado por las sombras de la noche.

Mazzantini, en tanto, volvió al panteón, dejóse caer en una silla y mirando al cielo, exclamó:

-¡Perdóname, Dios mío!... Bien sabes que no lo hice por mí, sino por ella, ¡que es la única esperanza de mi vida!

XIV "ANTONNO"

Gran animación reinaba en el famoso "Casinillo" a los dos días de ocurrir los últimos sucesos.

Era domingo y si bien para la mayoría de aquella sociedad nunca dejaba de serlo, cuando lo era en realidad acrecía la concurrencia al expresado centro.

Mas, por si algo faltaba para aumentar la animación a que aludo, comentábase a la sazón, con tanto interés como regocijo, un hecho inusitado, curiosísimo que por serlo había de tener allí forzosa y aun sabrosa repercusión.

El hecho lo presencié un ganapán que hablaba con media lengua y razonaba con medio entendimiento, el cual sujeto, llamándose Antonio, era conocido por "Antonno", forma en que él pronunciaba su nombre.

Este Antonio o "Antonno" (muerto no ha mucho tiempo) era en aquél un mocetón que hacía y pegaba a toda clase de trabajos, mientras más rudos, mejor con tal de que fuesen ajenos al entendimiento, pues el suyo, como he dicho, era tan escaso que le hacía fluctuar entre la simplicidad y la mentecatez.

Una de sus características era la del enamoramiento, y si es cierto que tal condición, llevada al extremo, suele ser cualidad de tontos, había motivo para consagrarle de pontífice máximo entre ellos. Sobre todo, era singular manera de "hacer el amor".

Porque el amor (y perdóneseme la digresioncita) lo hacen unos hablando, otros escribiendo, muchos paseando; pues bien, "Antonno" lo hacía *tosiendo*.

Cuanto más le gustaba una mujer, más le *tosía*, y era lo malo que, como casi todas le gustaban, para no desairar a ninguna, no daba abasto a toser y tenía que hacerlo a diestra y a siniestra, con grave detrimento de sus pulmones y aun mayor de su laringe.

Por lo demás era (y dígolo haciendo justicia a su memoria) un hombre honrado a carta cabal.

Como tipo popularísimo y con todos comunicativo debió confiar a alguien la escena que incidentalmente presenciara, y éste alguien fue con el mensaje al "Casinillo", con lo cual ya no se necesitó más para que dicha sociedad, desocupada por excelencia, forjara hipótesis gratuitas e hiciese sabrosos comentarios al margen del asunto

Pero ¿es posible -decía uno de los allí congregados- que ese tonto no conociera al que huyó?

-Y tan posible -le contestaron-. La escena se desarrolló a una hora muy avanzada de la tarde; fue breve aunque violenta, y como el huido apretó el paso no pudo distinguir "Antonno" más que la figura de un hombre que corría, pero sin saber quién era.

-Y ¿cómo conoció a Mazzantini?

-Por la sencilla razón de que éste no huyó, sino que internóse en el Cementerio ya a la vista de "Antonno"; además, le había reconocido antes por las voces y gritos que diera.

-Novelesco, novelesco -dijo a esta sazón Peribáñez; tal hecho, si no es una linda patraña de ese pobre hombre, es altamente novelesco.

-No creo que sea una patraña -replicó el grave de don Felipe-; conozco al testigo lo bastante para asegurar que ni es visionario, ni mentiroso.

-Con todo, el suceso tiene trazas de infundio; ¿no es verdad, amigos?

-Pues he ahí el infundioso -advirtió López Arillo, señalando al sujeto de quien hablaban, que en aquel instante apareció junto a la fuente de la plaza.

-Llamadle, hombre, llamadle -dijo uno.

-Sí, que nos lo cuente -añadió otro.

Un tercero, que más cerca de la puerta se hallaba, le gritó:

-¡"Antonno"! ¡Ven!

Pero como si llamaran a la fuente. "Antonno" ni veía, ni oía; es decir, veía, mas sólo a una moza de rumbo, cortijera endomingada, por más señas, que pasaba junto a él.

Y pasar la hembra y soltarle hasta tres golpes de tos, que por poco le hacen echar los bofes, fue todo uno. Y tras de la tos, su eterno piropo:

-¡Vaya una cala apañá! ¡Vayaste con Dios, plimol!

-¡"Antonno"! -volvieron a vocear desde el "Casinillo".

-Pelo ¿es a mí?

-Sí, hombre, a ti: ven.

-Voy coliendo.

Y andando, que no corriendo, porque él no corrió jamás, se dirigió al "Casinillo" donde entró.

-Vamos a ver -le dijo don Felipe, como persona de más autoridad-; ¿quieres contarnos, "Antonno", lo que presenciaste anteayer en la puerta del Cementerio?

-Homble; yo no he licho eso más ca una pelsona y le encalgué que no lo lijela a nalie.

-No te dé cuidado repetirlo aquí; nosotros te prometemos guardar el secreto; y en todo caso, ¿qué tienes tú que temer?

-Le osteles nada, pelo si la justisia se entela, me llaman a caleo y puelen fastilialm e.

-Descuida también respecto a ese punto, que no te llamarán, pues no han de pasar parte al Juzgado.

-Coliente; pos entonses osteles lilán.

-Quien ha de decir lo que vio y oyó eres tú; conque cuenta, pero antes siéntate y fuma.

Quesada le alargó una silla, don Felipe un cigarro, y él, después de dar las "glasias" habló así:

-Pos antiyel, que ela vielnes, juí yo a lleval una yunta de tolos a la case-lía le San Juan de Lios, pa quel caselo levantala los balbechos y echala melo-nes.

-Bueno, deja los melones y al grano.

-El glano estaba ya pa llevalo a la ela.

-Perfectamente, dalo por trillado y aventado. ¿A qué hora volviste de llevar la yunta?

-A las siete y melía.

-A las siete y media estabas cerca del Cementerio; ¿no es eso?

-Eso es.

-Y ¿qué viste?

- Vi que laban voses.
-Ya es ver. ¿Quién las daba?
-Un hombre a otro hombre.
-¿Qué le decía?
-¡Lejos, lejos le aquí, si no quiele osté quelalse aquí pala siemple! Y le apuntaba con una alma de fuego.
-¿Y por qué sabes tú que el arma era de fuego?
-¡Calamba! porque el otro acachó las olejas y echó a coel.
-¿Conociste tú a ese otro, al que corría?
-No le vi la cala.
-¿Y la ropa? ¿Vestía de señorito, o como hombre de campo?
-Le señolito.
-¿Y al que apuntaba, le viste?
-Si señol; le vi metelse en el simentelio, y alogo al pasal yo selca le conosí. Alemás supe quien ela, pol la vos.
-¿Quién era?
-Masantini el sepultulelo.
-¿Y él, te vio?
-Me palese que no.
-¿Qué más sabes?
-No sé nala más.
-Bueno, hombre; pues te agradecemos las noticias que nos has dado, que confirman las que ya teníamos; pero la verdad, nos quedamos con el deseo de averiguar quién fue el que huyó y por qué huyó.
-Eso sí lo sé.
-¿Qué es lo que sabes?
-Pol qué huyó.
-¡Ah! ¿Lo sabes? dilo.
-Polque tenía mielo.
-Pues sí que es una revelación. Ea; ya no te molestamos más. ¿Quieres tomar alguna cosa?
-Glasias: me voy.
-Y ahora ¿a dónde vas?
-Polaí a vel mujeles.
-¿Tanto te gustan?
-¡Ja! ¡ja! ¡ja!
Y riendo, riendo, se le caía la baba, o dicho más pulcramente, se le hacía la boca agua.
-Mira, mira la que pasa por allí.
-¡Vaya un plimol! ¡Ejem!
Y echó a correr tras de ella tosiendo más que un tísico.
Todos soltaron la risa al ver la simplicidad de "Antonno".
En esto entró en el local, aparentando indiferencia, el Marquesito y ocupó la silla que aquél había dejado.
-¿Quién diablos se ha sentado aquí? -dijo-; esta silla está que arde.
-"Antonno" -le contestaron- ¿no le has visto?
-Sí, le vi salir; y ¿a qué ha venido ese tonto?
-Hombre -razonó don Felipe-; dispensa que no te lo digamos, porque es un secreto.
-¿Secreto en el "Casinillo"? Será un secreto a voces.

-Con efecto, sino a voces, *soto vocce*; se dice de unos a otros y a la postre todos se enteran.

-¡Bah!, ¿quién hace caso de lo que pueda decir un mentecato? -repuso el Marquesito, como esquivando la conversación, porque llegó a sospechar si hablarían de él.

-¡Alto ahí! -dijo Nebrija terciando en la discusión; paso por lo de mentecato, pero ¿me diréis qué relación guarda la mentecatez con la veracidad? ¿Sabéis cuál es la etimología de la palabra "mentecato"? No se necesita ser un Horacio para comprender que proviene de *carencia de mente*, y se tiene por tal al hombre escaso o falta de juicio, de entendimiento, pero es que aquí no se trata de juzgar, ni de entender, sino de testimoniar; de decir lo que se ha visto y de que lo dicho sea verdad; y en este caso ese argumento que aducís, tachando al testigo por tonto y mentecato y por ende negando veracidad a su testimonio, ese argumento, repito, se revuelve contra vos, porque siempre se ha dicho y es cosa asaz probada que los tontos y los niños son los que dicen la verdad.

Tras de este formidable alegato, el Marquesito quedó tan achicado que no supo redargüir palabra.

-*Veni, vidi, tácit* -añadió con ensañamiento el bohemio-*llegué, vi y callé*, porque no podéis contestar a mis razones: ¡sois un vencido!

-Pues, respeto a los vencidos -dijo interviniendo conciliatoriamente don Felipe- no añadas el cruel "¡Ve victis!".

-¡Ah! ¿También latinizáis? Que me place, colega.

-Vaya, ¡basta de latines! -exclamó López Arillo que es de mal gusto hablar en lengua extraña al auditorio.

-Soy con vos -contestóle el inagotable Nebrija; ¿lengua extraña llamáis al latín? ¿Es vuestra madre, dicho sea con respeto, extraña a vos? Pues lo mismo es el latín respecto a nuestra lengua. ¡Es su madre! ¿Que no la entendéis? Tanto peor para vos. Estudiadla como yo la estudié.

-Bien, ya la estudiará -dijo-mediando de nuevo don Felipe y que de seguro, tú, Nebrija, te brindarás a ser su profesor.

-*Et gratis* -acentuó éste.

-Gracias -expresó López Arillo.

-¿Veis? ya la va entendiendo.

En este discreto se hallaban cuando un muchacho con trazas de pordio-serillo, llegó a la puerta del local y preguntó por el conserje quien oyéndole salió a seguida. El chico le hizo entrega de un objeto envuelto en un periódico, y se fue.

-¿Qué es eso? -le preguntaron a Quesada.

-No sé; voy a verlo.

Rasgó la cubierta y apareció otra envoltura de papel blanco en la que se leía: "Para entregar a don Juan Marqués, quien lo dejó olvidado en el Cementerio".

-¿A mí? -dijo el Marquesito saltando de la silla.

-A usted -contestó el conserje.

-¿Qué es? ¿qué es? -preguntaron muchos con gran curiosidad.

-Un revólver.

-Y Quesada lo entregó a su dueño, quien lo guardó rápidamente.

Hubo un momento de extrañeza general, muy próxima al asombro. Todos se miraban sin comprender aquel misterio.

Pero Nebrija, más listo que todos, exclamó al fin:

-¡Eureka!

-¿Otra vez en latín? -protestó López Arillo.

-No, ahora es en griego, para que no lo entendáis.

-Pues lo hemos entendido -declaró don Felipe; esa frase significa: "ya pareció aquello".

-O "aquél" -rectificó el bohemio mirando con intención al Marquesito.

Estalló una carcajada general, y como éste comprendiera que iba contra él la rechifla palideció de ira.

Pero fue mayor la que le asaltó, bien que tratara de disimularla, cuando el implacable Nebrija preguntóle con ironía sangrienta:

-¿Para que llevasteis ese *chisme* al Camposanto? ¿Pensabais acaso "matar a los muertos"?

XV EL MARQUESITO

Llegó el Marquesito aquella noche a su casa como es de presumir. El despecho, la ira, la desesperación, cuantas malas pasiones pueden poner al hombre en punto de morir o de matar, rugían en su pecho y entenebrecían su menguado entendimiento.

Entrando en juicio consigo mismo considerábase no sólo el pretendiente despreciado por aquella joven en quien pusiera temerariamente los ojos, no sólo el luchador vencido, maltrecho y abofeteado por un sepulturero, sino el blanco grotesco e irrisorio de las burlas y chanzonetas prodigadas a su costa en el Casinillo; burlas y chanzonetas que al día siguiente se difundirían por toda la población, cuando en ella se divulgara la triste aventura del Cementerio.

Tal aventura o mejor dicho, desventura, con sus deplorables consecuencias, le pusieron aquella noche, cuando se recluyó en su casa, en trance de tomar una determinación, y como ésta pudiera ser noble y hasta heroica, sufriendo con resignación el castigo a su mal proceder y poniéndose en el camino de la enmienda, tomó por el atajo, o sea por el camino de las represalias, que conduce, vía directa, al campo de la venganza.

Mientras piensa, tantea y se decide por ese plan vengativo, bien es que sepa el lector la vida y psicología de este sujeto innoble, siquiera lleve por irrisión un título nobiliario.

Su padre, llamado don Juan Marqués, tuvo la desgracia de quedar viudo cuando nació aquel su hijo único, que al andar del tiempo había de llamarse "El Marquesito", de modo que hasta la venida al mundo de éste puede decirse que fue en mal hora.

Diéronle el nombre de su padre Juan y fue criado por una buena mujer llamada Magdalena que habiendo, a su vez, perdido al hijo suyo, puso en el de adopción el mismo cariño que tuviera al propio.

Creció el muchacho tan bien consentido como mal educado, pues, el padre, teniendo que consagrarse a un modesto comercio que constituía su vivir, delegó tácitamente las funciones educativas en el ama, y ésta, débil y mimosa, daba al niño cuantos gustos quería y unos poquitos más, pero en cambio no le corregía defecto alguno.

Al contrario, se los aumentaba. El chico, vanidoso por naturaleza, alardeaba de guapo, si bien lo era, al par que de elegante; lisonjas y demasías en que su ama le daba por la contenta, repitiendo "que debía vestir como un marquesito", frase que llegó a hacer fortuna, pues a ella se debió que después todo el mundo le diera ese nombre.

Crióse, pues, y llegó a la adolescencia sin oficio ni beneficio, teniendo por único culto su persona, a cuyos irresistibles atractivos fiaba alcanzar un lisonjero porvenir.

Hallábase aún en plena adolescencia cuando murió su padre, y como ajeno al negocio de éste no pudiera llevarlo por sí, lo realizó en cuanto tuvo aptitud legal para ello.

Improductivo y mal administrado su patrimonio, bien pronto lo vio mer-marse lastimosamente, mas él siempre esperaba rehacer su fortuna gracias a

un enlace ventajoso, ya fuera en Priego, ya en cualquier pueblo comarcano donde sabía de alguna rica heredera; pero estas señoritas pueblerinas suelen tener más instinto práctico que las de las grandes capitales y no se dejaban engañar fácilmente ninguna tragó el anzuelo.

En tales circunstancias, y cuando ya desconfiaba de lograr ese partido ventajoso, llegaron a Priego don Fabián y su hija con apariencia de familia adinerada y, ¿cómo no?, al día siguiente puso asedio a la plaza, buscando su último amparo..., en Amparo.

Mas Amparo le hizo menos caso que las señoritas comarcanas, y si él no desistió por completo de sus pretensiones fue porque unas malas pécoras, a quienes Dios haya perdonado, y que por entonces se introducían en todas las casas so pretexto de vender alhajas (cuando las alhajas eran ellas), le hicieron creer, por explotarle, que la niña le quería, si bien ocultaba su cariño y demoraba su decisión por temor al padre.

Ahora bien, como esta situación se prolongara y él quisiera despejarla de una vez, tomó por última determinación la de hablar directamente con Amparo, lo cual llevó a efecto sabiendo que la joven iba todos los viernes al Cementerio con objeto de rezar por su madre.

Lo que con tal motivo sucedió en aquel triste lugar ya es sabido por el lector y no hay que volver sobre ello, restándome sólo decir que el "Marquesita" vivía en una modesta casa con la sola compañía y asistencia de su ama Magdalena.

Encerrado, pues, en su habitación, hallábase a las altas horas de aquella noche como fiera enjaulada, inquieto, nervioso, en febril actividad la mente, por la cual desfilaban los más siniestros planes de venganza, que bien pronto eran desechados para ser reemplazados por otros.

Sorda batalla reñían en aquella imaginación enloquecida su maldad y su cobardía. Buscaba el medio de vengarse infiriendo todo el daño posible a los que tenía por enemigos, pero buscaba al mismo tiempo la impunidad. Quería herir sobre seguro, esto es, a mansalva, con alevosía.

Y barajando planes e inventando recursos que le llevaran al logro de sus malvados designios decidióse al fin y aceptó el más infame de todos: el anónimo. Tal arma, vil como quien la esgrime, lleva aneja la impunidad.

El anónimo es a la honra lo que la bomba explosiva a la vida: en el anónimo, no se ve la mano que lo escribe, pero se siente el efecto en el alma; en la bomba, no se ve la mano que enciende la mecha, pero se siente el destrozo en el cuerpo.

-Gracias al diablo que di con lo que buscaba! -decíase con siniestro placer- valiéndome de ese medio, y empleándole con disimulo y prudencia a nada me expongo y ellos, en cambio, sentirán el peso de mi venganza que les cogerá a los dos por igual. Desde luego conviene demorarlo algo, pues ejercitado ahora recaerían las sospechas sobre mí. Paciencia y mala intención; a esperar, a esperar, que algún día han de presentarse tiempo y ocasión y cuando se presenten no los desaprovecharé. Mas, entre tanto, como desahogo de mi espíritu y por vía de ensayo, no estará mal que formule el anónimo.

Dicho lo cual, cogió una hoja de papel, tomó una pluma, y mojándola en tinta, no tan negra como sus pensamientos, escribió lo siguiente:

"Señor don Fabián de Montellano:

Respetable señor: Cierta persona que simpatiza con V. por su desgracia y aislamiento, celosa del buen nombre de V. e interesada en su bienestar, des-

pués de graves meditaciones y llevada sólo de móviles nobilísimos, se decide a revelarle hecho tan íntimo como delicado que seguramente le afectará a V. en lo más hondo de su alma, pero que así y todo es conveniente que sepa por sí el mal que entraña pudiera aún tener remedio.

En la reclusión voluntaria o forzosa que V. mantiene, no llegaría jamás conocer el hecho de referencia si alguien que lo sabe no se lo revelara, y éste alguien es el que tiene la honra de dirigirle la presente.

Venciendo, pues, mis naturales escrúpulos, debo manifestar a V., respetable señor, que su bella y simpática hija Amparo, en su visita semanal al Cementerio, está atravesando una situación tan equívoca como peligrosa, mantenida quizá por su misma inocencia.

En aquel lugar santificado por la iglesia y dignificado por la muerte existe un sujeto, en funciones hoy de conserje, a quien no me atrevo a calificar por el sombrío misterio que le envuelve, pero que es acreedor a toda clase de sospechas, agravadas a la sazón por el proceder que observa con su dicha incauta hija.

Las atenciones de que la rodea, la asiduidad con que la sirve y hasta el inexplicable afecto con que la trata, rebasan ya el límite de lo piadoso y aun de lo cortés para entrar en el terreno de lo galante, terreno no buscado por ella, pero preparado por él a fuerza de malas artes, Dios sabe con qué fines.

Como las entrevistas se repiten con harta frecuencia y aquel sitio es muy visitado por toda clase de gente, ésta se va ya dando cuenta de lo extraña e inusitada que resulta esa simpatía e intimidad entre personas de tan distinta condición, extrañeza que acabará por abrir las puertas a la maledicencia, y ¡quién sabe si a la calumnia!

Considerando que con estas revelaciones he de proporcionar a V. un disgusto, que deploro, no quiero ahondar más en ellas por no aumentárselo; bástele, pues, lo dicho para que V. pueda obrar según los dictados de su conciencia y de su honor, dispense y aun perdone a quien ha creído cumplir un triste deber dirigiéndole este saludable aviso".

-¡Bravo! -exclamó aplaudiéndose la redacción del infame escrito- creo que va redactado en forma conveniente, haciendo toda clase de salvedades respecto ella y cargándole a él todas las culpas, y creo, asimismo, que dará el resultado que apetezco, pues sabido esto por el viejo ya le cortará las alas a esa palomita para que no vuele tanto; además, que encendida la mecha... ¡quién sabe adónde pueden llegar los efectos de la explosión! Réstame sólo copiar esto con letra bien disfrazada y hacer que llegue a su destino, usando las debidas precauciones, para quedar a salvo de toda sospecha. Mas quédese tal labor para otro día, que por hoy basta con lo hecho y planteado.

Y guardando bajo llave el anónimo, tumbóse en la cama, saboreando por anticipado ése que llaman "placer de los dioses", al que yo, por referirse a la venganza, llamaría "placer de los demonios".

XVI EN LA FUENTE DEL REY

Llegó la plenitud del estío. Priego, con estar en el corazón de Andalucía, no es de los pueblos más calurosos, pues si bien durante las horas centrales del día no puede sustraerse a la influencia de la acción solar, apenas se inicia el crepúsculo de la tarde la temperatura tórnase agradable, hasta convertirse en grátísima por la noche.

¡Oh, las noches estivales, pasadas alrededor de la maravillosa Fuente del Rey!

Sobre todo las de aquellos tiempos en que se desarrolla esta acción, no exentos, como los presentes, de dulce romanticismo.

¿Dónde podría hallarse sitio de más honesto y ameno solaz que en aquel espacioso perímetro al que brindaban doble armonía el murmullo de las cascadas y el de los árboles; doble frescura, la de la noche y la de las aguas; doble hermosura, la de la naturaleza y la del arte, y aun triple, ya que de hermosura hablo, si se añade, como es debido, la de mis lindas paisanas?

¿Qué era el ver a éstas sencillamente ataviadas con la alegría de la juventud en sus ojos y la bondad en el corazón? ¿Qué el ver a los muchachos haciéndolas gentil cortejo y obsequiándolas a cada paso, sin que el galanteo excediese los límites del comedimiento? ¿Qué el ver y aun más el oír a los pequeños, un poco apartados del común paseo, enlazadas las manos, girando y cantando en múltiples coros, que llaman "rincoros", con voces que por lo dulces dijérase que remedaban a las de los ángeles? Y, ¿qué el ver a las familias, antes de retirarse a sus hogares, ir como si dijera "en corporación", a rezar su última salve a la Virgen de la Salud, (pues que al llegar le rezaron la primera) y desfilar luego, calle abajo, amigablemente, en busca del bien ganado sueño?

¡Oh, noches estivales!
Recuerdo de los tiempos patriarcales.
¡Oh, noches que se fueron,
como se van las cosas que murieron!
Ya que no he de gozarlas,
¡quédeme la ilusión de recordarlas!

Pues bien, en una de esas noches y mientras la gente, sobre todo la gente joven, circulaba alrededor de la Fuente del Rey en dulces y regocijados coloquios, otra gran porción de público hallábase sentada con gran sosiego en una pintoresca tienda de campaña que, así para el descanso, como para la venta de helados y de toda clase de bebidas, emplazábase anualmente en el centro de aquel paraje.

Todas las mesitas, modestas, pero limpias, hallábanse tomadas por sendas familias o grupos de amigos que hacían agradables consumiciones, en tanto que la banda municipal, a corta distancia, tocaba aires, tan nuevos en aquel tiempo, como hoy olvidados.

Tres, al parecer amigos, estaban sentados en una de aquellas mesas, y digo "al parecer", porque no eran amigos sino circunstancialmente, por más que los uniera su común afición y culto decidido a la vida bohemia o aventurera.

Uno de ellos era ¿cómo no? nuestro célebre Nebrija; otro, un alemán de origen polaco, y el tercero, un cómico, despedido por borracho, de la compañía que, a la sazón, actuaba en Priego.

¡Tres pies para un banco!

De Nebrija nada diré porque ya es bien conocido; en cuanto al alemán, que según él era de la Polonia alemana, y que según él también se llamaba Víctor Hugo Tobías, nombre que tiene más de francés y de bíblico que de tudesco, llevaba una buena temporada en Priego pintando platos *al humo*, con cuyo *ahumado* arte se ganaba la vida; y el actor, tan mal cómico como buen bebedor, ya lo he dicho, hallábase cesante por eso, por ser tan malo de lo primero como bueno de lo segundo.

Habíanse conocido los tres recientemente, pero la afinidad de vidas y costumbres estableció pronto entre ellos tal corriente de simpatía que estaban siempre reunidos y más que amigos parecían hermanos.

-Vamos, seguid con vuestro cuento, caro Tobías -dijo Nebrija al alemán.

-No es cuento, ¡cagamba! sino puga verdad lo que digo: salí de mi tiega a los trece años, tengo veintisiete y aún no he vuelto a ella.

-¿Tan mal la queréis?

-Ni más ni menos que a ésta que ahoga tengo.

-Pero España no es vuestra patria.

-¡No ha de serlo!

-¿Por qué?

-Pogque fogma pagte de la mía.

-¿Cuál es la vuestra?

-El mundo.

-¡Bravo! Somos compatriotas.

-Apúnteme a mí en el censo de población -dijo a su vez el cómico-: yo también soy...

-¿Mundano, eh? -continuó Nebrija.

-En toda la extensión de la palabra.

-¡Magnífico! ya somos tres.

-¡Seguemos tantos!... -dijo sentencioso el alemán.

-Sí debiéramos ser todos -acentuó Nebrija dando rienda suelta a su pintoresca oratoria-. ¿A qué empequeñecer el nombre augusto de la patria? ¿Qué es "patria", según hoy se entiende esa palabra? Una nación cualquiera con respecto a sus indígenas o naturales que tiene por extrañas, cuando no por enemigas, a todas las demás. En cambio, ¿que sería la patria tal como nosotros la deseamos o la soñamos? ¡La tierra en toda su redondez con respecto al género humano, teniendo por fronteras los cielos y por Rey a Dios! Éste sería el único y supremo Legislador, cuyo código promulgado en el Sinaí y confirmado en el Sermón de la Montaña regiría al mundo, y los que en él vivieran no serían españoles, ni alemanes, americanos ni asiáticos, ni siquiera compatriotas, sino hermanos, hijos de un mismo Padre celestial.

Con tanta efusión pronunció el bohemio estas palabras, que sus oyentes, entusiasmados, comenzaron a palmoear. Y al palmoear, creyendo que le llamaban, acudió un mozo preguntando:

- ¿Qué quieren ustedes?
- ¡Un rayo que te parta! -exclamó Nebrija- como tú has partido el hilo de mi discurso.
- Señor Nebriga -dijo Tobías-, considegue que el camagueo también es higo de Dios.
- Sí, hombre, sí; perdona, Antoñete, que te haya dicho esa atrocidad, y por lo del rayo descuida, que Dios no me hace caso cuando las suelto tan gordas. Y a propósito de gordas: ¿cuántas te debemos?
- Pues, doce de cerveza y ocho de vino, veinte: total dos pesetas.
- Conque dos pesetas, ¿eh?, bueno; que no se te olvide la cifra, porque aún tendremos que aumentarla.
- Está bien -dijo el criado.
- Y se fue refunfuñando.
- Yo la verdad, no he pagado, porque no tengo esa cantidad -razonó Nebrija.
- Yo, ni esa, ni pagte de esa -dijo el alemán.
- A mí me falta poco para tenerla -expresó el cómico.
- ¿Sí? y ¿qué os falta?
- Dos pesetas.
- ¡Vaya un chiste!
- Más chistosa es mi situación.
- Medrados estamos -agregó sentimentalmente el bohemio y, ¿qué hacemos ahora?
- ¿No fía a usted el dueño?
- No fío en quien me fíe.
- ¿Ni tiene usted algún amigo?...
- ¡Hombre! allí viene uno precisamente, pero no estoy muy bien con él.
- ¡Bah! razón de más; le convidamos.
- ¿Para aumentar la deuda?
- Para que nos la salde.
- En fin, probaremos. Ya se acerca. ¡Marqués!
- ¿Es marqués?
- Pero sin marquesado.
- ¡Ah!
- ¡Hola Nebrija! -exclamó el Marquesito acercándose y haciendo un cortés saludo a los otros dos.
- Bien venido.
- Y previas las mutuas presentaciones, el bohemio dijo al recién llegado:
- Sentaos y pedid.
- Gracias, Nebrija; sólo he subido a rezarle a la Virgen y vuélvome luego a casa.
- No implica lo uno a lo otro; tomad algo por mi cuenta y después, por la vuestra, hacéis lo demás.
- Repito...
- Dejaos de pitos, que ya tenemos bastante con los de la música; pedid algo o creeré que me guardáis encono por lo que os dije en el Casinillo aquella tarde. Precisamente os invito para desagaviaros.
- ¡Bah! ¿quién se acuerda?
- ¡Antonio! -gritó Nebrija al mozo que pasaba cerca-. Un ¿qué?
- Vaya, un helado -contestó el Marquesito.

- Voy por él.
-Y ¿por qué no se os ve en aquel sitio?
-Porque he vuelto a la buena vida; ya ves, hasta rezo.
-Yo rezo también, y, sin embargo, la mía no puede ser más mala.
-Pero considera, Nebrija, que estamos cometiendo una falta imperdonable; no hablamos más que de nosotros, habiendo aquí dos señores, o mejor dicho, dos amigos, pues con serlo tuyos ya lo son míos, a quienes desatendemos lamentablemente.
-No tengan cuidado -repuso el cómico.
-Conque V. -le interrogó el Marquésito- ¿ha quedado cesante?
-Sí, señor; he tenido esa fortuna.
-¿Fortuna?
-Tal lo creo.
-¡Hombre!
-Como V. lo oye. El director de la Compañía, so pretexto de que algunas veces, muy pocas, iba un tanto alegre...
-¿Quién, él?
-No, yo.
-¡Ah!
-Tiraba a matarme; sí, señor, a matarme.
-Pues, ¿qué hacía?
-Darme los papeles más arriesgados.
-Pero ¿hay riesgo en las tablas?
-¡Y tantos! Verá V.; en cierta obra tenían que ahorcar a uno en escena y el director me repartió a mí el papelito.
-Mas lo de la horca sería de mentirijillas.
-Claro, porque había un aparato que me amparaba el cuello, pero la caída fue de verdad.
-¿Qué caída?
-La que di cuando me cortaron el cordel: me disloqué un pie.
-¡Qué barbaridad! Y ¿quién es el autor de esa obra?
-El mismo director.
-Pues él debió ser el ahorcado.
-¿No es verdad? Yo creo que la escribió para que me rompiera algo.
-Seguramente.
-Y como nada me rompí, en venganza ha roto nuestro contrato.
-¿Es posible?
-¡Vaya si lo es! Hace tres días que me dejó cesante.
-¡Pobre joven! Y ¿no tiene V. ahora nada a la vista, alguna colocación?...
-Sí, señor; ya tengo nueva contrata.
-Vamos, menos mal. ¿Pronto?
Desde pasado mañana, sábado, que debutaré en Alcalá la Real.
-Entonces, ¿partirá usted?
-Mañana, al oscurecer.
Un destello de alegría pasó por el semblante del Marquésito.
¿Por qué a esa hora? -preguntó con marcado interés.
-Por dos razones: la primera, por huir de las horas de calor; la segunda, por huir de la vista de las gentes, pues tengo que hacer el viaje a pie.
-¿A pie? ¡Sea por Dios! Eso es triste.

-¡Cinco veces triste! -saltó Nebrija- porque ser *cómico de la legua* ya lo es, pero de *cinco leguas*, que hay de Priego a Alcalá, es quintuplicadamente triste.

-Bien, bien; ya se remediará eso -dijo el Marquesito que planeaba algo;- dice usted que se irá mañana, viernes, al oscurecer, ¿no es así?

-Sí, señor.

-Pues a las seis, o sea dos horas antes de su partida acuda a este sitio donde me encontrará, y procuraré que haga V. su viaje más breve y cómodamente.

-¡Por Dios! Eso sería abusar...

-Nada de abuso; es mi gusto.

-Sí, aceptad, aceptad -interesó el bohemio.

-Bueno, queda aceptado y anticipo a V. mil gracias.

-Eso no vale nada y ahora dispénsenme otra libertad. ¡Mozo!

-¿Qué vais a hacer? ¡Nunca! -gritó Nebrija-. Mira, Antonio; no le cobres.

-Pero Antonio, que era listo y sabía que si no cobraba entonces se quedaba sin cobrar y, lo que es peor, sin propina, alargó la mano y tomó un duro que el convidado le ofrecía.

-¿Qué cobro?

-Todo, hombre; todo.

¡Qué fatiga! -protestaba el bohemio- yo que tenía tanto gusto en convidaros...

-Otra vez será. Vaya, adiós, señores.

-Dios os guarde, y ya sabéis que estamos a la recíproca.

-Pues páguese -dijo el alemán- un marqués con magquesado.

-Con, o *sin* nos ha sacado del apuro.

Y los tres se levantaron desfilando calle del Río abajo.

En tanto, el Marquesito llegó hasta la Fuente de la Salud y rezó o fingió rezar a la Virgen del mismo nombre.

Mas cuando volvía a su casa, iba diciendo para sus adentros: Viernes y al anochecer... ni buscada se encuentra mejor ocasión.

XVII
EL ANÓNIMO

"Ni buscada se encuentra mejor ocasión", había dicho el Marquesito y decía bien porque sucede con la ocasión lo que con un objeto que se nos pierde: si se busca, no se encuentra, mas cuando le dejamos como cosa perdida es cuando le hallamos. De igual índole, digo, es la ocasión: la mejor no es la que se busca, sino la que espontáneamente se presenta.

Desde la noche en que formuló el anónimo, no pensó el Marquesito en otra cosa que en la adopción del medio más eficaz para hacerle llegar a su destino sin ser descubierto, con cuyo fin repasaba todos los procedimientos.

Desechó el del correo por la inseguridad de que llegara el escrito a manos de don Fabián; tampoco optó por certificarlo como carta porque tenía que consignarse en la administración el nombre del expedidor, y esto acusaba un indicio, cuando no una prueba en contra de él; por la misma razón desistió de mandarlo con persona conocida. Mas si hallase alguna desconocida...

En tales dudas y cavilaciones fluctuaba cuando se le presentó la propicia ocasión de que un forastero que se iba, quizá para no volver, pudiera evacuarle la entrega del anónimo en día y horas felices, pues siendo viernes y a la caída de la tarde, ni Amparo ni Petróon estarían en casa.

Admitida la idea, procuró captarse la confianza y simpatía del cómico con dádivas y ofertas a trueque de obtener tan señalado servicio de aquél, para cuya realización le invitó a la entrevista en la Fuente del Rey.

Llegó, pues, la hora de la cita y con puntualidad matemática acudieron ambos a ella.

Tras de un saludo bastante afectuoso, el Marquesito, a quien convenía dar tregua, al tiempo para que Amparo y Petróon salieran de la casa, invitó a su protegido a refrescar en la consabida tienda de campaña.

Ya en ella, y mientras bebían, el cómico dijo:

-No sé cómo pagar a V. sus repetidos favores, pero créome obligado a satisfacérselos, sino de otro modo, con mi eterna gratitud.

-¡Bah! No se cuide V. de semejante bicoca y vamos a tratar de su proyectado viaje.

-Como V. guste.

-Yo he sido siempre amigo de los artistas, no sólo por ellos, sino por el arte, de quien soy decidido admirador, y sintiendo tal inclinación por los que al arte se dedican claro es que había de sentirla también por V., máxime sabiendo y lamentando las difíciles circunstancias por que atraviesa. En este supuesto no podía consentir que llevara usted a cabo su propósito de hacer a pie esa larga jornada, más que larga, penosa, por la enorme cuesta que hay que vencer. Ahora bien, como un poco antes de la hora en que usted proyectaba partir tiene su salida la diligencia que va a Alcalá, deseo que se vaya V. en ella, a cuyo efecto ya le he sacado el billete.

-¡Cuánta bondad!

-Y con el billete encontrará V. en este sobre -y sacó uno- algo que le podrá ser necesario de momento.

-No, eso no -protestó el comediante comprendiendo que se trataba de valores.

-Usted tome esto y calle -insistió con dulce reconvención el Marquesito.

Y al forzarle a que tomara el pliego fingió que leía el sobrescrito, y dándose una palmada en la frente, en señal de sorpresa, como el más consumado actor, exclamó:

-¡Qué cabeza la mía! Con la precipitación de venir, he dejado en casa el sobre que creía darle a V. y me he traído otro con un documento que había de entregar muy cerca de aquí, por cierto, lo cual debí haber hecho, pues lo están esperando.

-Y ¿no puede usted entregarlo ahora?

-Sí, puesto que al bajar por la calle del Río nos coge de camino.

-Entonces, nada se ha perdido.

-Según; si el señor para quien es sabe que he llegado a su casa, me hará entrar, y siendo pesado, como buen viejo, perderé el tiempo preciso para entregarle a usted el sobre que dejé olvidado y aún para tener el gusto de acompañarle hasta el momento de su partida.

-En ese caso se me ocurre una idea.

-Usted dirá.

-Dado que hemos de pasar por la puerta del destinatario, si el pliego no tiene contestación, ni usted inconveniente, yo puedo entregarlo.

-Me parece bien la idea, pero no tan bien que se tome usted esa incomodidad.

-¿Incomodidad por dar unos pasos?

-Pues, entonces, aceptado.

-Si cree usted que ya va siendo hora...

-En efecto, bien será irnos hacia la administración, punto de partida del coche, y en tanto éste sale, recogeré, para darle a usted, el pliego que le tenía preparado.

-Estoy a sus órdenes.

-Vamos, pues.

Y pagado el consumo, se dirigieron a la calle del Río.

Cuando promediaban por ésta, el Marquesito le señaló a su acompañante una casa, y dándole el documento que debía entregarse en ella, le añadió:

-Ya que usted es tan amable, sírvase dejar este pliego ahí, indicándole a la persona que lo tome que es para don Fabián. No hay que esperar contestación. Yo seguiré despacio para que usted me alcance.

Y así lo hizo; siguió calle abajo templando el paso mientras el comediante dirigió los suyos a la casa señalada. Llamó en la puerta, y como saliera una criada a abrir, dióle el sobre, con la mayor naturalidad, diciendo:

-Para el señor don Fabián.

Con lo cual la criada se internó en la casa y el cómico unióse bien pronto al Marquesito quien mostrando gran indiferencia ni siquiera le preguntó por el desempeño de su cometido.

Llegados a la plaza, sitio donde radicaba la administración, quedóse en ella el viajero mientras su protector, fingiendo ir a su domicilio por el sobre olvidado, tornó bien pronto con él. Púsole en manos del émulo de Máiquez quien apuró el capítulo de las gracias y encaramado en el coche partió éste al compás de los trallazos, hacia la muy noble, muy alta y muy fría ciudad de Alcalá la Real.

En tanto el cómico va de viaje, y plegue a Dios que sea bueno, veamos lo que ocurría en casa de don Fabián.

Recibido el pliego por la criada, llevólo directamente a su señor.

-¿Qué es esto? -le preguntó.

-No sé; una carta que acaban de entregarme.

-¿Quién?

-Un sujeto desconocido que llamó a la puerta.

-¿Aguarda contestación?

-No señor; se marchó a seguida.

-Pero ¿nada te dijo?

-Estas palabras: "para el señor don Fabián"

-Es raro... Y viene a mi nombre -añadió leyendo el sobrescrito-. Bien, retírate.

La criada se fue.

Todavía el padre de Amparo estuvo perplejo largo espacio antes de rasgar el sobre. Por uno de esos fenómenos intuitivos en que la imaginación se adelanta a los acontecimientos, y hasta pudiera decirse que los presiente, no se atrevía a descifrar aquel enigma inesperado.

Su espíritu pesimista, por razones que pronto se evidenciarán, anuncióle que el pliego que en sus manos tenía era mensajero de algo siniestro.

Pero como el temor a lo desconocido acabara por darle más tortura que la que nacer pudiera de la misma realidad, determinó salir de dudas, y rasgando el sobre comenzó a leer.

Grande impresión debió producirle aquel escrito, pues, sucesivamente retratáronse en su semblante, demudándolo por completo, el asombro, la indignación, el dolor.

Y entonces, acumulando a los muchos y acerbos que atenaceaba su alma el de la terrible revelación que acabaran de leer, pusiéronle en trance de tal angustia y desesperanza, que sólo pudo articular la siguiente frase, condensación de su infinito sufrimiento:

-Dios mío! ¿Esto más?

Y cayó el papel de sus manos por la fuerza de la gravedad, y cayó su cabeza sobre el pecho por la fuerza del dolor.

XVIII DON FABIAN

¿Quién era don Fabián de Montellano?
Un hombre venido al mundo bajo los más felices auspicios, pero que al andar del tiempo, y por los embates de la fatalidad, llegó a ser extremadamente desgraciado.

Nacido en Madrid, de noble estirpe y con brillante carrera, pues fue uno de los marinos que se cubrieron de gloria en el combate del Callao, como sus ideas políticas estuvieran en grave discordancia con las sustentadas por los hombres de la Revolución de Septiembre, acaecida al poco tiempo, pidió y obtuvo el retiro cuando el nuevo régimen se consolidó, no volviendo a la Península donde sólo le quedaba un hermano, estableciéndose en La Habana, residencia de su mujer y de su hija.

Con efecto, don Fabián estaba casado desde hacía nueve años con una gentil criolla de hermosa presencia y alegre carácter, bastante más joven que él, y aunque la razón que alegó el marino para fundamentar su retiro de la Armada fue esencialmente política, un hábil psicólogo hubiera adivinado que tras de aquella causa aparente se ocultaba otra real e íntima: la decisión de no separarse de la bella Teodora Monreal, su esposa, ni de su monísima hija Amparito, único fruto de sus amores.

Ahora bien; ¿por qué esta determinación no la tomó a raíz de su enlace, ni siquiera cuando tuvo esa niña, y si cuando ya había transcurrido bastante tiempo del uno y del otro acontecimiento?

Aquí comienza el misterio impenetrable de este matrimonio; misterio cuya clave, después de Dios, sólo pudo conocer un antiguo y fidelísimo sirviente de la casa, llamado Pedro y apodado Petróon por sus hercúleas proporciones.

Este criado, de tan excelsas cualidades, que repartía su afecto y buena voluntad entre sus señores, llegó a ser el confidente de ambos, y confidente de aquellas reconditeces del espíritu que por íntimas y sagradas, no quisiéramos que rozaran ni los propios labios, pero que allí existían, pues, aunque nada concreto ha podido traslucirse, no cabe duda que entre los esposos se alzaba una figura, ya real y verdadera, que bien podía ser la de un hombre, ya quimérica o soñada; que también podía ser una sombra, más cierta o aparente, auténtica o falsa; aquella figura acabó por desatar en el pecho de don Fabián la tempestad de los celos, cuyos rayos, por atracción natural, habían de herir el alma de la presunta culpable.

En ulteriores conversaciones e íntimas confidencias, habidas entre Petróon y Mazzantini, jamás llegó el primero a descorrer el velo de este misterio, jamás llegó a declarar, ni a insinuar siquiera, que la madre de Amparo faltara a sus deberes, teniendo, por el contrario, siempre un sagrado respeto a su memoria; pero tampoco inculpó nunca de injusto a don Fabián por su apartamiento espiritual con respecto a ella: compadecía a los dos y no culpaba a ninguno.

Como quiera que fuese, es lo cierto que la tirantez de relaciones y la triste situación mantenida por los esposos durante largo tiempo acarrearón, al fin, un grave quebranto en la salud de doña Teodora y, consultada la ciencia médica, aconsejaron los doctores, a falta de otra terapéutica más indicada y especí-

fica, una radical variación de aires y a poder ser de climas, prescripción que vino a determinar el traslado a España de aquella familia.

Resuelto el viaje, parecía lo natural que fuese Madrid el punto elegido para la nueva residencia por ser la del hermano de don Fabián, pero esto, precisamente, le apartó de ir a la Corte: el decidido propósito de no tratarse, ni aun rozarse con su hermano menor, don León, del que tenía las peores noticias respecto a su vida libertina y crapulosa, razón por la cual desde ya larga fecha había cortado con él toda clase de relaciones.

Apetecía, por otra parte, el matrimonio, huir de las grandes capitales prefiriendo a su agitación tumultuosa la vida serena, plácida y hasta higiénica de los pueblos, y ya en el caso de pronunciar su voto por uno de éstos don Fabián, usando de cierta misericordia con su esposa, optó por establecerse en Priego, ciudad sana, alegre y pintoresca en la que, de no haber muerto, residían algunos parientes de doña Teodora, originarios de La Habana como ella.

Éstos, por desgracia, no existían ya cuando la familia Montellano arribó a Priego, no obstante la cual sentó en dicho pueblo sus reales, merced a la grata impresión que le produjo.

Pero fue el caso que ni esta agradable llegada, ni el cambio radical de aires, clima y costumbres, prestaron a la enferma el menor alivio, pues los males del alma no se curan con agentes materiales, sino espirituales, y la agravación de la señora, que muy pronto se produjo, unida a la falta de relaciones, mantenía a la triste familia en una más triste situación.

Ahora bien, en este ambiente de dolor y de aislamiento creció y se desarrolló aquella flor delicada, la gentil Amparo, que al tomar domicilio en Priego rayaba ya en la plenitud de su hermosura, por lo cual atrajo hacia sí, muy breve, la admiración general y el sentimiento particular de los más distinguidos jóvenes.

Ella, empero, no se preciaba de tales halagos, pues no era su destino gozar, sino sufrir, sufrir siempre, y porque este sufrimiento llegara a su colmo, en un amanecer del mes de Mayo, mientras los ruseñores de su huerto cantaban un himno a la aurora y las primeras luces matinales abrían la puerta al día, el alma de su madre, rompiendo las ligaduras del cuerpo, voló a la región del eterno descanso donde Dios misericordioso la acogería en su seno.

Quedó la pobre niña con su padre, pero no con el padre tierno y cariñoso que dobla y redobla sus caricias para sustituir en lo posible aquéllas que arrebató la parca a la orfandad doliente, sino con el padre frío, analítico, escudriñador de enigmas, que por íntimos y profundos sólo están reservados a la omnisciencia divina.

Triste es decirlo, pero allí donde acabaron los celos de su esposo, germinaron y crecieron los celos de padre como vil secuela de aquéllos, dado que la supuesta falta en la mujer podía traer ulteriores y nefandas consecuencias, para la paternidad, y aunque tal idea por infame y ruin siempre era desechada por don Fabián, no dejaba de asaltarle con lamentable frecuencia amargándole la única dulzura de su vida: el amor a su hija.

Por otra parte, como la imaginación, que es muchas veces nuestra propia enemiga, se complace en plantearnos problemas aventurados y aun quiméricos que la razón fría no siempre puede destruir ni repeler, y la de Montellano era exaltada por demás, no dejó ésta de contribuir a redoblar aquellos celos valiéndose de un nuevo detalle, que en sana crítica tuviérase por pueril y hasta risible pero al que su exaltación imaginativa le concedió grande importancia.

Todo ello consistía en que Amparo siempre tuvo en el comedio de su antebrazo izquierdo tres lunares de azul puro, formando línea recta y equidistantes entre sí.

La suspicacia por este nimio detalle no podía ser más desdichada ni ridícula, pues sabido es que la naturaleza obra con entera libertad, es caprichosa en sus manifestaciones, y nada seguro puede ni debe deducirse de ellas por tanto. Si él, Montellano, carecía de aquellas azulinas señales, y quizá toda su familia, ¿qué implicaba esto para que su hija las tuviera, acaso como una belleza más?

Hasta aquí los antecedentes que puedo aportar relativos a don Fabián a su hija, cuyo conocimiento es indispensable al lector para que comprenda aprecie mejor las escenas de verdadera intensidad dramática que muy a segund van a surgir.

Decía al finalizar el capítulo anterior que produjo tan grande impresión en el padre de Amparo la lectura del anónimo que le hizo caer en un profundo abatimiento y quedar como anonadado por la fuerza del dolor.

En tal situación no quiso o no pudo llamar, y si la criada, única persona que a la sazón había en la casa, le vio por casualidad o de intento en la postura, que mantenía, es decir, caída la cabeza sobre el pecho, sin duda creyó que dormía achaque muy común en los viejos, sobre todo durante el verano, y creyéndole así respetó su sueño y no se cuidó de otra cosa.

Pero he aquí que, coincidiendo con el toque del "Angelus", oyéronse, como dados en la puerta, unos aldabonazos fuertes y conocidos, a cuyos golpes reacciona don Fabián, saliendo de su letargo y recogiendo el pliego que aún yacía caído a sus pies. Entre tanto la criada se apresuró a franquear la puerta a la bella Amparo y a Petró, que volvían de su visita semanal al Cementerio.

La joven, apenas entró, fue en busca de su padre y aun cuando éste había recompuesto el rostro no era todo lo normal que su hija esperaba, por lo que hubo de preguntarle, con filial interés, si se encontraba enfermo o le pasaba algo.

Rehuyó el anciano la verdad, aunque no la respuesta, simulación que aumentó más el cuidado de ella y, presintiendo que algún mal suceso le preocupaba, puso mayor empeño en saberlo, a cuyas redobladas instancias, no pudiendo ya contenerse don Fabián, la dijo:

-Aunque agradezco tu interés, hija mía, siento manifestarte el motivo de la alteración que has notado en mí, y en verdad te digo que valiérate más no insistir en conocerlo porque de seguro, cuando lo sepas, has de llevar el mal rato que yo he llevado.

-Precisamente por eso ruego a V. no me lo oculte, pues, sabiéndolo, al menos, participaré de su disgusto, y éste será más llevadero compartido entre los dos.

-¿Te sientes con fuerza para soportar un golpe cruel, para leer un escrito que aunque a ambos nos ofenda, te ofende a ti más que a mí?

-Impórtame y duéleme por V.; por mí, no.

Inquirió el viejo con la mirada si había testigos, y convencido de que estaban solos, sacó de un bolsillo el anónimo, y poniéndolo en manos de Amparo, la dijo:

-Pues toma, y lee.

No fue la joven tarda en hacerlo y en tanto leía el papel su padre leía en

los ojos de ella la impresión que le produjera esperando un arranque de enojo, de vergüenza, de angustia infinita, temiendo que acaso no pudiera concluir la lectura; pero con gran sorpresa vio que sin descomponerse su semblante un ápice, leyó el documento por entero y cuando lo hubo terminado lo dobló y devolvió a su padre, diciendo:

-Este es, sencillamente, una infamia.

-Y ¿no tienes más que añadir?

-Si he dicho que es una infamia, ¿le parece a V. poco?

-Pero siéndolo, ¿no mueve tu enojo, no enciende tu vergüenza, no provoca tu protesta?

-Mi enojo no lo mueve un vil anónimo; mi vergüenza no la enciende una calumnia; mi protesta ya es bastante con decir que eso es una infamia.

-Mas, analicemos el escrito: ¿son ciertos los hechos que en él se consignan?

-Sí, señor.

-Entonces, ¿dónde está la calumnia, dónde la infamia?

-En las deducciones.

-Explícame eso.

-Con mucho gusto. Es cierto que yo, acompañada de Petrón y con permiso de usted voy todos los viernes al camposanto a rezar por mi madre, que de Dios goce; es cierto que el actual conserje tiene la atención, cuando ya he orado un buen rato de rodillas, de ofrecerme una silla, a ejemplo de su antecesor; es cierto que alguna vez ha puesto una corona de flores en el sepulcro de mi madre, como pone otras en los que bien le place; y aquí terminan los hechos ciertos; lo demás son suposiciones o inventos calumniosos que sólo merecen mi desprecio.

-Con todo, hija mía, es tan delicado este asunto que bien será que ahondemos en él para tu completa vindicación y para mi tranquilidad.

-Pregúnteme cuanto guste que estoy dispuesta a dar a usted todas las explicaciones que me pida.

-Perfectamente: ¿qué clase de sentimiento te inspira ese sujeto?

-El de una intensa consideración nacida de su desgracia, y convertida después en simpatía por considerarle hermano en el sufrimiento.

-Debo creerte y te creo. ¿Y él, qué supones que siente por ti?

-Supongo, padre mío, que una verdadera correspondencia de lástima o de simpatía, exteriorizada por un profundo respeto.

-¿Eso es todo? ¿No te ha hecho indicación en algún otro sentido más afectuoso, más íntimo?

-Absolutamente en ninguno, y ahondando ahora por mi parte me atrevo a decir a V., comprendiendo el alcance de su pregunta, que ese hombre no puede dar abrigo en su corazón a otro afecto que al fraternal, y aun éste, teniendo por vínculo el dolor, sentimiento supremo de su vida.

-Yo cambiaría la palabra dolor por la de terror.

-¿Usted cree...?

-Creo que ese hombre entraña un terrible enigma que yo quisiera descifrar, o mejor, que debo descifrar, y en tanto no lo consiga y él esté allí te prohíbo, Amparo, que vuelvas al cementerio.

-Padre mío, aunque me cueste gran sentimiento esa prohibición, la acato obediente, pero me duele la idea de que al fin el pérfido anónimo haya ejercido su fatal influencia en V. para que tome tal determinación.

-No es el anónimo el que me hace tomarla, sino una elemental prudencia, pues al recordar la escena del Viernes Santo, asáltame el temor de que se trata de un sujeto siniestro quizá peligroso, y no quiero, que ni de cerca ni de lejos, tengas acceso ni relación con él.

-En ese caso, ¿qué piensa usted hacer si no es atrevida mi pregunta?

-Ya te lo dije: aclarar el misterio que envuelve su sombría figura e identificar su personalidad.

-Mas... ¿cómo?

-Hablando con él, interrogándole, examinándole.

A esta decisión categórica, Amparo ya no replicó.

Tras de una breve pausa, su padre rompió el silencio tocando un timbre.

Apareció Petró.

-Señor.

-Mañana -ordenó don Fabián- irás al Cementerio y dirás al conserje que necesito hablarle. Si puede dejar quien le substituya y venir, se lo agradeceré, y si no puede, ¡aunque sea arrastrando, iré yo!

-Así lo haré, señor.

XIX DONDE MAZZANTINI CAMBIA DE NOMBRE

En la mañana del siguiente día, cumpliendo Petrón la orden de su señor, fue al Cementerio e invitó a Mazzantini a que acudiera a la cita, notificándole, al mismo tiempo, que de no serle posible asistir a ella el propio don Fabián iría a verle.

Gran contrariedad produjo a nuestro héroe la inesperada citación, pero no queriendo desatenderla, ni mucho menos permitir que el anciano, casi impedido, se tomara la molestia de ir al panteón contestó que acudiría aquella tarde quedando a su cargo el buscar quien le supliera.

Con efecto, antes de ponerse el sol, Mazzantini, procurando dominarse para que no le ocurriese lo que la primera vez que vio a don Fabián se dirigió a casa de éste, siendo recibido a seguida por Petrón, quien le hizo pasar a un gabinete donde Montellano le esperaba.

Aunque la impresión que le produjo la vista del anciano fue intensa, como iba preparado para ella, pudo dominarla y dominarse, así que, tras de un saludo cortésmente rendido, con relativa serenidad le dijo:

-Aprovecho esta ocasión, señor, para mostrarle mi agradecimiento por la hospitalidad y socorro que me prestó usted con motivo del accidente que sufrí el Viernes Santo.

-Deducido el agradecimiento, que no hay para qué mostrarlo -respondió don Fabián-, yo aprovecho también la coyuntura de que usted me hable de tal accidente, puesto que de él ha de partir la conferencia que hemos de celebrar, y por cuya solicitud en acudir a ella le quedo muy reconocido.

-Estoy a sus órdenes y puede preguntarme cuanto guste.

-En primer lugar: ¿recuerda usted haberme visto antes de aquel día?

-No, señor.

-¿No tenía V., pues, razón de mi existencia?

-De su existencia, sí; de su personalidad, o mejor dicho de su figura, no.

-¿Le causó a V. gran sorpresa el verme?

-No he de negarlo.

-¿Hasta el punto de perder el sentido y caer al suelo accidentado?

-Hasta ese punto.

-Mas si me veía por primera vez, ¿cómo se explica que tanta y tan funesta emoción le causara?

-Por la semejanza de V. con otra persona a quien creí ver.

-¿Qué persona es ésa?

-Aquí, señor, ha de permitirme V. que guarde un profundo silencio, no por descortesía, sino porque esa pregunta ya no es pertinente a lo que V. pretende saber de mí.

-Ruego a V. que me aclare ese concepto.

-Con sumo gusto. Usted se cree con derecho, que yo no le regateo, a preguntarme si su figura, para mi desconocida, determinó mi repentino acceso y súbita caída ante su puerta, y yo le contesto categóricamente que sí; usted quiere saber la causa de esa impresión y yo satisfago su deseo diciéndole que por su parecido con otra persona; pero usted intenta aún saber que persona es

ésta, y yo creo que ese detalle ya es ajeno al conocimiento que usted solicita tener de mí; que dicha persona no puede interesar a usted, y como no puede interesarle, me reservo su nombre.

-Bien; acaso tenga usted razón y ante la posibilidad de que la tenga no he de violentar su derecho o conveniencia a silenciar ese nombre, pero hará usted el favor de contestarme a otro extremo que, seguramente, guarda perfecta relación conmigo.

-Me tiene dispuesto a ello.

-Ya no se trata de lo que ocurrió en la calle, sino en casa donde V. fue auxiliado con motivo de aquel accidente. Cuando ya repuesto del mismo departía V. con Petrón y me presenté a su vista apoyado en mi hija, ¿qué pudo dar origen a su segundo y más intenso ataque, haciéndole saltar de su asiento y caer de rodillas ante mí, exclamando: "¡Perdón, perdón! padre mío"?

Mazzantini, al oír esta pregunta y comprender todo su alcance, no profirió ni un monosílabo; limitóse a mirar con ojos de espanto a quién se la dirigía, bien pronto se le hizo visible el temblor que precedía a sus grandes crisis epilépticas.

Advertido este síntoma por don Fabián, alarmóse un tanto temiendo que estallara el ataque, y hubiera cesado en su interrogatorio de no tener el propósito firme de averiguar el terrible secreto que se encerraba en aquel sombrío personaje por lo que, sin desistir de su intento, pero dulcificando los medios de lograrlo siguió con amigable entonación.

No se afecte V. por lo que le he dicho, tranquilícese y contésteme lo que buenamente pueda, sin violencia; hágase usted cuenta de que no es el juez quien le interroga, sino un camarada, y si quiere V. mejor, un amigo, pero un amigo a quien le importa saber lo que a V. lealmente plazca descubrirle, por razones, no por calladas, menos poderosas.

-¡Ay, señor! ¡Señor de mi alma -exclamó el pobre sepulturero entregándose con sinceridad-; yo no tengo inconveniente en ofrecer a V. cuantos datos me pida hasta la completa identificación de mi personalidad; yo le diré a V., si quiere saberlo, quién soy, cuáles son mi naturaleza y mi linaje, la vida que hago, todo absolutamente todo cuanto a V. interese; mas allí donde yo calle, le ruego a V. por Dios que respete mi silencio, porque algo superior a mis fuerzas me obliga a enmudecer.

-Sea como V. quiera, pues le repito que no he de violentar en lo más mínimo el sagrado de su conciencia o de sus íntimos sentimientos.

-Gracias, señor.

-Comienzo, pues: ¿cuál es el pueblo de su naturaleza?

-Madrid.

-¿Falta V. de allí hace mucho tiempo?

-Pronto cumplirá un año.

-¿Vino usted directamente a Priego?

-No señor; vagué cerca de dos meses por diferentes poblaciones antes de llegar a ésta.

-¿Desde cuándo reside usted aquí?

-Desde el 26 de Septiembre del año pasado.

-¿Tiene usted familia?

-Tengo madre.

-¿Nada más?

-Nada más.

-Según eso, su estado es...

-Soltero.

Comprendía el anciano que su interlocutor hablaba con sinceridad y por lo mismo no se atrevía a hacerle la pregunta decisiva por si ésta pudiera molestarle. Siguió interrogándole:

-Su madre de usted ¿reside en España?

-Y en la Corte, señor.

-¿Vivía usted con ella antes de su salida de Madrid?

-Con ella vivía, en efecto.

-¿Tiene usted noticias suyas?

-Las tengo aunque de tarde en tarde.

-¿Se escriben ustedes?

-Sí señor.

-¿Mantiene usted correspondencia por escrito con alguna otra persona?

-Absolutamente con nadie más.

Don Fabián creyó llegado el momento de hacer la pregunta suprema y la formuló así.

-¿Cómo se llama usted?

-GASPAR DE MONTELLANO.

-¿De Montellano?

-Ese es mi apellido.

-¿Y su segundo? El de su madre.

-Sandoval.

El viejo que se había impresionado vivamente al oír el primer apellido, por ser el suyo, quedó estupefacto cuando escuchó el segundo. Pero interesándole llegar hasta el fin, afectó indiferencia y continuó diciendo:

-Hace años, muchos años, siendo yo oficial de la marina española, conocí en Madrid a una señora, recién casada por cierto, que se llamaba doña Amalia Sandoval.

-¡Esa señora es mi madre!

-¿Su madre de usted? Entonces don León de Montellano...

-¡Era mi padre!

Don Fabián llegó al colmo de su asombro; con todo, dominándose aún siguió su inquisitiva.

-Según eso, su padre ha muerto, ¿no es verdad?

Sí señor -articuló Gaspar con voz sombría.

-¿Hace mucho tiempo?

-Un año.

-¿De qué murió, si lo sabe usted?

-Gaspar guardó silencio.

-No le extrañe mi tenacidad en la investigación de su muerte -prosiguió el viejo- porque ese señor, su padre de V., era mi hermano.

-¡Su hermano!

-Exactamente y, aunque estaban interrumpidas nuestras relaciones, me interesa saber cuál fue la causa de su muerte... dígamela, pues, si la llegó a conocer.

El mismo silencio.

-¡Ah! Lo comprendo y respeto su dolor... Mi pobre hermano acaso no murió de muerte natural.

Gaspar dio un grito, cayó su cabeza hacia atrás y sobrevino el ataque epiléptico.

Y mientras se revolvía en horrible convulsión, mal amparado por don Fabián, éste voceó:

-¡Petrón! ¡Petrón!

Apareció el coloso.

Como la escena era tan definida, no tuvo que preguntar para qué le llamaban, y acudiendo con toda rapidez al accidentado, sujetóle lo mejor que pudo en evitación de que inconscientemente se hiciera daño.

Pero por muchas que sean las fuerzas de un hombre, y las de Petróon eran formidables, resultaban insuficientes para dominar a un epiléptico en el colmo de su brega, no por falta de energía, sino de manos.

Con las dos suyas no podía, al mismo tiempo, ampararle la cabeza que golpeaba sobre el respaldo del sillón, sujetarle los brazos en sus frenéticas contorsiones, y aprisionarle el tronco, que después de levantarse en violenta comba, caía desplomado...

Era una ímproba tarea aquella para el hércules, hasta el punto de que en su ayuda tuvo el anciano que poner a contribución sus menguadas fuerzas, asiendo a Gaspar por el brazo izquierdo.

Mas a la primera sacudida del paciente, brazo y mano quedaron libres, y llevándose ésta a la cabeza comenzó a mesarse los cabellos.

Para evitar tan cruenta operación, don Fabián redobló sus bríos haciendo presa sobre el rebelde brazo, pero al hacerla arrolló la doble manga, quedando el antebrazo al descubierto, desnudo.

Y gracias a tal desnudez, mostróse a la vista del anciano un detalle curiosísimo, acaso providencial: tres lunares azulados, equidistantes entre sí y formando línea recta.

Eran tan semejantes en sitio, colorido y proporción a los de su hija que a seguida vinieron éstos a su memoria, y su comparación e igualdad determinaron un rápido juicio sobre la razón de origen, juicio, cuya consecuencia fue la de admitir como cosa segura, que por ley de naturaleza e identidad de sangre, ambos jóvenes tenían aquel sello familiar, probatorio de su común procedencia.

Y fue entonces cuando el pobre viejo, durante tantos años desdichado por el torcedor de la duda, tuvo una revelación clarísima de la legitimidad de su hija, a la que, sin poderse contener, llamó a gritos, mientras Petróon, haciendo un supremo esfuerzo, lograba dominar y rendir al epiléptico que al cabo pasó del estado convulsivo al de postración absoluta.

Atraída por las voces de don Fabián, entró en aquel momento Amparo, toda medrosa y acongojada, temiendo un nuevo reproche o alguna grave inculpción, pero en vez de esto vio que su padre le abría los brazos, y estrechándola en ellos y besándola con ternura infinita, como nunca hiciera, la decía llorando de gozo:

-¡Hija mía! ¡Hija de mi alma!

XX LA CAMA DE GASPAR

Considerando superficialmente creyérase que el súbito cambio operado en don Fabián con respecto a su hija, a la que acariciaba con transportes de alegría, era algo inusitado y hasta un tantico cómico, en fuerza de ser dramático, pero no había nada de eso: aquella escena era natural y, si me es permitido el pleonasma, añadiré que era natural porque dimanaba de la misma naturaleza humana.

Con efecto, el pobre anciano a quien un acaso providencial acababa de revelarle la tan deseada certeza de su paternidad respiró al fin con la intensa satisfacción del que recobra la felicidad perdida, satisfacción que exteriorizaba prodigando a su hija las antes regateadas caricias.

Amparo, a su vez, no comprendía la causa determinante de tal mutación, mas sin comprenderla halagábanle las dulces expansiones paternas que hubieran colmado su dicha, de no verla mermada por el acceso de que Gaspar era víctima.

Afortunadamente el ataque cedió en un plazo breve y ni siquiera hubo que recurrir a la ciencia como ocurrió en caso análogo; el enfermo, que había pasado del violento estado convulsivo al de inacción absoluta, no tardó en reaccionar.

Vuelto en sí, tras un momento de estupefacción muy común en estos casos patológicos, fijó la vista con más serenidad en las circunstancias; tornó la luz a su conciencia como había tornado a sus ojos y recordando lo pasado y dándose cuenta de lo presente exhaló hondo suspiro, que lo mismo pudo ser expresión de dolor que síntoma y manifestación de alivio.

Don Fabián se creyó en el caso de animarle.

-¡Qué! ¿Va pasando ya eso? -le preguntó con interés.

-Sí señor, ya ha pasado; gracias.

Amparo, que no quitaba la vista del paciente, sintió que la paz volvía a su corazón, y ese dulce sentimiento se tradujo por una aun más dulce sonrisa...

Dijérase que esta espiritual caricia acabó de reanimar al enfermo quien, a trueque de violentar sus íntimos deseos, comprendió que era llegado el momento de abandonar aquella casa y de restituirse a su puesto y al ejercicio de sus funciones.

Hízolo así presente a don Fabián, quien le instó para que descansara mayor espacio hasta su completa reposición, pero Gaspar, después de testimoniarse su agradecimiento, logró ponerse en pie, y alardeando de fuerzas que no tenía se dispuso a salir.

-En tal caso -dijo el anciano- no irá usted solo; le acompañará Petrón.

Éste, que aún hallábase presente, brindóse a seguida.

-¡Por Dios! ¿A qué tanta molestia? -articuló Gaspar.

-Nunca reparó en ella la amistad -repuso el coloso.

-Pues vamos, ya que V. se empeña.

Y luego que se hubo despedido con todo afecto de don Fabián y de Amparo, en quien puso su última mirada, salieron enfermo y acompañante con dirección al Cementerio.

A esta sazón, la noche había avanzado bastante y era demasiado oscura por cuya doble causa hallaron pocos transeúntes y aun pasaron inadvertidos para éstos pocos.

Una honda y triste preocupación parecía haber hecho presa en el espíritu del pobre sepulturero quien caminaba como un autómata, respondiendo con frases cariñosas, pero breves a los ofrecimientos y servicios de Petrón.

Eran las once de la noche cuando llegaron al Camposanto.

El sustituto que Gaspar dejara cumplió fielísimamente su misión y velaba en espera de aquél, franqueándoles la puerta apenas les vio llegar.

-Ya puedes retirarte, amigo mío, y no olvidaré el favor que me has hecho -le dijo nuestro héroe.

-No hay tal favor, y V. puede mandarme cuando guste.

Dicho lo cual, abandonó la triste mansión y se dirigió a Priego.

Quedáronse solos el sepulturero y el fiel mayordomo.

Aquél abrió la capilla con la llave que consigo llevaba y preguntó a Petrón si quería descansar.

-Quien ha de lograrlo es V., que buena falta le hace.

-Ya, ya descansaré -dijo Gaspar sonriendo tristemente.

-Pero ¿dónde?, porque supongo que no será en la capilla.

-De ningún modo; en la sacristía.

Y como se hallaran a la puerta de ella, Petrón mostrando un oficioso interés registró con la mirada el interior.

-¿Aquí? No veo el lecho.

-Pues ahí está.

-¿En qué sitio?

-Colgado.

El coloso hizo una exclamación de asombro: el "lecho colgado" era simplemente un ataúd.

-¿Y ahí duerme usted?

-Ha muchos meses; desde que soy sepulturero.

-¡Qué horror!

-Horror... ¿por qué? Si esa es la cama que a todos nos espera, ¿no será bueno que nos vayamos acostumbrando a ella?

A tan tremendo argumento no supo el gigante qué responder; miró a Gaspar con respetuosa admiración y por contestar algo evocó este recuerdo:

-Decía mi buena madre que la comunión de los santos no faltaba nunca.

Y como Gaspar comprendiera la alusión, añadió humildemente:

-Ni la de los pecadores.

-Dejo a V., aunque con sentimiento, para que logre descansar.

-Lo intentaré y Dios me lo concederá.

-No obstante, ¿puedo servirle en algo? ¿Prefiere V., que me quede por si volviera a sentirse mal?

-No, gracias; estos ataques nunca me dan cuando estoy solo.

-Pues, quede V. con Dios, Gaspar.

-Dios bendiga a V., Petrón.

Éste se dispuso a salir y aquél le acompañó hasta la puerta del panteón, que cerró con llave, volviendo de nuevo a la capilla.

Allí oró breves instantes. Luego pasó a la sacristía; descolgó un ataúd viejo que pendía de una escarpia; lo colocó en el suelo, despojóse de la americana, que puso de cabecera, y tras de santiguarse devotamente y dar un soplo

a la luz, tendióse como en mullida cama en aquella que, según su frase, "a todos nos espera".

Y allí, sin testigos, a solas con Dios y con su conciencia, coordinando los hechos de su vida pasada con los que acababan de desarrollarse, y sabedor por éstos de que don Fabián y Amparo eran de su propia e íntima familia, sangre de su sangre, vio surgir en su imaginación calenturienta algo así como un velo rojo que cubrió, hasta disiparlas, sus últimas y dulces esperanzas.

-¡Oh! ya es imposible -pensó-; en el naufragio de mi existencia, no me queda más tabla de salvación que ésta donde yazco.

Y cruzando las manos sobre el pecho, como cruzan las de los muertos, rogó a Dios desde lo más hondo de su alma que le librase del tormento de la vida y le llevara a su eterno descanso.

Entre tanto, y muy cercana la hora de media noche, Petrón regresaba a Priego.

Marchaba solo, abismado en profundas meditaciones y sudoroso, así por el exceso de calor, como por la doble caminata.

Densa barrera de nubes tormentosas entoldaba el firmamento espesando las tinieblas y haciendo irrespirable el ambiente. El aire quemaba.

Como oasis en medio del desierto, a la izquierda del camino que Petrón seguía, y en el sitio llamado de San Luis, una fuentecilla de agua clara, con voz más clara aun, invitaba a refrescar, y aprovechando tan bella ocasión, el coloso suspendió su marcha y bebió con avidez.

Para lograrlo tuvo que hacer con su cuerpo casi un arco, por ser el que bebía excesivamente alto y la fuentezuela excesivamente baja.

Efecto, sin duda, de aquella posición violenta y sostenida, la sangre afluyó a su cerebro, congestionándolo de tal modo que al erguirse para reanudar la marcha ya no pudo, pues a los primeros pasos perdió el equilibrio y cayó desplomado en tierra como un roble a impulsos del huracán.

Dada su estatura prócer, el golpe fue rudísimo, no librándose de él ni la cabeza, con lo cual la congestión subió de punto, acabando de quitarle el sentido y el movimiento y convirtiendo al pobre Petrón en tronco humano, yacente y abandonado en medio de los campos y en medio de la noche, sin otro amparo que el de Dios.

Así estuvo, sin ser visto ni socorrido por nadie más de dos horas, al cabo de las cuales, plugo a la Providencia que acertaran a pasar por allí unos pajeros que, como es sabido, madrugan más que la aurora y viendo al caído, que no poco susto les causó, pues tuvieronle por muerto, apiadáronse de él, detuvieron su marcha, y en tanto que dos de ellos quedaron en su vela y custodia, corrió el tercero hacia Priego para dar aviso y demandar socorro.

A todo esto, en casa de don Fabián nadie se había acostado esperando la vuelta del fiel mayordomo y, como avanzasen las horas y no tornara, crecía la intranquilidad de sus moradores, tanto que de estar en aptitud para ello hubieran salido a buscarle, pero ninguno de los tres hallábase en estado ni ocasión de realizar tal intento.

La más alarmada era Amparo porque su impresionable imaginación interpretaba aquella tardanza como consecuencia de algún otro acceso sufrido por Gaspar, en cuyo caso, claro es que Petrón le estaría prestando asistencia y de ahí la demora en el regreso. Esta hipótesis, muy lógica por cierto, le apenaba el alma a la pobre niña, pero no dejaba traslucirla siquiera.

Por fin y con las primeras luces del alba coincidió una discreta llamada en la puerta.

Todos creyeron que era Petrón y la criada abrió más que de prisa. No era el que se esperaba, sino un emisario enviado con plausible acierto por el juez para prevenir a la familia del triste suceso y anunciar la próxima llegada del paciente, en evitación de la cruel sorpresa que en otro caso produciría verle en tan alarmante estado.

Lleno este prudente trámite, Petrón fue conducido en la camilla de Caridad a la casa y depositado en su lecho, determinando en la familia receptora el hondo pesar que es de suponer.

Terminóse allí la actuación judicial y el médico forense procedió asimismo a practicar la más minuciosa cura, diagnosticando que el enfermo seguía bajo la acción congestiva, pero sin que su estado ofreciera peligro, y sí esperanzas de próxima reacción, según todos los síntomas.

No se engañó el forense. A las pocas horas aquél tornó a recobrar sus facultades y, aunque algo entorpecidas en un principio, pronto pudo dar cuenta de lo que había hecho y pasado, hasta el momento de su fatal caída.

Pero si el ataque congestivo cedió con relativa brevedad, no así la fiebre. Esta hizo presa en el enfermo de tal manera que resultaban inútiles los remedios más heroicos de la ciencia para ahuyentarla y a no ser por su complexión robustísima hubiera sucumbido.

Mas sus reservas corporales eran tantas, y tan asidua y eficaz la asistencia facultativa, que el duelo entablado entre la vida y la muerte, se sostenía sin ventaja por ninguna parte.

Todas las noches a las diez acudía el doctor a visitarle y todas, después de dictar su prescripción medicinal para el día siguiente, decía con cierto donaire al enfermo:

-Esto sigue igual, pero no hay miedo; entre Dios, las energías de V. y mi humilde ciencia, ¿no acabaremos por vencer a la enfermedad?

Mas he aquí que la enfermedad, no solo duró todo el mes de Agosto, sino que persistía con igual intensidad entrado ya Septiembre, esto es, en aquellos días en que Priego celebraba su feria real.

XXI LA FERIA

Desde mediados del siglo anterior data la celebración de la Feria real de Priego, la cual es de verdadera importancia respecto a la contratación de ganados, importancia que no ha decrecido ni es de temer que decrezca, dado lo extenso del término municipal y lo intenso de la producción agrícola-pecuaria, pero en cambio ha disminuido lastimosamente en orden a las distintas y pintorescas fases que presentaban las ferias de antaño.

Y cuenta que al decir "de antaño", no me refiero a la de 1886, año en que se va desarrollando esta acción, sino a otras muy anteriores, a las de mis primeros tiempos, que recuerdo perfectamente por la impresión que en esa tierna edad ejercen en el ánimo acontecimientos tan regocijados y sugestivos, las que, con permiso del lector, voy no más que a bosquejar, para solaz suyo y grata memoria de mi infancia.

"¡O témpora! ¡O mores!"

No pega mal aquí lo de "mores" si a estilo de aquel *latinicida* lo traducimos por "moros" porque en tales tiempos el primero que venía a *hacer feria* era el "moro", como le llamábamos los muchachos, o judío Salomón, como se llamaba él, con sus barbas luengas y grises de patriarca hebreo y su gran cesta de dátiles y cocos, amén del sinnúmero de babuchas que, embutidas las unas en las otras, llevaba al brazo, a modo de tercerola.

Seis, de los siete días de la semana, se pasaba el judío voceando y vendiendo sus mercancías con una indumentaria que, por lo vieja y raída, era ya incolora aunque no *inodora*, pero llegado el Sábado el israelita dejaba la ropa mugrienta y hedionda, así como los dátiles y las babuchas, se vestía a lo gran sacerdote y ya podían pagarle a onza de oro (entonces había onzas) la libra de cocos, que no le harían daño al comprador.

Era aquel un judío de cuerpo entero y de alma más entera aun. Mi madre (que santa paz haya) y que fue siempre excesivamente piadosa, si en la piedad cupiera el exceso, tomó sobre sí la ímproba tarea de convertir a Salomón al cristianismo y aquéllos si que eran coloquios. La una empeñada en hacerle ver al otro que Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, vino al mundo a redimirnos, y los *pícaros judíos* le crucificaron, hechos que apoyaba con mil testimonios bíblicos y pasajes de los catecismos de Gaueme, Pouget, etc; y el otro, aferrado a su creencia de que el Mesías no había venido aún, pero que vendría pronto según sus indicios.

En estas sabrosas cuanto inútiles pláticas, repetidas siempre que Salomón venía a Priego, se pasaban tardes enteras sin convencerse alguno de los dos, hasta que llegó un año en que mi madre se quedó esperando al judío, y el judío voló al seno de Abraham esperando al Mesías.

Otro de los factores principales de aquellas ferias eran los *valencianos*. Acudían quince o veinte por lo menos e instalábanse en amplias tiendas donde desplegaban todo un mundo de objetos tan prácticos como heterogéneos: armas de fuego, calzado fino, sombrillas y abanicos, plumeros, gafas y lentes, cartapacios, gorras, bragueros, algo de perfumería, mucho de juguetería, un

bazar, en fin, indispensable entonces para abastecer las necesidades domésticas e íntimas hasta otro año, porque, si en el transcurso de él quería alguien comprar una mala escopeta de pistón, era preciso acudir a Éibar, salvo el caso de que en medio del año cayera por aquí un valenciano, como pudiera caer la lotería.

Estas tiendas me sacaban de quicio. Aparte de las mil baratijas que allí se expendían agujijoneando mi deseo, la contemplación de aquellas armas con las que pudiera uno *hombrear* si las poseyera, me embobaba y convertía en perpetuo parroquiano de vista y de... olfato. Lo de olfato no era precisamente por las dichas armas, sino por lo que halagaba a mi membrana pituitaria con su olorcillo, un arroz humeante que, guisado con el primor del mundo y a diario, por la mujer del valenciano, consumía luego la alegre pareja entre sendos tragos de vino. Por cierto que el marido, el "Ché", como le llamaban sus paisanos, me parecía un guasón de primera fuerza porque siempre mandaba guisar *paella*, como si él no fuera a probar bocado, y a la hora de yantar se llamaba a la parte y comía más que su consorte.

Otro de los puestos más surtidos y convenientes, eran los de loza y cristal. Y es claro, (no hablo del cristal, sino de la necesidad de esos artículos) como en el pueblo no había a la sazón comerciante dedicado a ellos, cuando llegaba esta época en cada casa surgía la necesidad de reponer los platos, tazas, vasos y demás receptáculos indispensables al servicio doméstico durante un año, en relación con las exigencias de la familia y con el temperamento más o menos nervioso de las criadas, porque había algunas que de Septiembre a Septiembre necesitaban una Cartuja.

En punto a recreos y espectáculos eran aquellas ferias muy regocijadas. Desde luego, como nota pintoresca y simpática no faltaba nunca el cuarteto de saboyanos, compuesto de dos arpas, un violín y una flauta que tocaba desde el Himno de Garibaldi hasta la picaresca danza "Me gustan todas". A mí, por supuesto, me gustaban todas: las piezas musicales, ¿eh?, no confundamos.

En la Plaza del Palenque, y a ciencia y paciencia de las autoridades, se instalaban unos truchimanos, que de ser siete pudieran pasar por hijos de Écija, quienes arramblaban bonitamente con todo el dinero de los chicos y de los grandes... tontos que nunca faltan.

El artefacto de que se valían para el desplume de los incautos llamábase *billar romano* y consistía en un plano inclinado de madera, claveteado de puntillas de París, con diez y ocho cajoncillos en su parte inferior, donde precisamente había de caer una bolita. De estos cajoncillos ocho eran blancos, ocho encarnados y los dos restantes, negros. Las apuestas se hacían a blanco o a encarnado y el color que ganaba obtenía un tanto igual al jugado. Cuando la bola caía (y caía con frecuencia) en uno de los compartimentos negros, el dueño del tenderete decía -"Pa aceite"- y con la mayor frescura recogía todas las puestas.

Tampoco faltaban prestidigitadores al aire libre con sus juegos de cubiletes que eran el encanto de la gente poco avisada, ni el "Titirimundi", o sea exhibición de vistas ambulantes, explicadas a golpe de tambor por su dueño, especie de maese Pedro aunque menos versado que éste en historia. Oído a la caja:

¡Tan, tarán tran; tarán tran; tarán tran!

- "Al frente se verá la batalla de los Castillejos, ganada por el general Prim a los moros de la Morería. Ése que monta el caballo blanco es D. Juan

Prim en el momento de dar una carga a la bayoneta. En esta batalla murieron catorce mil moros y sólo doscientos siete cristianos y un corneta".

¡Tan, tarán tran; tarán tran; tarán tran!

- "Al frente se verá el combate del Callado (a ver si os estáis *callaos*) - interrumpía dándole un pescozón a los muchachos-. Esa fragata delantera es la Numancia y en ella van el bravo Méndez Núñez y el general Prim".

Y como alguien replicara:

- ¡Qué disparate! Si Prim es de infantería.

El del tambor añadía sin desconcertarse:

- Bueno, de infantería de Marina.

¡Tan, tarán tran; tarán tran; tarán tran!

Pero de todos los espectáculos que por aquellos años gozamos ninguno tan sensacional y sugestivo como un tren; un verdadero tren en abreviatura montado sobre sus carriles de hierro los que formaban un círculo de treinta metros de diámetro.

El convoy se componía de una maquineta de vapor con pito y todo, que arrastraba tres o cuatro minúsculos vagones.

Como mis paisanos, en su inmensa mayoría, no habían visto el tren ni pintado, pues entonces no viajaban más que los diputados a Cortes, sintieron gran comezón por conocer prácticamente este nuevo sistema de locomoción (diabólica, según muchos) y, no sin santiguarse antes, se metían y apretujaban como sardinas en banasta en aquellos cochecitos que, una vez llenos y cobrando el billete circular, se ponían en marcha.

La impresión era tan intensa que todos los semblantes se transfiguraban: los hombres *vijaban* plácidamente, como el que satisface una necesidad; los chicos, locos de alegría, palmoteaban entusiasmados, recibiendo una sensación desconocida; las mujeres, y sobre todo, las delicadas de estómago, sacando la cabeza por las ventanillas y *provocando*... la hilaridad, etc, del público, que entre grandes regocijos veía aquella devanadera mecánica y esperaba turno para ingresar en el *torno*.

Así fue la cosa bien dos días, pero al tercero quiso el diablo que, por obra suya, o por la de un muchacho, que es igual, a quien le inspirase la idea de poner una piedra en la vía el tren se escapara por la tangente y descarrilara, dando con todos los *vijeros* en tierra y produciendo un pánico general traducido por gritos, lamentos y desmayos.

Aparte de algunas contusiones no hubo que deplorar mayores desgracias, mas fueron suficientes las habidas para que nadie intentara subir al armatoste; el público huyó del sitio del siniestro como de lugar apestado, y el francés, dueño de aquel material catastrófico, tuvo que recogerlo de entre los barbechos del haza de Luna y conducirlo en sendas carretas a otro tren *más formal*, no sin lamentarse chapurradamente del *descaguilamiento*.

Tales eran, a grandes rasgos pintadas, las ferias de *antaño*. ¡Qué contraste con las de *hogaño*!

Ya ha desaparecido casi todo lo descrito, por innecesario, pues la universalidad del comercio, la facilidad de las comunicaciones y los nuevos prodigiosos inventos dotando a los pueblos de artículos y ofreciéndoles espectáculos, en que ni pudieron soñar, hacen que las ferias solamente se conserven como reliquias del pasado o como grato festejo del presente.

A las antiguas tiendas de los *valencianos*, cuya efímera estancia no pasaba de cuatro o cinco días, han venido a suceder, con carácter de permanen-

cia magníficos establecimientos abarrotados de cuanto es indispensable, y aun superfluo para la vida humana; las primitivas vistas al aire libre pregonadas a tambor batiente con escándalo de la historia y vilipendio de la gramática ceden su puesto a los modernos cinematógrafos, donde el espectador asiste a la representación viva de los sucesos más extraordinarios, sean reales o ficticios; la mezquina y pestilente iluminación compuesta de candiles *humeantes* y *choyoreantes* con que los *feriantes* se alumbraban antes es suplida por intensos arcos voltaicos que con sus oleadas de luz parecen perpetuar el día, y en vez de aquel tren minúsculo que no iba a ninguna parte, sino a dar en tierra con sus pobres viajeros, surge hoy, potente, el automóvil o atraviesa el espacio, majestuoso, el aeroplano con energía bastante para dar la vuelta al mundo.

Ahora bien, la feria de 1886 no era ya, ni con mucho, tan pintoresca y regocijada como las aludidas de mi infancia, pero, no obstante, resultaba este año de más atractivo que otras en razón a no haberse celebrado la del anterior con motivo del cólera y del cordón sanitario.

La feria estaba, pues, animada y el mercado pecuario singularmente animadísimo.

A ello contribuían no sólo los ganaderos y el ganado que en muy crecido número acude a este concurso, sino los diversos y atrayentes elementos que lo integran, con especialidad durante las primeras horas del día en que la población y el forasterío dijérase que se desbordan y dan cita en el amplio espacio donde aquél se celebra.

El espectáculo mañanero no puede ser más sugestivo: larga hilera de buñolerías regenteadas por mozas juncales, muchas de ellas gitanas, las que no dan abasto a servir en limpias mesitas el obligado desayuno de buñuelos con chocolate a la distinguida clientela que llena la tienda; puestos acá y acullá con honores o deshones de taberna para gente de baja estofa donde se bebe, se toca, se canta, se baila y se engaña sin temor a Dios ni respeto al prójimo; vendedores ambulantes de bebidas que vuelven loco al más cuerdo, y de comidas que revuelven el estómago del más fuerte; el *tío* de los romances cantando mil horrores y diez mil embustes; el *otro* del calendario zaragozano para el año venidero profetizando en falso como su almanaque; la pareja de gitaniños bailando un tango lascivo con infracción del sexto mientras sus padres, o los que sean, quebrantan el séptimo y el octavo engañando a unos pobres cortijeros... y todo este abigarrado cuadro puesto en música de *cuadra* por caballos que relinchan, toros que mugen, ovejas que balan, cerdos que gruñen, perros que ladran y demonios colorados en forma de chiquillos que todo lo revuelven, truecan y trastruecan...

¡Oh, feria del ganado! Cuando te veía entonces, cuando te veo ahora, siempre acudía y acude a mis mentes la idea del arca de Noé... pero sin diluvio; bien es verdad que algún año ni el diluvio te ha faltado para asemejarte en todo al pasaje bíblico.

Prosigo. A medida que avanzaban las horas del día, el mercado se iba encalmando; los curiosos y paseantes se retiraban al pueblo; las transacciones disminuían, por la tarde se acababan, y al llegar la noche todo quedaba triste, mudo, como un campamento sombrío donde la muerte hubiera batido sus alas.

A lo sumo, algún puestecillo de bebidas abierto donde se debatía el último borracho; alguna buñolería mal alumbrada por un infame candil, cuya infa-

mia era emblemática por corresponder a la clase de gente que allí solía albergarse.

Pues bien, en la noche del tercer día de feria, muy cumplida la hora de las Ánimas, y en la última buñolería alumbrada por débil luz, entró recatadamente un sujeto y con voz casi apagada, como el candil, pronunció este nombre:

-Tomasa...

-¡Ah! ¿es usted? -inquirió la aludida, una gitanaza cincuentona, con muchas arrobos de grasa en el cuerpo y más arrobos de picardías en el alma.

-Yo soy. ¿Han venido éstos?

-No tardarán. Campeche estuvo aquí esta tarde y me dio a entender que vendría su compadre Solares a las nueve.

-Que ya han dado, por cierto.

-Sí señor, pero no tardarán, le repito; es gente formal y buena... vamos, buena para negocios como el presente.

-¿Conoce V. a los dos?

-¡Digo! Desde hace muchos años, y no me ha ido mal con su conciencia.

-¿Son generosos?

-Ni Diego Corrientes. Le aseguro a usted que habrá pocos hombres con mejores sentimientos: dan a manos llenas; a su lado nadie pasa necesidad; son buenos, buenos; sino fuera porque han tenido que *apencar* con este picarillo oficio...

-De bandoleros, ¿eh?

-Y ¿qué van a hacer? Si no saben otro. Además las circunstancias...

-Dice usted bien, Tomasa, las circunstancias. Ésas llevan al hombre muchas veces adonde nunca debiera ni aún pensara ir; ésas me arrastran a mí a este paso infame de tan mala gana que... ¡así se abriera la tierra y me tragara antes de darlo!

Y acompañó el apóstrofe pegando una tremenda patada en el suelo como si quisiera abrirlo con la fuerza del golpe.

-¡Vaya, señorito! no se ponga usted *tárgico*, que todo resultará tan bien como Dios manda.

-¡Qué bruta es V., Tomasa! ¿A qué mentar a Dios en estos viles negocios?

-Como no estoy acostumbrada a tratar con marqueses...

-¡Silencio, imprudente! ¡A ver si oyen a usted!

-¿Quién va a oírme? La poca gente que hay en la feria duerme.

-Pues no todos duermen porque yo oigo pasos.

-Y yo también. Alguien se acerca. Voy a ver...

Y la gitana, con suma cautela, se dirigió hacia la entrada y exploró el campo.

-¡Ah! -exclamó a seguida.

-¿Son ellos?

-Ellos son.

XXII EL COMPLIT

Apoco de dicho esto entraron en la buñolería dos hombres que por su mal talante y receloso andar indicaban ser pájaros de cuenta; eran los bandidos Campeche y Solares.

El primero de ellos, natural de Málaga, había ejercido durante algún tiempo el oficio de tintorero (y de ahí el apodo de Campeche) en la fábrica que los señores Larios poseen en la hermosa capital mediterránea, y cierto día por un "quítame allá esas pajas", riñó con un compañero suyo y le quitó la vida alevosamente.

Realizada tal hazaña, huyó como buen cobarde y viéndose perseguido pudo ganar la serranía de Ronda, donde buscó y encontró a otro de su calaña, al famoso Solares, ladrón que dos años antes había acompañado al aun más famoso Bizco del Borge, pero que ya campaba por sus respetos solo.

Reunidos y entendidos ambos bandoleros (que la buena como la mala yunta, Dios la cría y ella se junta), muy pronto extendieron su radio de acción por las provincias de Málaga, Sevilla y Cádiz donde operaban a la continua, mas cuando estrechados por la Guardia civil, que muchas veces les iba a los alcances, se veían en peligro de captura o de muerte, separábanse, no sin darse cita para determinados día y sitio, y disfrazados de mendigos o de carboneros, se introducían en lo más abrupto de Sierra Morena, y allí aguantaban el mal tiempo en espera del bueno.

En una de estas fugas el Campeche tuvo que pernoctar en Priego y aquí conoció en mal sitio, por cierto, a Tomasa la gitana, simpatizando y entendiéndose bien pronto esta nueva y mala yunta.

Tomasa, tan lista como perversa, proporcionó a Campeche y a su compadre Solares unas veces refugio y otras *negocios lucrativos* de los que ella participó, razón por la cual en los panegíricos que les tributaba parecía elevarlos a la categoría de santos.

Esta bribona fue, por último, la que para explotar al Marquesito, cuando éste era explotable, le presentó como fácil el logro de las relaciones con Amparo la Habanera, fingiendo impresiones que decía recibir de ella, muy favorables para el infatuado pretendiente a quien se las comunicaba.

Ahora bien, arruinado el Marquesito, despreciado de Amparo, siendo el blanco y la mofa de sus antiguos amigos y viéndose abandonado de todo el mundo, tomó la desesperación por consejera y ésta, en vez de aconsejarle, como a Judas, que se ahorcara de un árbol, le inspiró un diabólico plan que le llevara a ser ahorcado por la justicia, con lo cual lo único que se ahorra era la compra del cordel.

Este diabólico plan es el que va a conocer el lector.

Entraron, como dije, Campeche y Solares en la tienda de Tomasa, quien a seguida los presentó al Marquesito, que no otro era el recatado y misterioso personaje que la acompañaba.

-Pa servile, serió Marqué -dijo Campeche saludando.

-A lo mesmo mofresco -añadió Solares, que era aún más cerril que su compañero.

-Gracias a los dos y espero que no os pesará el servicio.

-Asín sea.

-Osté dirá.

-Esperad. Póngase V. en la puerta, Tomasa, mientras hablamos, y avise al punto si notare que alguien se acerca.

-Desde luego, porque hay que evitar que a éstos los sorprenda aquí una pareja, mas en caso de que viniere ¿qué deben hacer?

-No será fácil que tal suceda porque nuestra entrevista será breve, pero si llegaran los guardias, como V. nos avisará, estos amigos han de salirse por la parte posterior de la tienda, que es practicable, y deslizarse, ocultándose tras las demás buñolerías, mientras yo entretengo a la pareja. Eso queda de mi cuenta.

-Pues a la paz de Dios -concluyó diciendo la gitana, que para todo lo malo invocaba a Dios, en vez de hacerlo al diablo.

Y acto seguido se colocó en su observatorio.

-Ahora oídmeme -le dijo el Marquesito a sus cofrades-. Se trata de dar un golpe sin riesgo, sobre seguro y de grandes resultados. Sin riesgo porque en la casa donde va a operarse no hay nadie que se defienda, pues el único que pudiera hacerlo está en cama, gravemente enfermo; los demás son un viejo impedido y dos mujeres. Sobre seguro porque aprovechando la ida del médico que es diaria y por la noche se le sorprende a la entrada, así como a la sirvienta que ha de abrirle la puerta y, dominados por la amenaza, doctor y criada nos dejarán el paso franco y la casa por nuestra. Por último es de grandes resultados, supuesto que dicha familia es muy rica, el capital está en dinero y todo caerá en nuestras manos. ¿Qué os parece, en principio, mi proposición?

Miráronse los dos bandidos invitándose mutuamente con la mirada a emitir contestación, y por fin Campeche la dio así:

-En prensipio, no está mal, pero hay que poné en craro argunos puntos pa que er negosio no fracase. Vamos a vé: ¿a qué hora va er méico a esa casa?

-A ésta aproximadamente; a las diez de la noche.

-Güeno. Y esa casa ¿está en calle de muncho paso?

-De bastante, por ser la principal de la población, pero a la hora de que se trata, ya pasa poquísima gente.

-Con tó; ¿no le paese asté mu peligroso eso de sorprendé ar méico en mitá e la calle?

-Ya lo creo; pero no es en la calle donde hay que sorprenderle.

-¿Dónde, pué?

-En el zaguán.

-¿En er sanjuán? ¿Y si mus vé y no entra?

-Si entrará, porque no ha de veros.

-A ver... asplíquese osté.

-A eso voy. Este pueblo, como sabéis, no tiene ahora alumbrado público, o mejor dicho, no se enciende por escaseces municipales, y como tampoco hay luna a las diez, el que va por la calle no ve absolutamente nada de lo que pasa en un zaguán. Además, vosotros estaréis ocultos detrás de las grandes puertas de la calle; al franquearlas el médico no os verá; llamará a la segunda puerta creyéndose solo; le abrirá la criada luego que le conozca por la voz y al abrirle vosotros os precipitaréis sobre ambos, en cuyo preciso momento llegaré yo para asegurar el golpe.

Hubo otra nueva pausa durante la cual tornaron a mirarse los dos compadres, como en consulta de voluntades.

-¿Qué dices tú a eso? -preguntó Campeche.

-Lo mismo que tú antes, que no me paese mal -respondió Solares-; ahora, lo que ha de estajarse es la partisipación que cá uno ha de sacar de este negocio, porque aunque mas se iga, es arriesgáillo.

-No lo creáis, y ya os he dado las razones de por qué no lo es -objetó el Marquesito-, pero la advertencia de Solares, en cuanto a la distribución de lo que agenciamos, me parece bien y debemos tratarla ahora para cumplir después como si fuéramos personas honradas.

-Eso es, como si juéramos -repitieron los ladrones.

-Bueno, pues yo diría que siendo tres los que hemos de operar, se hagan tres partes iguales: ¿No lo creáis vosotros así?

Antes de que los interrogados respondieran, Tomasa, que tenía puestos los ojos fuera de la tienda, pero los oídos dentro, se apartó de su sitio y llegando a donde se fraguaba el complot, replicó:

-Habéis de tener en cuenta que yo estoy aquí, que soy una pobre vieja, sin más amparo que el de Dios, que he preparado este negocio y que no debo quedarme atrás en el reparto.

-¿Quién tal pensó? -dijo el Marquesito-. Usted tomará una buena parte de lo que me corresponda, para que éstos se lleven las suyas íntegras, porque usted sabe que en este asunto más que la codicia me mueve la venganza.

-Bien, siendo así, quedo convenida y Dios sea con todos.

Dicho lo cual volvió a su punto de mira.

-Ahora, vosotros diréis respecto a mi proposición de reparto -insistió el Marquesito-; ya habéis oído que tengo que dar de lo que me corresponda una buena porción a la Tomasa; lo vuestro lo tomaréis saneado... ¿quedáis conformes?

-Queamos -afirmó Solares.

-Conformes -asintió Campeche.

-Y ¿cuándo va a ser ello? -preguntó el primero.

-De aquí a dos o tres-días, en cuanto termine la feria, con objeto de que circule menos gente por las calles y de que se hayan retirado a sus respectivos puestos los guardias civiles que ahora prestan aquí servicio con motivo de aquélla.

-De toas maneras, tendremos que entrevistamos otra vez antes der lanse pa dar la última mano ar plan y ponemos da cuerdo en día y hora.

-Claro, que es preciso. Mirad, vosotros estaréis preparados y a partir de pasado mañana todas las noches a las ocho vendréis aquí o iréis a donde esté Tomasa, suponiendo que hubiere quitado la tienda; la noche en que haya de ser yo acudiré también al propio sitio y desde él, concertados los últimos detalles, saldremos para dar el golpe.

Convení- dijeron a una voz los bandoleros.

No habían acabado de decirlo cuando la gitana acercándose súbitamente al grupo avisó:

-¡La pareja!

-¿Está ahí? -interrogó alarmado el Marquesito.

-No, pero viene hacia este sitio.

-Bueno, calma. Vosotros -dijo aquél a sus cómplices- os saldréis por detrás de la tienda mientras yo me finjo borracho y armo camorra con Tomasa.

Pronto, una botella y un vaso aquí en la mesa.

La gitana aprontó lo pedido.

El Marquesito, entonces, vertió un poco de vino en el vaso, otro poco en la mesa, arrojó el sombrero al suelo, se despeinó, y dejándose caer en una silla, hizo seña a los ladrones de que salieran. En tanto lo hacían, él comenzó a gritar con voz aguardentosa:

-¡Eh! ¡Que no me voy! ¡Que no me voy! Y a ver si me deja V., tía bruja, que para eso me ha costado mi dinero.

-Y para eso se ha bebido V. el vino que ha pagado y el que no ha pagado -le replicó Tomasa, también a voces, secundando el ardid- ¡váyase de mi tienda! ¡Ea! ¡Largo!

-Ni largo ni corto; ¡que no me voy!, he dicho; y si me enfado, le pego a V. una bofetada que la vuelvo loca.

-¿A mí, granuja?

-¡A usted!

Y comenzaron a luchar a brazo partido, subiendo de punto voces, gritos y denuestos.

En esta sazón apareció la pareja.

-¿Qué pasa aquí? -preguntó un guardia.

Los contendientes se separaron.

-Nada -contestó la gitana fingiéndose ya tranquila- que este pobre señor cuando se emborracha, como ahora, ha de concluir escandalizando.

-No crean ustedes a esta mujer, guardias, que es una mala pécora y...

-¡Eh! ¡Eh!, cuidado con lo que se dice -amonestó severo el guardia- que esta buena mujer no ha faltado y aquí quien escandaliza es usted.

-¿Yo? Pues para que vean que no es así, ya no abro el pico.

-Y hará V. muy bien. ¿Ha pagado el consumo? -preguntó el guardia a Tomasa.

-Sí, señor; lo ha pagado.

-Bueno, pues entonces, amigo, retírese a su casa, y a dormir.

-Ya mismo -dijo el Marquesito, que no deseaba otra cosa, disponiéndose a marchar.

-Un momento -insistió el de la Benemérita-: ¿cómo se llama usted?

-Juan Marqués.

-¿De dónde es usted vecino?

-De Priego.

-¿Su profesión?

-Propietario.

La pareja interrogaba con los ojos a la gitana sobre la veracidad de cada respuesta, y como aquélla asintiera, uno de los guardias dijo al interrogado:

-Puede usted marcharse.

-Buenas noches.

Y salió de la tienda el Marquesito, con pasos no muy derechos, para mantener la ficción de su embriaguez.

Durante la anterior escena, Campeche y Solares escaparon bonitamente deslizándose por la espalda de las buñolerías, que formaban larga fila, no siendo oídos por sus pasos, merced a las voces producidas por la supuesta riña.

-¿Son ustedes de aquí, guardias? -les preguntó con interés Tomasa al quedarse sola con ellos.

-No señora; pertenecemos a Baena y hemos venido a prestar servicio a Priego con motivo de la feria.

-¡Qué lastima que se tengan ustedes que ir!

--Gracias, por su buen deseo.

-Si no se ofendieran, yo les obsequiaría con lo poco que aquí tengo.

Ni nos ofendemos, ni lo aceptamos, pero sí le agradecemos a V. mucho su atención.

-La agradecida soy yo, porque si Dios no les trae tan a tiempo, el señorito pelma me da la jaqueca.

-¿Teme usted que vuelva?

-¡Ah! no señores; ¡qué ha de volver!

-Pues en ese caso, buenas noches.

-Muy buenas, guardias, y Dios y todos los santos vayan en su compañía. Salió la pareja y ya iba un gran trecho alongada cuando la gitana aún voceaba desde la puerta:

-Vayan ustedes con Dios; vayan ustedes con Dios...

Pero al entrarse rectificó entre dientes:

-(¡Malos mengues os tragelen!)

XXIII LA TRAGEDIA

Todo acaba en este mundo. ¡Hasta las ferias!
La de Priego no pudo sustraerse a esa ley común y terminó también.

Pero durante ella, la gente holgó y se divirtió de la lindo: teatros, circos, toros, veladas, paseos, todo estuvo animadísimo, prestando concurrencia al popular y clásico festejo, no sólo el vecindario, sino el forasterío.

Concluida la feria, desapareció éste como por encanto y los hijos de Priego, rendidos del ajetreo de los pasados bulliciosos días, recluyéronse en sus casas para restablecer el equilibrio dinámico y... el económico.

Así, pues, la noche del siete de Septiembre poca gente discurría por las calles y a punto de las diez, poquísima.

Con antelación a esta hora, vagaba por la calle del Río un hombre de traza sospechosa y paso incierto, demostrando en su actitud el temor de ser reconocido, a cuyo efecto esquivaba todo encuentro con los transeúntes, creyéndose a salvo de ser identificado merced al oscurantismo reinante.

Cuando oyó las diez, acortó sus paseos circunscribiéndolos a la casa de don Fabián y a sus colindantes; mas pocos minutos después, como sintiera que alguien se acercaba, volvió sobre sus pasos rápidamente y escondióse en un zaguán inmediato al edificio que tanto rondara.

La persona de quien huyó caminaba en derechura a la casa de don Fabián: era el médico que asistía a Petrón.

Traspassó el doctor la puerta de la calle, llamando en la interior, y no bien fue ésta abierta por la criada, cuando dos hombres, ocultos en el zaguán, se precipitaron sobre el médico y la sirvienta, esgrimiendo sendos puñales e intimiándoles a que guardasen silencio y quietud so pena de muerte.

La amenaza no produjo todo su efecto, pues el doctor, al darse cuenta del infame atentado, lanzó un grito de "¡canallas!", simultáneo de otro de espanto proferido por la criada, quien cayó al suelo presa de terror, cuyos dos gritos, intensos, agudos, y exhalados ya dentro de la casa, fueron oídos y pusieron en alarma a sus moradores.

-¡Silencio, si no queréis morir! -rugió el Marquesito-. Tú, Campeche, quédate aquí y mata sin compasión a cualquiera de éstos que se mueva o grite, y tú, Solares, sígueme.

Y ambos tomaron escalera arriba, mientras Campeche amagaba con su puñal solamente al médico, pues la fámula yacía desmayada en tierra.

Con la rapidez del rayo, subieron los dos criminales a las habitaciones e donde la familia se encontraba, pero ya en la antesala, con la misma rapidez y como si forjara el rayo, don Fabián, apercebido a la defensa, tumbó de un tiro a Solares, quien, no pudiendo decir "ni Dios me valga!", debió entregarle su alma, al demonio.

Al ruido de la detonación acudió Amparo, y no bien fue vista por el Marquesito, cuando, ebrio por el despecho y llevado de la desesperación, lanzóse ella, inutilizando así la acción de don Fabián, el cual no podía seguir disparando ante el temor de hacer blanco en su hija.

Quedóse, pues, el viejo como clavado en el suelo, no tanto por su ya crónica invalidez, cuanto por la impresión profunda acabada de sufrir. Amparo, que a la postre, fue alcanzada por su perseguidor, lloraba y se debatía penosamente en sus brazos, próxima al desmayo, pugnando por ganar el cuarto donde Petrón yacía enfermo, y como no lo consiguiera, poniendo el resto de sus energías en la voz, gritó desesperadamente:

-¡A mí, Petrón!

Mas ¿que valdría la ayuda de un hombre que a sí propio no podía valerse?

Con todo, hay algo que supera al esfuerzo y a las energías corporales, la explosión de la voluntad cuando prende en nuestra alma y nos impele al sagrado cumplimiento del deber.

Tal aconteció ahora. Petrón, que llevaba cerca de un mes enfermo y postrado, levantóse del lecho a la voz de Amparo, como Lázaro de su tumba a la voz de Jesucristo, y cuando se hubo levantado, sin ser visto ni oído por el agresor, pues la disposición de ambos impedía lo primero, y el llevar los pies descalzos lo segundo, el coloso se lanzó sobre el Marquesito y con sus manos que volvieron a ser tenazas, le cogió por el cuello, agarrotándole.

Muy a seguida, y merced a este contraataque, la joven quedó libre y huyó en socorro de su padre, que seguía como petrificado en un ángulo de la pieza.

Mientras tanto, continuaba el terrible "cuerpo a cuerpo" entre el gigante y el Marquesito; aquél, perdiendo terreno, pues había casi agotado sus fuerzas; éste, pugnando por recoger su cuchillo que cayera al suelo durante la lucha sostenida con Amparo; mas como la naturaleza tiene sus leyes, y las energías, aun extraordinarias, sus límites, cedieron al cabo, las de Petrón y aflojando sus manos dejaron en libertad al Marquesito quien avanzó un paso e inclinó el cuerpo para ir al recobro del puñal.

Pero en aquel momento sonó un disparo y una bala le chamuscó el caballo; después otro que le hirió en el brazo derecho y, sin esperar el tercero, viéndose indefenso, sangrante y en grave peligro, huyó por la escalera, no sin sentir mientras bajaba dos tiros más que no le alcanzaron a causa de la poca pericia de quien los disparó, que fue la propia Amparo con el revólver de su padre.

Campeche, que fiel a la consigna que recibiera, seguía amenazando al médico, al oír las detonaciones y ver al Marquesito chorreando sangre y huyendo en dirección a la calle, le faltó tiempo para abrir la puerta, y por ella escaparon los dos miserables en carrera vertiginosa, a fin de ganar cuanto antes la salida del pueblo y ampararse en la soledad del campo.

Como es natural, el eco de los repentinos disparos puso bien pronto en alarma a los transeúntes y vecinos, y a los pocos momentos se aglomeraba ante la puerta enorme gentío, si movido por la curiosidad, no exento de piadoso interés.

Asomóse entonces el doctor, bastante emocionado, por cierto, y dijo a los allí presentes:

-Señores; hagan el favor de llamar a la autoridad.

-Pero ¿hay peligro? -le preguntaron en son de entrar a la defensa.

-Ninguno; lo que había de pasar ya ha pasado; los criminales han huido y uno que queda está muerto.

La noticia produjo honda emoción, levantando general murmullo y ardientes comentarios, aprovechando los cuales el doctor se internó de nuevo, cerrando tras de sí la puerta, para impedir la entrada de la multitud.

Avisadas, entre tanto, las autoridades, acudieron todas inmediatamente, acompañadas de buen golpe de fuerza pública.

Procedió el juzgado, previo el reconocimiento por el forense, a levantar el cadáver del bandido, que fue trasladado a la sala de disección del Hospital, y después a tomar declaración a la familia de la casa y al médico.

Coincidieron las declaraciones de todos en señalar al Marquesito como agente principal e inductor seguro de aquel crimen abominable, añadiendo los deponentes serles desconocidos los otros dos coautores.

Sin perder tiempo, salieron el teniente y dos parejas de la Benemérita, única fuerza disponible, en persecución de los criminales.

Terminóse el atestado, cuya diligencia duró dos buenas horas; la familia, algo más tranquila, se retiró al fin a descansar; el médico, a su casa; los funcionarios públicos, a las suyas; el gentío se dispersó poco a poco profundamente emocionado, y la última en retirarse, como la primera en llegar, fue una mujer del pueblo, corpulenta, hombruna y lenguaraz que, confundida con la multitud, habíase enterado de todo, mostrando gran interés y aun cierta piedad por la suerte de los nobles señores que tan en peligro estuvieron.

-¡Gracias a Dios! -exclamaba casi sollozando- que ha salido con bien la pobre niña de las garras de ese Marquesito, que debe estar condenado; permita Dios que lo cojan y lo ahorquen.

-Lo ahorcarán -le contesta uno-; no dude V. que lo ahorcarán.

-¡Ay! Dios lo haga... ¡y que yo lo vea!

Quien esto decía era Tomasa la gitana.

XXIV DOS CARTAS

Al día siguiente del trágico suceso que relatado queda no se hablaba en Priego de otra cosa, y cada cual lo atribuía a distinto móvil, siquiera todos los supuestos viles y reprobados.

En lo que no había discordancia de pareceres era en señalar al Marquesito como *ánima vil* del crimen perpetrado, suponiendo ser la causa determinante del hecho, quien los celos, quien la venganza; unos la codicia, otros la desesperación.

Pero "lo cierto y verdad es" (y uso este pleonasma por ser muy común en Priego) que todas esas hipotéticas causas coadyuvaron a envenenar el alma de aquel miserable, convirtiéndole de vago y vicioso en homicida y ladrón.

En cuanto a sus cómplices, nadie los conocía, pues la única persona que pudiera ostentar ese triste privilegio y dar luz en el asunto se callaba como muerta por la cuenta que le tenía el no tenerlas con la justicia. Dicha persona, como adivinará el lector, era Tomasa la gitana, bribona, redomada, en cuya buñolería se fraguó el complot; pero tal hecho preparatorio quedó ignorado de todos.

Por lo que respecta a la familia de Montellano, es de suponer la estela de dolor que en ella dejaría el infame atentado, con sólo decir que, por efecto de la impresión recibida, tan cruel como inesperada, don Fabián, a quien se le inició un nuevo ataque de parálisis cuando repelía la agresión, cayó al siguiente día en el lecho, quedando inhábil para todo movimiento, y lo que es peor, en peligro de muerte.

La pobre Amparo repartía sus cuidados entre su padre y Petrón, pasando malos días y peores noches, trabajos y desvelos que dieran también con ella en cama, si una hermana de la Caridad, Sor Teresa, no hubiera posado, como ángel tutelar, sus alas, protectoras en aquella casa.

Y porque en todas partes repercutiera el hecho criminal y fueran sentidos sus efectos, llegó la noticia, con gran lujo de detalles, hasta la triste mansión de los muertos donde Gaspar de Montellano dijérase que yacía, mejor que vivía, como uno más, en aquella imponente república.

Porque es de notar que desde la noche en que hizo ante don Fabián tan íntimas revelaciones de su vida y de la de sus padres, desde la noche en que volvió acompañado por Petrón al Cementerio y recluyóse en él, ni había salido ni pensaba salir más.

¿Y a qué salir? El único lazo que le ataba al mundo, salvo el de su madre, era el afecto purísimo que sentía por Amparo, en el cual era correspondido, pero quiso la desgracia, que pareciera ser patrimonio de su vida, que aquel lazo se rompiera y aquellos afectos se relajaran ante la consideración de hechos extraordinarios que obraban en su conciencia, vedándole toda relación con la joven.

Entre aquellas dos almas, noble la de él, angelical la de ella, un vaho de sangre surgía misterioso, que debía mantenerlas en eterno apartamiento.

Las circunstancias, empero, rinden y modifican los más firmes propósitos, y aunque los de Gaspar, como queda dicho, eran de una radical absten-

ción, en cuanto a comunicarse con Amparo, consideraba, por otra parte, que el hecho inicuo y escandaloso perpetrado en la casa y familia de ella, con la secuela de dolores y peligros que tras sí dejara, obligábanle con imperativo categórico, so pena de ingratitud, a testimoniarla su más enérgica protesta, así como la participación que tomaba en sus pasados sobresaltos y en sus presentes amarguras.

Decidido, pues, a dar este paso, creyó lo más conveniente fiar al escrito los dictados de su corazón y, dejando que éste hablara a merced de sus impulsos, tomó la pluma y escribió la siguiente carta:

"Señorita Amparo de Montellano.

Creo cumplir un triste deber dedicándole estas líneas, sin otros títulos para ello que la bondad que usted me dispensa, a la que correspondo con verdadera devoción.

El atentado infame cometido en su casa, y cuyos tiros iban seguramente dirigidos contra usted, ha de levantar un sentimiento de protesta en toda alma honrada y, movida la mía de esa noble indignación, execra, reprueba y anatematiza con los adjetivos más duros que pueda emplear la censura humana el hecho insólito, cobarde y criminal, en los cobardes y criminales que lo perpetraron.

Duélome además con dolor espiritual, por ser el más acendrado de los dolores, de aquéllos que estremecieron su cuerpo y aún vibran en su alma, los cuales, sábelo Dios, tomara de bonísima gana sobre la mía, a trueque de llevar a usted la dulce tranquilidad a que la hacen acreedora sus altas y nobilísimas prendas.

Deseo por último que Dios, fuente suprema de salud, derrame la que tanta falta le hace sobre su ilustre y venerable padre y sobre su fiel mayordomo, no tan sólo en bien de ellos, sino de usted, dado que esa doble merced, por natural repercusión, había de llevar la anhelada serenidad a su espíritu.

Con todas las veras del mío así se lo pido al Señor, en tanto reitero a V. la expresión de mi afecto cordialísimo.

Gaspar."

Como es visto por esta carta, ni Gaspar adicionaba su apellido, ni hacía mención de su parentesco con la joven, caso anómalo al parecer, pero que tiene su explicación en el misterio que ensombrecía la vida de nuestro héroe.

La carta anterior, puesta en el correo, llegó aquel mismo día a su destino y como don Fabián seguía en el lecho, ni pudo interceptarla ni tuvo conocimiento de ella; directamente, pues, cayó en manos de Amparo.

Al tomarla, un dulce presentimiento la hizo adivinar su procedencia.

Rasgó muy luego el sobre y el presentimiento se convirtió en realidad y la realidad en alegría.

Hacía tiempo, mucho tiempo, que nada sabía de su buen amigo. ¿Qué le pasaría? ¿Estaría enfermo? ¿La habría olvidado?

Aquella carta parecía dar un doble mentís a tan dolorosas hipótesis.

Amparo leyó el escrito y a medida que avanzaba en su lectura coloreábase su rostro con matices de rosa, como si un destello de los albores matutinos irradiara en su frente virginal.

La respetuosa delicadeza que campeaba en la carta, a través de la cual vislumbrábase un afecto generoso y purísimo, muy en consonancia con el

que ella sentía, llenó su corazón de gozo espiritual; deliquio suprasensible, reservado a los elegidos, a los que marchan con paso sereno por el camino de la perfección. No cabe, no puede haber en la frívola mentalidad de la gran masa humana, la psicología especial y exquisita de Amparo.

Pensando y sintiendo al tenor de cómo piensa y siente la generalidad, creeríase que tras de aquella inefable alegría que inundaba su corazón había algo de egoísmo, algo meramente personalísimo que venía a satisfacer íntimos y dulces apetitos, o cuando menos, a despertar la esperanza de que algún día fueran satisfechos.

Pero no había tal cosa; la predilección, la simpatía de Amparo hacia Gaspar no tenía por término, ni aun remoto, la obtención de nada sensual, de nada que tuviese relación con el amor humano, por la sencilla razón de que el amor humano cifra su ideal en el mutuo placer, y el afecto de la joven lo cifraba en el mutuo dolor.

En corroboración de lo expuesto, y para que ella misma haga comprender la pureza de sus sentimientos, no cabe medio más adecuado que transcribir su carta-contestación a Gaspar, que decía así:

"Señor don Gaspar de Montellano.

Hermano mío: no se extrañe V., ni menos se alarme, del parentesco que le asigno, por ser meramente espiritual, siquiera no estemos muy distantes del consanguíneo, según papá me ha relevado, aunque V. se lo calle por razones que, si V. estima, yo respeto.

Créame, le digo, su hermana en el amor a Dios y en el sufrir, que ambas cosas marchan paralelas en esta vida, así que tanto más se ama a Dios cuanto más se sufre por Él, pues no hemos venido al mundo a gozar, sino a padecer, que por algo la Iglesia lo llama "valle de lágrimas" y no mansión de placeres.

La simpatía, ¿a qué negarlo?, o el afecto contraído desde el día en que nos conocimos, no tuvieron por causa la ilusión juvenil ni el halago de los sentidos, sino la comunidad en la desgracia que a los dos nos cobijaba.

Suelen los humanos cuando gozan, cuando triunfan, no conocerse psicológicamente, que la risa frívola tiene sabor a mascarada y es condición de las máscaras velar el rostro y aun los sentimientos, para no darse a conocer; en cambio, los que padecen como nosotros, al presentarnos tal cual somos, sin antifaz, nos reconocemos a seguida.

Tuvo lugar nuestro primer encuentro en el Cementerio, que es no sólo camposanto, sino campo de la verdad; el ambiente de esa verdad que allí se respiraba saturó nuestras almas y por mutua intuición. V. adivinó que yo sufría y me compadeció; yo comprendí que V. padecía y sentí análoga condolencia, y de esta comunidad de infortunio nació, repito, nuestro recíproco afecto.

Explicada, pues, la razón de ese título fraternal que le doy y que espero merecer de V., paso a contestar su carta, recibida ayer, la que me ha sido muy grata.

Estimo en lo que vale su protesta contra el atentado de que fuimos víctimas y contra los criminales que lo cometieron, protesta natural en toda persona de nobles sentimientos, y por lo tanto, en V. que los tiene nobilísimos.

Le agradezco de corazón la parte que toma en mis dolores, los que V. quisiera cargar sobre sí a trueque de llevar la paz a mi espíritu; no, amigo mío; bastante tiene V. con sus propios pesares para agravarlos con los ajenos; sobrelleve los suyos con la ayuda de Dios, y déjeme los míos que, a este respecto, más pecho de avara que de generosa.

Por último, pone V. el colmo a sus bondades deseando y pidiendo a Dios el restablecimiento de mi padre y de Petrón, para cuyos piadosos anhelos ya no encuentro palabras suficientes de gratitud, pues por lo mismo que veo en peligro de muerte al que me dio la vida, la obtención de su salud sería recibida como cosa soñada, y la solicitud de V. en su favor, doblemente agradecida.

Pero no me hago ilusiones; sé, por desgracia, que los días de mi padre están contados. Su antigua y grave dolencia, más que todo cerebral, contenida y conllevada a fuerza de mimos y de cuidados, pasó la noche del crimen por una crisis horrible, y no ha podido resistir, ni mucho menos, vencer la tremenda prueba. El esfuerzo supremo que realizara repeliendo la agresión y matando a uno de los malhechores, agotó el poco vigor nervioso que le quedaba; desde aquel momento fatal, todas sus funciones de relación se paralizaron, todas sus energías desaparecieron y, tendido inerte en el lecho, el resto de vida que aún le queda, es a manera de una luz que se va extinguiendo poco a poco...

¡Pobre de mí cuando esa luz se apague!

Mas no, no debo pensar en mí mientras él exista. Sería, ya no poco piadoso, sino irreverente, concentrar en mí la atención que a mi padre debo. Lo primero, ¡lo único! es acudir a él, a salvar su vida, a prolongarla al menos, y cuando Dios disponga de ella, tiempo me quedará para pensar en la mía.

En cuanto a nuestro fiel Petrón, puedo asegurar a V. que ha mejorado notablemente en los últimos días. La fiebre ha desaparecido y, de seguir tan franco alivio, es de esperar que pronto pueda abandonar el lecho; lo que me congratulo en manifestarle, sabiendo la buena voluntad que V. le profesa.

De mí, ¿qué decirle? Que en medio de tantos sinsabores, de peligros tantos, Dios me concede fuerzas y salud para afrontar las difíciles circunstancias por que atravieso.

Bien es verdad, que ni me abandono al pesimismo ni me invade el desaliento. Como con más voluntad que apetito; me cuido, más por deber que por egoísmo; creo que tengo una misión que cumplir en este mundo y quiero vivir para cumplirla.

Es cuanto le puedo decir hoy por hoy, mi buen amigo o caro hermano, como V. quiera que le llame; si algo nuevo ocurre se lo comunicaré a seguida, esperando de V. en igual caso recíproco procedimiento, y mientras tanto, recibía el fraternal afecto que le profesa.

Amparo".

Cuando Gaspar concluyó de leer esta carta, dibujóse en su semblante una suave melancolía; la serenidad de sus ojos indicaba que a los pasados terrores venía a reemplazar la dulce paz de su espíritu, que el desaliento cedía paso a la esperanza y creyéndose ya otro hombre, regenerado o redimido por méritos de una mujer excelsa, balbuceó estas palabras nacidas del corazón:

-Me llama hermano... ¿Qué otra cosa puedo ser suyo? ¿Es poco darme ese nombre? ¡Su hermano! ¡Bendita sea quien así me llama, y bendito Tú que se lo inspiras, Dios mío!

XXV EL BLOQUEO

Es la vida a manera de vorágine inmensa, donde los hechos se suceden vertiginosamente, cambiando y contrastando en loca rotación nobles ideales con bajas pasiones, actos heroicos llenos de grandeza con otros infames llenos de ruindad.

Y todo este torbellino de hecho heterogéneos y antagónicos prodúcese no sólo sucesiva, sino simultáneamente en el vasto escenario del mundo, que no hay comedia ¡qué digo comedia! tragedia tan formidable, como la que de continuo se representa por la humanidad.

Basta con enfocar la vista en distinta dirección de la que constituía nuestro anterior objetivo para que la decoración cambie en absoluto y con ella los actores y su actuación.

Por eso voy a permitirme trasladar al lector del campo visual apacible, lleno de dulcedumbre y sentimiento, donde se destacan las dos románticas figuras de Gaspar y Amparo, a otro término o perspectiva de accidentes escabrosos, donde el odio vive, el crimen impera y tienen su campo de acción o de maldición, los dos siniestros personajes, tristemente conocidos por el Marquesito y Campeche.

Ya quedó dicho, cómo viéndose ambos criminales en peligro de muerte o de captura, huyeron cobardemente de casa de don Fabián.

Por lo pronto, les amparó la suerte, que suele favorecer a los malhechores, no sé si por permisión divina, para darles tiempo y ocasión de que se arrepientan de sus crímenes, o por arte diabólico, para que persistan en ellos.

Como quiera que sea, el hecho fue que aquella misma noche, favorecidos por la hora y por la oscuridad, tuvieron espacio para ganar una buena delantera a la exigua fuerza de guardia civil que salió en su persecución, la cual ni logró darles alcance, ni averiguar pista alguna, en tanto que ellos, haciendo jornadas nocturnas, se internaron sucesivamente en las sierras de Priego y Rute, ocultáronse después en los espesos olivares de Lucena, Benamejí y Antequera, y a los cinco días de la comisión del delito, hallábanse al abrigo de la serranía de Málaga, tierra natal y conocida palmo a palmo por Campeche.

Allí pudieron ya respirar con relativa tranquilidad, pues esos montes, hoy pintorescos y alegres, poblados de caserío industrial, arranque de energía eléctrica, cuya fábrica del "Chorro" da luz y fuerza a la quinta capital de España, eran entonces abruptos y tajantes, cual los Gaitanes, nidos de águilas sombrías y solitarias, como la muerte que parecía cernerse sobre ellas.

A la sazón, por aquellos sitios, no pasaba más que el tren, y éste sotezado, a través de quince túneles, o asomado a otros tantos precipicios, silbando y corriendo con espanto para salir pronto de aquel lugar de desolación.

En este lugar de desolación, pues, muy adecuado para servir de refugio a quienes llevaban la desolación en el alma se escondieron, como dos reptiles más, el Marquesito y Campeche.

Habían, hasta aquel momento, burlado la acción de la justicia, pero sentíanse acosados por otra acción más perentoria: la de la necesidad.

Padecían hambre y, como el alimento no pudieran ganarlo honradamente trabajando, tenían que lograrlo criminalmente robando.

Mas, para robar por guapeza, para ejercer el oficio de salteador de caminos, precisábales poseer armas de que carecían, pero cuya adquisición resultaba muy factible.

¿Cómo? Con los últimos fondos, bien escasos por cierto, que le quedaban al Marquesito y haciendo la compra en Málaga.

Aprontó aquél su dinero, y Campeche, conocedor de la capital, se dirigió a ella en busca de dos carabinas.

Bien pronto las tuvo en su poder, que ni al ladrón le faltaba astucia, ni era entonces difícil empresa, como hoy, la provisión de armas y municiones.

Y hete ya a los dos bandidos armados de todas armas, pues las llamadas cortas no les faltaban, en disposición de emular las proezas de Luis Candelas y Diego Corrientes, oficio conocido y practicado por Campeche y aceptado por el Marquesito, como último tumbo que le quedaba por dar en el despeñadero del crimen.

La primera hazaña, muy a los pocos días de "tirarse al campo", la realizaron contra un desdichado arriero, a quien tomaron por blanco de sus negros planes.

Dirigíase el tal a Pizarra con dos jumentos más viejos que su amo y todos sus ahorros en el cinto. Era a la sazón el tiempo de la *vendeja*, y pensaba el buen hombre emplear su dinero en cajas de pasas para la reventa.

Pero el *reventado* fue él, pues, cuando menos lo esperaba, le salieron a su encuentro, encañonándole los dos bandidos y a pesar de sus ruegos y lágrimas, y aun de la invocación a sus hijos, le expoliaron miserablemente, permitiéndole que sólo se llevara, y esto como gran merced, los famélicos borriquillos.

Dio cuenta el traficante a la guardia civil del desaguisado con él cometido y a seguida se puso en movimiento alguna fuerza, pero sabido esto por ellos (que a ningún mal ladrón le falta un buen espía) dejaron la provincia de Málaga por la de Granada, y ya en ésta, en el espacio de pocos días, cometieron tres robos inauditos, uno de ellos con la agravante de doble asesinato.

Tan escandalosos y repetidos delitos pusieron en alarma a toda Andalucía. La prensa regional fustigó a las autoridades por su escaso celo y menor fruto en la captura de los ladrones cuyos nombres y triste fama corrían de boca en boca; el Gobierno se dio por entendido y dictó fuertes medidas para activar e intensificar la persecución y ésta se hizo general y combinada en las provincias de Málaga, Granada y Córdoba; mas cuando se esperaba que en virtud de tal movimiento persecutorio cayeran los criminales en manos de la justicia, cayeron... como en un pozo, perdiéndose en absoluto todo rastro y noción de ellos.

¿Dónde podían haber ido? ¿A otras provincias? No, porque les eran desconocidas y esto equivaldría a dejarse coger. ¿Al extranjero? Tampoco; serían detenidos antes de atravesar la frontera. ¿Se habrían embarcado? Menos aún, pues la documentación, si era propia les delataba, y falsa o fingida no la tenían.

Entonces, ¿cómo y dónde se ocultaban?

El misterio se mantenía cada vez más impenetrable, la desorientación cada día más completa, y la intranquilidad y la indignación eran generales ante tamaña impunidad.

Mas cuando todo el mundo desconfiaba de la eficacia persecutoria; cuando el fracaso de la justicia parecía ser un hecho y la desesperanza llegaba a su colmo, una sencilla confianza de la guardia civil cambió la faz de los sucesos y surgió la luz de las tinieblas, como un día surgiera al "¡Fiat!" del Creador.

Con efecto, una pareja de la Benemérita, procedente de Baena, aquélla que cierta noche intervino en la buñolería de Tomasa la gitana llegó a Priego con el mayor sigilo, pidió audiencia al Juzgado, quien se la concedió a seguida y tales revelaciones hubo de hacer, y tan convincentes debieron parecerles al digno funcionario, que circuladas las oportunas órdenes, antes de una hora la casa de aquella gran bribona hallábase cercada por fuerzas de la Guardia civil, de la municipal, y por numerosos vecinos honrados y armados que se unieron al cordón bloqueador para hacerlo infranqueable.

Cuando aquel cinturón humano quedó establecido, el teniente acompañado de dos parejas llamó imperativamente a la puerta de la casa.

Ésta fue abierta por la gitana quien, con su diabólica sagacidad, dióse cuenta bien pronto de la situación y del peligro que para ella entrañaba, e intentó salvarse.

-Conteste pronto y manifieste la verdad -la dijo autoritario el oficial-; ¿a quién tiene V. dentro de su casa?

-A nadie, señor, a nadie -respondió la taimada.

Pero mientras tal decía en alta voz, para ser oída desde el interior, un guiño picaresco y significativo dirigido al teniente, dio a entender a éste, a manera de delación, que los que buscaban hallábanse allí.

-Conque a nadie, ¿eh?; queda V. detenida. Guardias, adentro y a registrar minuciosamente toda la casa.

Tomasa no replicó; quedó inmóvil en el umbral de la puerta, en tanto que las dos parejas y su jefe se internaron en el mezquino albergue, que sólo constaba de un piso sobre el bajo, y procedieron al registro.

A nadie encontraron en la planta baja.

-¡Arriba! -gritó el teniente.

Los guardias obedecieron.

Mas en cuanto uno de ellos se aventuró a subir por la angosta escalerilla, y antes de que ganase el tercer peldaño, dos tiros disparados sobre su cabeza le hicieron rodar mal herido.

Retirado inmediatamente, fue conducido al Hospital.

El público, ya muy numeroso, que por las detonaciones y la vista del lesionado se dio cuenta de lo que pasaba, rugía de indignación y quería pegar fuego a la casa.

Aplacó el teniente los ánimos y, en evitación de sacrificar a otro guardia, se dispuso él a subir y a vender cara su vida.

Pero la autoridad local, allí presente, se lo impidió.

No es preciso, ni puedo consentir tal sacrificio -decía el alcalde-; los bandidos están en nuestro poder y no se escaparán, mas la gloria de esta empresa consiste en llevarla a cabo sin derramamiento de sangre. Bastante hay ya con una víctima.

-La Guardia civil nunca reparó en peligros.

Soy el primero en reconocerlo y proclamarlo -replicaba el alcalde-, y no debe reparar en ellos cuando el deber lo ordene o la necesidad lo imponga, mas si, cuando pueda lograrse el objetivo, como ahora, a salvo de todo riesgo.

-¿Qué hacer, pues? -inquiría el teniente, a quien su pundonor lastimado le entorpecía toda reflexión e inventiva.

-Una cosa muy sencilla: ¿no somos atacados porque los criminales nos dominan en posición? Pues dominarles a ellos; ganarles la altura, y en vez de acometerles por la escalera, hacerlo por el tejado.

Comprendió el teniente la razón que asistía a la primera autoridad local y se allanó a complacerla, más por subordinación que por voluntad.

Pero la muchedumbre, que llenaba materialmente la calle y rodeaba la manzana, repetía a gritos con terrible indignación:

-¡Fuego! ¡Fuego a la casa y que ardan los ladrones!

-¡Y la bruja también! -añadían no pocas voces.

La *bruja*, a todo esto, se ocultaba medrosica tras el quicio de la puerta, tendiendo miradas suplicantes a los guardias para que la amparasen contra la ironía popular.

Mas la ira popular iba en aumento y el vocerío se hacía ensordecedor.

-¡Fuego! ¡Fuego a la casa! -era ya la voz general.

-¡Vamos por petróleo! -dijo uno.

Y fueron muchos los que corearon la frase y no pocos los que se disponían a ir en busca de las correspondientes latas.

Ante tamaño peligro, el Alcalde creyó que debía intervenir, y tomando una actitud tribunicia, pero con acento cariñoso y paternal, se dispuso a arreglar al pueblo.

-¡Oídmeme! -dijo- voy a hablar.

-¡Silencio! -profirieron muchos.

Y prodújose un silencio solemne.

-Os invito, hijos míos -expresó el Alcalde-, a que desistáis de vuestro propósito de incendio. No es preciso llegar a tanto. Hay otro procedimiento más humano y más seguro para coger a los criminales: atacarles por el tejado de la casa; hacer algunas troneras en dicho sitio desde las cuales se descubran las habitaciones altas; cazarles por allí a tiros y si bajan huyendo del fuego hacer lo propio en cuanto asomen por la escalera, a menos de que se rindan a discreción.

Un -viva el Alcalde-, acompañado de aplausos, premió la breve y discreta alocución.

-Manos, pues, a la obra -prosiguió aquél-. Los albañiles que quieran prestar servicio vayan a sus casa inmediatamente; provéanse del material necesario y en cuanto vuelvan procederemos a los dicho. Mientras tanto, sigan los demás en su puesto para que la presa no escape.

Yo no me escapo, señor Alcalde -lloriqueó la gitana, creyendo que lo de "presa" era por ella.

-¡Qué te has de escapar tú! ¡Ni del infierno! -le contestó zumbón el aludido.

A esto, los albañiles presentes, que no eran pocos, habían partido en busca del herramental adecuado y durante el espacio que duró su ausencia, las autoridades se pusieron de acuerdo para la distribución de fuerzas, procedimiento de ataque y resolución de incidencias que pudieran surgir.

Como las distancias a sus respectivos domicilios eran cortas y sus voluntades largas, bien pronto estuvieron de vuelta los activos alarifes provistos de picos, barras, palas, etc.

-¡Manos a la obra! -ordenó el Alcalde.

Y la obra empezó.

XXVI LA CAPTURA

Tomando por punto de acceso para el asalto las casas adyacentes a la de la gitana, cuyos moradores las franquearon muy gustosos, bien pronto el tejado, objeto de la operación, se vio coronado por los albañiles y algunos guardias.

Comenzaron los primeros a destejar por distintos sitios y a practicar troneras, lo suficientemente holgadas para que pudiera jugar el cañón de un arma en todas direcciones.

La tarea era sencilla y no larga; además, tomada con empeño y por bastante personal, antes de quince minutos quedó la endeble montera de la casa poblada de calicatas, con lo cual los albañiles dieron de mano y abandonaron la cubierta para que los guardias obraran con más desembarazo.

El alcalde y teniente de la Benemérita seguían desde abajo señalando a las fuerzas sus respectivos puntos de ataque y defensa y tomando todas las medidas necesarias al buen logro de la operación.

La guardia municipal coronaba el edificio, de tal modo, que para cada tronera había un número; la guardia civil cubría la puerta de la calle con los fusiles dirigidos a la escalera en disposición y espera de hacer fuego y los vecinos armados completaban el cerco de la manzana; no había, pues, escape posible.

El resto del público era simplemente espectador y aguardaba con interés, no exento de terror, la tragedia que se avecinaba.

Por último, el Juzgado de instrucción y el médico forense hallábanse constituidos en una casa inmediata para cuando se necesitase su actuación.

Previsto, pues, todo y cada cual en su puesto, el teniente, con voz de mando clara y sonora, gritó:

-¡Atención!

Se hizo un silencio profundo.

Después, con la misma entonación, dijo:

-Juan Marqués y consorte; so pena de muerte inmediata, rendíos a la guardia civil, bajando por la escalera con los brazos en alto y sin armas.

Nadie contestó.

Transcurrido un buen espacio de tiempo, el oficial insistió:

-Por última vez os requiero y emplazo en el de un minuto a que os entreguéis; pasado éste será tarde.

Fue aquél un minuto emocionante.

Pero se extinguieron los sesenta segundos sin que ser humano respondiese. Entonces la voz del teniente tronó severa.

-Guardia civil, ¡apunten! Guardia municipal, ¡fuego!

Una descarga cerrada retumbó en los altos de la casa. Por cada tronera del tejado, la boca de un fusil había vomitado su áspid mortal contra los facinerosos.

La guardia civil, apostada en la puerta, apuntaba a la escalera en previsión de que por allí descendiesen huyendo los atacados.

Pero en aquel momento abrióse repentinamente una ventana alta y en ella, pálido, demudado, levantadas las manos, apareció el Marquesito clamando:

-¡No tirad, por Dios! Me entrego.

-¡Alto el fuego! -ordenó el teniente.

La fuerza obedeció.

-¿Y el compañero? -interrogó el jefe.

Está muerto.

-Bien, baje V. a seguida en esa misma actitud, y será su vida respetada.

Retiróse el criminal de la ventana y muy a poco, siempre con las manos en alto y vacías, descendió por la escalera y se entregó.

El teniente, desviándose de la fachada, para ser visto por la fuerza que aún permanecía en el tejado, preguntó a ésta sobre la manifestación hecha por el Marquesito respecto a su compañero.

Examinando el alto a través de los puntos de mira, un guardia dijo:

-Se ve un hombre tendido y ensangrentado; al parecer, muerto.

-Abajo, entonces -mandó el jefe.

La guardia municipal bajó.

A esta sazón, el juez y sus auxiliares habíanse unido a los demás funcionarios y todos penetraron en la casa, subiendo al único piso.

En una miserable habitación, casi al hilo de la pared y sobre extenso charco de sangre, yacía inmóvil un hombre.

El forense, previo reconocimiento, declaró que aquel sujeto estaba muerto. Era el bandido Campeche.

Procedióse al levantamiento del cadáver, que fue trasladado al Hospital. Luego se dispuso la conducción del Marquesito y de Tomasa a la cárcel y, como en ella habían de prestar sus primeras declaraciones, se les anticipó el Juzgado.

El público seguía firme en su sitio, guardando respetuoso silencio.

Mas, apenas se puso en marcha el cortejo formado por las autoridades, la fuerza armada y los criminales, el sentimiento popular, hasta entonces contenido, se desbordó exteriorizándose en una general protesta de indignación.

Los ¡muertas! al Marquesito menudeaban y acrecían con tenacidad alarmante. Y no se crea que tales manifestaciones eran hijas de un malsano espíritu de venganza, no; eran hijas de los dictados de la justicia, inmanente en todo pecho honrado.

Con efecto, aquel hombre fatal había conculcado todas las leyes divinas y humanas, siendo la encarnación del vicio y haciendo la apoteosis del escándalo; había llevado la muerte y la desolación a muchos hogares y, porque en esta ocasión resultara aun más sombría y fatídica su figura, el pueblo supo aquella mañana con verdadero estupor que en la pasada noche, y a consecuencia del asalto perpetrado en su casa, había muerto el respetable señor don Fabián de Montellano.

Presupuestos tales hechos y circunstancias, ¿qué de particular tenía que la conciencia popular, siempre honrada, y la de Priego honradísima, se pronunciasse violenta y hasta amenazadora contra el infame autor de tantas vilezas y crímenes tantos?

Por eso, al bajar el séquito desde el extremo barrio donde la captura fue hecha hasta la plaza, el gentío engrosaba por momentos y los denuestos y las increpaciones tomaban cada vez más serio y agresivo cariz.

Pero he aquí, que en el preciso instante en que la comitiva llegaba al recinto de la plaza, otra comitiva, más triste aún, un entierro, de severa pompa revestido proveniente de distinto punto, confluía con la primera formando una especie de vértice.

Al ingreso en la plaza del entierro, el primer cortejo se paró respetuosa cediéndole el paso; los paisanos se descubrieron; los guardias se cuadraron saludando en forma militar, y la triste comitiva avanzó imponente, en medio de un silencio religioso, tan sólo interrumpido por el doblar de las campanas y por el canto de las salmodias fúnebres.

Seis recios mocetones, a quienes dirigía y presidía una especie de gigante llevaba el féretro a hombros.

El muerto era don Fabián de Montellano.

El coloso que acompañaba a los conductores, Petrón.

Por respeto a la santidad de la muerte, la multitud, como he dicho, se mantuvo callada y correctísima durante el tétrico desfile, mas, cuando éste terminó terminaron también los miramientos; el alma del pueblo, estremecida de espanto quiso ver en aquel providencial encuentro de la víctima con su verdugo algo así como una acusación formidable dictada por la justicia divina, y surgió un movimiento colectivo de acometida a los reos, del que no escaparían con bien, si el Alcalde no impusiera su autoridad y la fuerza pública sus armas, formando en derredor de aquellos un círculo de hierro para defender sus vidas miserables...

XXVII DONDE EL AUTOR SE CONVIERTE EN ACTOR

T tiempo es ya, lector amable, de que mi actuación en esta historia, anunciada en el prólogo, llegue a vías de hecho, no por invento o resorte del novelista, sino por imperio de las circunstancias.

La ocasión, no buscada, pero sí aceptada, va a convertirme en un actor más de los que integran la obra y a darme motivo para que bucee en su fondo misterioso y desentrañe al cabo el terrible secreto que en ella se encierra.

Dicha ocasión se me presentó en un viaje que hice a Madrid.

Con efecto, al mes siguiente de los últimos acontecimientos narrados tuve que partir a la Corte para un asunto meramente personal y de fácil y breve resolución.

Era visita obligada siempre que iba a dicha capital la que me complacía en hacer a un senador del Reino, paisano y algo pariente mío, con quien me ligaba una respetuosa amistad a la que él, cortés y cariñoso, correspondía.

Servía en casa del prócer, en calidad de criada de confianza o fámula distinguida, una que años atrás lo fue en la mía y a quien azares de la suerte llevaron a Madrid.

Esta fidelísima sirvienta llamada Ana León, que aún vive (y Dios quiera que por mucho tiempo), anteponiendo los dictados del afecto a las reglas de la etiqueta, solía hacerse presente cuando yo iba a casa de su señor para preguntarme, con interés digno de agradecimiento, no sólo por mi salud, sino por la de mi familia, amigos y paisanos, ya que éstos lo eran suyos; y a tanto llegaba la oficiosa injerencia, que su amo tenía que poner fin al coloquio con una indirecta a lo Padre Cobos, como la siguiente:

-Ana; ¿se habrá dormido la cocinera? Parece que huelo algo...

-Sí, sí, voy; los señores dispensen.

Y salía más que de prisa, provocando la hilaridad general.

Con todo eso, tenía cualidades tan excelsas que no sólo era estimadísima por sus señores, sino por cuantos frecuentaban la casa, a los cuales se desvivía por servir y agradar, y este afecto con que la distinguían dábale motivo, o se lo tomaba, para departir con ellos en ocasiones, al modo que lo hacía conmigo.

Teniendo en cuenta tales antecedentes, no le extrañará al lector la escena, completamente verídica, que voy a narrarle.

A los pocos días de mi estancia en la Corte, hallándome en mi cuarto, me anunció un camarero a dos señoras que deseaban hablarme.

Las recibí en el acto, como era natural, y reconocí desde luego en una de ellas a la fiel sirvienta; la otra me era desconocida en absoluto, pero Ana se cuidó de presentármela en esta forma:

Mi señorito -ella siempre se expresaba así conmigo- me perdonará la confianza. Esta señora que tengo el gusto de presentarle es doña Amalia Sandoval, viuda de Montellano, amiga predilecta de la familia a quien sirvo. Sabe-dora de que mi señorito se halla en Madrid, procedente de Priego y, deseando tener noticias de una persona por quien se interesa, domiciliada en nuestro pueblo, me indicó el gusto con que oiría esas relaciones si mi señorito puede

hacérselas. Yo la he anticipado la seguridad de que será complacida porque mi señorito es lo más bondadoso y amable...

-¡Eh! ¡Eh! Ana -dije atajándola- para presentación, bueno está, más no es menester que me canonicen.

Rió Ana mi salida y sonrió la dama, a la cual, después de ofrecerla una butaca, dije:

-Cuénteme, señora, a su disposición, y así pueda yo contarle cuanto saber desea.

Diome ella las gracias más con el gesto que con la palabra, y advirtiéndome Ana la sobriedad en pronunciarlas, temió que su permanencia allí pudiera ser inoportuna, por lo que, indicando que había terminado su misión, saludó afectuosamente y se fue.

-Usted ha de dispensarme -díjome entonces la señora que dé este paso, mas cuando he resuelto darlo, ya comprenderá que me impele a ello algo que tiene para mí excepcional interés.

-Queda V. relevada de toda excusa y yo quedo en espera de su interrogatorio.

-Bien, pues ahorremos preámbulos: ¿conoce V. en Priego a Gaspar de Montellano?

Dejéme perplejo esta pregunta, porque el individuo a quien se refería era seguramente nuestro protagonista, pero nadie le llamaba así salvo la familia del difunto don Fabián, a quien él se había dado a conocer. Con todo, susurrábase en el pueblo, no sé con qué fundamento, que el verdadero nombre de Mazzantini era Gaspar. Teniendo esto en cuenta, contestó así:

-Creo conocerle, señora, aunque no por ese nombre.

-Sí, he sabido que oculta el suyo, pero como se le ha escrito alguna vez y las cartas han llegado...

-Con efecto, y sin duda a esa circunstancia débese la especie allí corriente de que su nombre es Gaspar.

-Y lo es: Gaspar de Montellano y Sandoval.

-¿Sandoval?

-Sí, caballero: ese joven es mi hijo.

Aunque ya lo había yo sospechado, no dejé de impresionarme tal declaración.

-Pues señora -la dije, tratando así de salvar la equívoca situación de Gaspar-; me complazco en felicitarla, por ser madre de tal hijo.

-Agradezco la lisonja, caballero, aunque no acierto a comprender...

-¿No le agradaría a V. ser la madre de un santo, o por lo menos, de un justo? -¡Por Dios! ¿Adónde va V. a parar?

-Al terreno de la realidad, señora. Su hijo, desde que llegó a Priego, ha hecho vida tan ejemplar, que sólo un santo, asistido por la gracia de Dios, pudiera igualarla, por cuya razón le tienen allí, y yo el primero, en ese concepto.

Fueron dichas mis palabras con tal expresión de sinceridad, que llevaron el convencimiento a doña Amalia quien, madre al fin, dio rienda suelta al manantial de la ternura, que no otra cosa son las lágrimas.

-Pero... ¿qué hace, en suma, señor?

Hace vida de mortificación y penitencia para él, la cual se traduce en una ardiente caridad para con el prójimo. Viste mal y come peor, da cuanto tiene a los pobres; visita a los enfermos; cura a los heridos; entierra a los muertos; les

reza; pone flores en sus tumbas, y cuando llega la hora del descanso, duerme en el Cementerio y se acuesta en un ataúd.

-¡Pobre hijo mío!... -murmuró sollozando la madre.

Y sobrevino entonces una pausa solemne, un profundo silencio impuesto por ella y respetado por mí, a través del cual yo quería adivinar la lucha de afectos que destrozaba aquel pecho, lacerado por un dolor, tanto más intenso, cuanto más inconfesable.

Queriendo poner fin a tal escena y mitigar en lo posible el acerbo pesar de mi interlocutora, me aventuré a decirle:

-Crea V. señora que tomo buena parte en sus penas, y crea también que, si de algún modo puedo aliviarlas, no rehuiré medio para conseguirlo. En breve debo regresar al pueblo, y, si V. se digna confiarme alguna misión cerca de su hijo, le prometo cumplirla con la prudencia y el interés que sus nobles sentimientos y mi piadosa simpatía me imponen.

-Mil gracias, señor, pero después de oír cuanto V. me ha dicho, mi corazón de madre no puede sosegar ni permitir que por más tiempo siga mi hijo haciendo esa vida de sacrificio que bien pudiera costarle el sacrificio de su vida.

Aplaudo su resolución y la repito que me ofrezco a ser portador del mensaje, consejo o mandato que V. se digne darme para él.

-Aparte de sus buenos deseos, que agradezco, nada lograría por ese medio.

-¿Usted cree?...

-Que se necesita algo más que la misión confidencial.

-¿Qué, pues?

-Mi mandato personal.

-¡Ah!

-Sí, mi buen amigo; estoy resuelta a ir a Priego; veré a mi hijo, le pediré, y si es preciso, le mandaré que ponga fin a su calvario.

-A eso nada tengo que oponer.

-No conozco Andalucía, ni sé el itinerario que he de llevar para mi arribo a ese pueblo cordobés, mas con una nota que usted se sirva dejarme, o bien tome de la guía...

-Ni nota, ni guía, señora; si V. resuelve ir allá, yo tendré sumo gusto en acompañarla.

-¡Por Dios! caballero; tanta molestia...

-Ninguna, un placer.

-Pudiera, además, trastornar su plan de regreso.

-Tampoco: mañana terminaré el asunto que aquí me trajo, por lo tanto, desde mañana en la noche, hora en que salen los correos y los expresos para Andalucía, hasta la fecha que V. determine, todas son buenas para mí y aceptadas desde ahora.

Como la noble dama hubiera agotado sus frases de reconocimiento, no encontró manera más delicada para lisonjearme que ésta:

-En verdad que Ana no exageró al hablarme tan bien de "su señorito".

Ana me quiere mucho, señora; además ¿no había de exagerar siendo andaluza?

Y con este mutuo y sencillo donaire, terminó aquella singular visita que jamás olvidaré.

Convenido en ella tácitamente nuestro viaje, lo realizamos muy a seguida, haciéndolo con toda felicidad, salvo la honda preocupación que persistía, como es natural, en el ánimo de doña Amalia.

Aunque yo brindé con insistencia a la señora franca hospitalidad en mi casa, ella la rehusó, agradeciéndola, por lo que se convino que, una vez instalada en la fonda y en disposición de recibir a su hijo, yo prepararía a éste para que acudiera a verla.

Y he aquí, lector amigo, explicado, cómo sin buscarlo, pero sin esquivarlo, me encuentras actuando en este misterioso y al parecer terrible drama familiar, y como fiel a mi compromiso me hallarás en el próximo capítulo departiendo afectuosamente con nuestro héroe Gaspar de Montellano.

XXVIII EL MENSAJE

Al día siguiente de nuestra llegada a Priego y previa una visita de atención hecha a doña Amalia, con el doble objeto de saber si estaba dispuesta a recibir la de su hijo, como la contestación fuera afirmativa, me dirigí al Cementerio en busca de Gaspar.

Era un día otoñal, grisáceo, pero templado, que convidaba a respirar el aire puro y a gozar las delicias del campo.

En el de la muerte y sentado, como solía, a la puerta de la capilla, desde donde dominaba el panteón y su entrada, hallé al que buscaba.

Al observar que resueltamente iba hacia él, se levantó cortés.

-¿Qué le trae a V. por esta casa tan poco visitada? -me preguntó afable.

-El gusto de ver al único inquilino vivo de ella.

Es de advertir que nos conocíamos tiempo ha.

-Que me place, y sírvase V. tomar asiento.

-Sentado y agradecido.

-Y bien; ¿qué nuevas corren por el pueblo? Porque como siempre estoy aquí dentro...

-En cambio, yo he estado fuera.

-¿Fuera de aquí o de Priego?

-De Priego, y por lo tanto de aquí.

-¡Ah! ¿Muy lejos?

-En Madrid.

Hízole mella, sin duda, mi contestación; pues le dejó pensativo un buen trecho.

-En Madrid... -dijo al cabo, por decir algo, repitiendo como un eco la palabra por mí pronunciada.

-¿Le preocupa a V. en algún sentido, o le interesa la capital de España?

-Figúrese; nació en ella.

Noble título es ése, pero cuando usted ha dejado la corte supongo que será porque nada, ni nadie que le afecte ha quedado allí.

Al oír esto, bien por lo que yo dijera con significativa intención, o porque así lo creyera el sutil entendimiento de Gaspar, fue el caso que se trasfiguró su semblante, y con la expresión de un iluminado, afirmó más que preguntó:

-La visita que V. me hace es consecuencia de ese viaje, ¿verdad?

-Verdad es; ¿a qué negarlo?

-Lo había adivinado; el corazón pocas veces me engaña.

-Sobre todo cuando V. presienta algo muy íntimo al corazón.

-En efecto, y por presentirlo así me sigue diciendo que viene V. a visitarme por encargo de alguien.

-Tal vez.

-Que viene V. a hablarme en nombre de...

-Acabe V. la frase, que va por buen camino.

-¡En nombre de mi madre!

-Justo; tengo ese honor.

-¡Oh, Dios mío!

-¿Le pesa a usted?

Al contrario, me complace infinito.

-Temí...

-No; mi exclamación fue dictada por un dulce sentimiento de egoísmo filial; no me atrevo a decir de envidia.

-Lo comprendo.

-Y bien, ¿la ha visto usted? ¿La ha hablado? ¿Cómo está? Cuénteme, cuénteme, por Dios.

-Si no vengo a otra cosa, amigo mío; mas para que pueda V. apreciar las noticias que he de darle y el alcance de mi mensaje, comience por serenarse. Por lo pronto, sepa para su tranquilidad, que su señora madre goza de buena salud.

-¡Ah! pero ¿usted la ha visto?

-¡Donosa pregunta! ¿No comprende usted que al venir en su nombre es porque la he visto? Tranquilícese, y para lograrlo procure que la mente rijá al corazón.

-Dice V. bien y procuraré hacerlo. Ya creo estar más tranquilo; hábleme, cuénteme.

-Lo haré en pocas palabras. Enterada su madre por una tercera persona de mi estancia en Madrid, fue con ésta a mi hotel en demanda de cuantas noticias pudiera darle referentes a usted. Como deseaba saber la verdad, yo tenía el deber de decírsela íntegra, no sólo por respeto a mí, sino por respeto a ella en su doble cualidad de señora y de madre.

-¿Y le dijo usted?...

-Todo: la vida de renunciación y de sacrificio que V. se ha impuesto y viene practicando desde su llegada a Priego; sus grandes rasgos de caridad y por último, el humillante aunque piadoso cargo que ejerce.

-¿También eso?

-También.

-¡Oh! ¡Cuánto habrá sufrido al saberlo!

-Mucho y de ese sufrimiento proviene el mensaje que me confió.

-Pues dígamelo; se lo suplico.

-Es tan sencillito como natural. Desea su madre de V. que le haga saber, y su deseo lo hago mío que sea cual fuere la causa que le haya movido a imponerse esa durísima y humillante existencia la dé por concluida y cancelada, ponga término a su calvario y torne V., con la paz de su espíritu, a la envidiable del hogar.

-¡Envidiable! dice V. perfectamente; y más envidiable para quien la ha perdido en absoluto.

-Lo que se pierde se puede recobrar.

-Mas no cuando se ha destruido.

-Pero ¿es que la paz espiritual puede destruirse en el sentido que V. supone, de completa extinción, de irredención para el que la llegó a perder? Pienso V. bien, Gaspar, lo que dice, porque eso sería negar la misericordia divina.

-¡Oh! Dios me libre; a no ser por esa misericordia, ¿cree V. que viviría este desdichado?

-Pues si cree V. en ella, en ella confíe, que la esperanza es el complemento de la fe.

-En ella creo, en ella confío; alíentame la esperanza de que Dios ha de perdonarme, pero ¡ay! todavía no, que la penitencia ha de ser proporcionada a la culpa y la culpa mía es inaudita.

Y subrayó estas últimas frases poniendo tal expresión de terror en su semblante, que apagó las pocas luces de mi inteligencia y, de momento, no supe redargüirle, ni aun contestarle. Comprendí entonces cuánta razón tenía su madre al asegurarme que Gaspar se mostraría irreducible ante un simple mensaje y que sería preciso, para sustraerlo de aquella vida, el directo imperativo maternal. Era, pues, llegado el caso de prepararle para hacerle saber la estancia de su madre en Priego.

-Veo -le dije tras de una breve pausa- que por razones que respeto, se aferra usted a seguir la espinosa senda emprendida sin buscar alivio ni descanso; que mis argumentos son estériles y baldías mis súplicas, mas le pregunto: si la única persona que tiene autoridad sobre V., su propia madre, con el carácter de tal le pidiera o le mandara que modificase su vida, ¿lo haría usted?

-¡Oh! esa es una hipótesis muy gratuita, hija de su buen deseo. Mi madre, es claro, que llevada de su entrañable cariño, anhela ardientemente que cambie de rumbo, que me restituya al hogar y en ese sentido le habló a usted para que me transmitiera la expresión de su voluntad; pero ¡ay! mi madre está muy lejos, y como lo está, ni ella sabe ni yo puedo hacerla comprender cuán necesaria es, para mi tranquilidad hoy, para mi redención mañana, la prosecución de este camino que mi conciencia me ha trazado.

-De acuerdo, mi buen amigo; pero ya que habló usted de una hipótesis, si yo, valiéndome de otra, le señalara la posibilidad de que su madre viniera a Priego para hacerle desistir de su empeño...

-¿Venir mi madre? ¿Quién puede pensar en ello?

-¿Tan difícil sería?

-Casi imposible; su espíritu está rendido.

-Para ella, mas no para su hijo; el espíritu de una mujer se rinde; el de una madre jamás.

-Aun cuando así sea, la pobre está sola: ¿cómo emprender un viaje a región distante y para ella desconocida?

-Sigamos suponiendo que por una circunstancia accidental o providencial, si usted quiere, se presentara ocasión de que alguien la acompañase a Priego.

-Pero ¿quién? Si ella no conoce a nadie de aquí.

-Un conocimiento surge de improviso; cualquiera persona que haya ido a la Corte... vaya, supongamos, por último, que esa persona fuera yo y que hubiese venido conmigo.

Gaspar se levantó súbitamente.

-¿Qué está usted diciendo? -interrogó emocionadísimo.

-Siéntese, amigo mío, y advierta que estamos en el terreno de las hipótesis.

-No, no pueden sentarse hipótesis tan atrevidas.

-¿Preferiría usted que se trocaran en realidades?

-¡Acabe usted por Dios! ¡Dígame toda la verdad!

-Con sumo gusto y oígala con la entereza que debe mostrar un hombre. Su madre de V. está en Priego; yo he tenido el honor de acompañarla desde Madrid.

-¡Ah! mil gracias por sus bondades; pero ¿cómo no empezó V. diciéndomelo?

-Temí que la noticia repentina y escueta le impresionara fuertemente y le hiciese daño; de ahí mis vaguedades e hipótesis.

-Gracias de nuevo por todo, mas... ¿cuándo podré verla? ¿Me espera? Naturalmente; si no ha venido a otra cosa.

-¿Dónde está?

En la fonda, por no haber aceptado el ofrecimiento que de mi casa le hice.

-Bien, pero yo quiero verla cuanto antes. Me devora la impaciencia.

-Pues calme su impaciencia hasta la noche; ya comprenderá que es hora más adecuada por todos conceptos.

-Sí, lo comprendo y esperaré... ¿Será verdad? ¡Mi madre en Priego!

-En Priego y esperando a su hijo.

-¡Gracias, gracias, Dios mío!

-Ya comienza V. a sentir los efectos de su misericordia.

-Jamás dudé de ella.

-Lo celebro y doy por terminado mi mensaje -dije levantándome.

-¡Cómo! ¿Se retira usted?

-Sí, me voy. Me espera... una señora.

-¡Ah!

Y adivinando que aludía a su madre, me estrechó las manos convulsivamente, con tal efusión, que ni él ni yo pudimos articular palabra; y entonces comprendí que cuando la palabra no acude a nuestros labios es porque no hace falta.

XXIX LA ENTREVISTA

Es el curioso, o baja oficiosidad inquisitiva, condición muy común en los pueblos por la sencilla razón de que como en éstos no suceden grandes cosas sus vecinos tienen que fijar la atención en las cosas pequeñas.

Y ya en ocasión propinqua de averiguar y saber lo que no les importa, quienes atraen mayor curiosidad son los forasteros por la sencilla razón también de que los vecinos se conocen mutuamente y tienen olvidado, de puro sabido, cuanto hace relación a su vida, pero los forasteros son otros tantos problemas a resolver y llevan consigo el encanto de lo desconocido.

Este encanto y este interés suben de punto cuando el forastero es *forastera* porque en tal caso ya no se trata de tipos tan vulgares e incoloros como el viajante de comercio, el comisionado contra el Ayuntamiento, el matriculero que impone y saca multas, o el dentista que pone o saca muelas, sino de una dama, que bien puede ser la clave de alguna historia de amor o la protagonista de algún drama íntimo, hipótesis ambas eminentemente llamativas.

Habido esto en cuenta, ya se comprenderá la curiosidad que despertó en Priego la llegada de doña Amalia Sandoval, señora de suprema distinción y absolutamente desconocida, pues yo cuidé muy bien de ocultar la clase de relaciones que con ella tenía para evitarme el asalto de los husmeadores.

Hospedóse la señora en la fonda bajo su verdadero nombre y una vez en posesión de su cuarto, ya no salió de él ni aun para comer, haciéndose servir allí la comida.

Al día siguiente fui a visitarla, como queda dicho, pero a nadie comuniqué el objeto de mi visita, por lo que el deseo de saber subió de punto, mas cuando éste llegó a su colmo fue aquella misma noche, en cuyas primeras horas, Mazzantini el sepulturero se hizo anunciar, siendo inmediatamente recibido por la respetable dama.

¿A qué insistir en la curiosidad que entonces se apoderó de cuantos le vieron entrar?

Quisiera el personal de la fonda, especialmente el femenino, que las paredes de aquel aposento fueran de diáfano cristal y que el sonido, como la luz, se filtrase a través de ellas para regalo de sus oídos y satisfacción de sus ansias inquisitivas.

Pero no quiso Dios obrar ese milagro, y entrado que hubo Gaspar en el cuarto de su madre, la puerta se cerró tras él, mas no por esto cedió el curioso en su porfía: dos criadas (malcriadas, por supuesto) apostáronse entonces junto a la mencionada puerta en posición y disposición de oír.

Lo que hablaran madre e hijo nadie lo sabe; a juzgar por indicios y antecedentes, tan íntimo y escabroso debía ser, que sólo a Dios estaba reservado su conocimiento; pero no en balde ejercían las criadas su malsano espionaje a la expectativa de dos placeres: el de averiguar, primero, y el de chismorrear, después, porque terminada la entrevista, aseguraban haber oído decir distintamente la señora: "Gaspar, tu expiación ha concluido. Tienes redimida tu culpa y satisfecha tu deuda: yo que te impuse el castigo, vengo a levantártelo".

Con cuyas enigmáticas palabras, únicas que oyeron, quedaron las fámulas más intrigadas que antes.

Terminada la conferencia, que duró dos buenas horas, Gaspar salió; su madre entregóse al reposo y las sirvientas a la murmuración.

Al día siguiente fue del dominio público todo lo acaecido en la fonda la noche anterior, incluso las misteriosas frases que eran repetidas de boca en boca a manera de oración.

Por mi parte, me creí en el deber de ofrecerle mis respetos a doña Amalia y de ponerme a sus órdenes.

Me recibió con su proverbial afabilidad, y aunque nada le pregunté respecto a la anunciada entrevista, ella no tardó en decirme lo que decirme podía.

Hallábase animada, mas no satisfecha. A los requerimientos que con todo el fervor materno hiciera a Gaspar para que cesara en su vida de expiación, éste había contestado que aún no era tiempo, pero que la complacería en no lejano plazo. Pretendió llevarlo consigo y tampoco lo consiguió.

Y cuando hubo concluido de referirme esta parte de la entrevista, cambia de tono, añadió:

-Ahora tengo que pedirle a V. un favor.

-Sin que sea otorgado como tal, estoy a sus órdenes.

-Gracias. Deseo que me acompañe usted a casa de una señorita de nuestra propia familia, que acaba de quedarse huérfana, cuya residencia aquí, que desconocía, me ha revelado Gaspar.

-¿Se refiere V. a la hija de don Fabián de Montellano?

-Exactamente. Don Fabián era hermano de mi marido. Suspendidas relaciones por disparidad de gustos, aquél tomó vecindad en Priego, donde muerto, quedando Amparo sola. Mi hijo, según me ha confesado, siente un afecto fraternal por ella y desea que vivamos juntas.

-Bello pensamiento.

-Yo lo acepto, no sólo por ser de mi hijo, sino por poder prestar amparo a quien lo tiene de nombre.

-No le pesará; esa señorita es un ángel.

-Sólo falta que ella acceda.

-¿Por qué no?

-Eso es lo que hay que saber.

-Lo sabrá V. cuando guste, puesto que me tiene a su disposición.

-Esperemos a mañana. Gaspar le escribirá hoy anunciándole mi visita indicándole cuáles son sus deseos.

-Pues, en ese caso, hasta mañana, señora.

-Hasta mañana, mi buen amigo.

Y salí de la fonda.

XXX
DOS ALMAS GEMELAS

No, no se había engañado Amparo cuando en su carta contestación a la de Gaspar, refiriéndose al estado de don Fabián, le decía: "Sé, por desgracia, que los días de mi padre están contados. Tendido inerte en el lecho, el resto de vida que aún le queda es a manera de una luz que se va extinguiendo poco a poco".

Con efecto, la luz de su vida se extinguió muy en breve, y a su muerte Amparo quedó sola, aterrada ante la magnitud de su desgracia, sin más apoyo que el de Petró, ya, por fortuna, restablecido, ni más amigo que Gaspar, a quien tenía por hermano y consejero.

Éste, sin embargo, por un exceso de delicadeza, no frecuentaba la casa. Recién muerto don Fabián, la hizo una visita de pésame, corta y ritual y en eso quedó; no volvió a verla.

En cambio comunicábanse por escrito; dábanse el tratamiento de hermanos; y para hacérselo creer ellos mismos prescindían en sus cartas del rígido "usted" y lo sustituían por un afectuoso "tuteo".

A pesar de esta intimidad, indiciaria, al parecer, de otra clase de sentimientos, el más sutil intérprete en materia amorosa jamás hubiera hallado, ni aún traslúcido en la mutua correspondencia cosa que no fuera el puro cariño fraternal; y a decir verdad, no cabía otro amor en sus corazones; en el de Gaspar, porque el misterio tenebroso que envolvía su existencia le vedaba rendir culto a los afectos sensuales, especialmente con relación a su prima, y en el corazón de Amparo, porque a manera de una flor de truncado tallo en tierna edad, los disgustos domésticos agotaron muy temprano la savia de su vida, dejándola no más que el perfume de sus virtudes. Eran, en suma, dos románticos: él por imperativo del deber; ella, por imperativo del dolor.

La correspondencia escrita que sostenían no era a plazo fijo ni aun a turno siquiera, sino determinada por aquellas circunstancias que particularmente les afectaban y que demandasen manifestación propia o consejo ajeno.

Cuando doña Amalia llegó a Priego, hacía tiempo que la joven no recibía carta de Gaspar, lo que la tenía un tanto inquieta, inquietud que cesó al ser gratamente sorprendida con la siguiente epístola:

"Hermana mía: una gran noticia tengo que comunicarte. Mi madre está en Priego y anoche fui a verla. Ha venido sin previo aviso, acompañada de un amigo de ésta y con el doble propósito y solicitud de verme y de llevarme consigo. Lo primero lo ha logrado; lo segundo, no, bien a pesar mío, pero le he prometido que en breve cambiaré de vida, consagrándome a otra menos humillante y tranquila. A ti debo añadirte que, consultada mi conciencia, no puedo a más.

No te conoce, pero desea conocerte, tanto porque llevas mi sangre y mi apellido, cuanto por considerarte mi hermana. Le he hablado de ti mucho aunque no lo que te mereces. Mis palabras han hecho tan dulce mella en su corazón que ya siente por ti un afecto ternísimo.

Está la pobre tan sola en el mundo, tan falta de seres que se interesen por ella, que la quieran, que apenas presiente una limosna de amor, tiende la mano.

No la niegues, hermana mía, esa limosna de cariño que te va a pedir, que la bien la necesita y bien te la agradeceré yo.

¿Quieres saber en qué consiste? Pues, sencillamente en que le des título de madre, ya que me diste a mí el de hermano, y que al dárselo sea con su natural consecuencia de vivir bajo un solo techo y hacer vida común.

¿Es mucho esto? Bien considerado, no.

Reflexiona cuántos elementos de afinidad tenéis. Ella fue esposa de un Montellano, y tú, hija de otro, que a su vez eran hermanos. Ella vive en completa soledad; y tú en triste aislamiento. Ella y tú constituís el único afecto que en esta vida me queda... y ya que yo no puedo vivir con seres tan queridos, *que no vivirá nunca ¡nunca!* ¿entiendes?, bueno es que vosotras no os separéis.

Creo que las aducidas razones te moverán, y aun conmoverán tu generoso corazón para obrar en el sentido que te propongo, mas si no fueran bastantes permite que eche en la balanza de tu voluntad el peso de mis ardientes súplicas

Y ahora, ¿qué harás? Creo que sí. Gracias, hermana mía.

Nada más tengo que añadirte por mi cuenta; pronto mi madre te hablará por la suya.

Adiós, y recibe el fervoroso afecto de tu hermano

Gaspar."

La lectura de esta carta produjo una dulce emoción a Amparo, determinado en ella franca aquiescencia y completa identidad de miras en lo que se la pedía.

Suele crear el placer corrientes de simpatía entre los que la comparten, pero mayores y más duraderas las crea el dolor, que por algo éste es hijo legítimo del corazón humano y no hijastro como aquél.

Dos almas que gozan, se entienden mientras gozan; dos almas que sufren, se entienden siempre.

Las de doña Amalia y Amparo se habían entendido antes de conocerse y nunca con más propiedad pudo decirse que el presentimiento se adelantó al sentimiento.

Tal era la disposición del espíritu en que se encontraba Amparo el día en que esperaba, y añadiré que con impaciencia, la anunciada visita, y tan propicia se hallaba a recibirla, que de no impedirlo su reciente y riguroso luto, ella se hubiera anticipado a hacerla.

Pero no tuvo que aguardar mucho. Aquella misma tarde doña Amalia y yo salimos de la fonda en dirección a la casa.

Conocía yo a Amparo, a quien fui presentado tiempo atrás, aunque no la visitaba. Bien es verdad que mi cometido no era presentar, sino acompañar a la señora, pues la presentación ya la había hecho su hijo por escrito.

El recibimiento que se nos dispensó no pudo ser más cariñoso para ella ni más cortés para mí, pero comprendiendo que mi actuación tenía un carácter transitorio y que no debía permanecer allí más tiempo que el preciso para pagar una cortesía con otra, rendido que hube mis respetos, pretexté un motivos para retirarme y me ausenté.

Quedaron, pues, solas aquellas dos interesantes figuras de este drama real, y aunque lo que hablaron sólo Dios lo sabe, por cuya razón no he de formular un diálogo ficticio vulnerando los fueros de la verdad y abusando de la buena fe del lector, puedo en cambio, asegurar que doña Amalia quedó desde aquella tarde instalada allí con carácter definitivo, cediendo a las reiteradas instancias de Amparo, quien, al hacerlas, usó para obligarla más, no el título de sobrina, sino el de hija, en consonancia con los deseos de Gaspar.

De todo lo cual, para su satisfacción, diole cuenta la joven en una epístola tan expresiva como discreta, que decía así:

"Hermano mío: tu última carta me fue grata por dos conceptos: el primero, porque vino a romper el paréntesis, ya un tanto alarmante, de tu mutismo; el segundo, porque la "gran noticia" que a decir tú me comunicabas, lo fue también para mí.

¿Qué podrá interesarte que a mí no me interese?

Tu madre, a quien deseaba conocer, ha vestido con su llegada un bálsamo consolador en mi alma, un bálsamo tan eficaz y saludable, que ya no me considero sola como me consideraba desde la muerte de mi padre, que de Dios goce; ya no me considero ni huérfana en absoluto, que no puede serlo quien da a una mujer el dulce título de "madre" y quien recibe por contestación el no menos dulce de "hija".

Con estas consideraciones, no sé si mal expresadas, pero sí que bien sentidas, queda contestado y satisfecho tu deseo de que, siendo hermanos, como de corazón lo somos, tengamos una madre común. Ya la tenemos, y al aceptarla, mejor diría, al proclamarla como tal, no solamente me han movido los dictados de tu voluntad, sino los de mi corazón.

Hasta aquí, lo esencial que tenía que decirte; lo demás ya es accidental. Y llamo accidental al hecho de que al abrirla los brazos le abra las puertas de mi casa. ¿Dónde podrá estar mejor una madre que en la de su hija, o viceversa?

Desde ayer vive aquí, no en mi casa, en la suya, así como algún día, y esto queda a su voluntad, si dispone sacarme de este hogar para llevarme al suyo, lo tendré por mío.

Hablo en este sentido teniendo en cuenta la afirmación categórica de que "nunca volverás al hogar doméstico". ¡Pobre de ti, Gaspar! ¡Pobre de ti! Tú, tan bueno... ¿qué has podido hacer para imponerte ese perdurable y horrible sacrificio?

Algo me consuela la palabra dada a nuestra madre de que "en breve cambiarás de vida, consagrándote a otra menos humillante y más tranquila".

Haz porque ese cambio se efectúe pronto, Gaspar; hazlo por ella, por mí, que no puede llamarse vida la que se pasa en el seno de la muerte...

Adiós, y que Él te ilumine y te proteja, como de corazón se lo pide tu hermana

Amparo."

XXXI
DICIEMBRE

Llegó Diciembre, el mes de la alegría.
Como voy a probar, por vida mía;
y a nadie extrañe que hable en aleluya
que hasta Iglesia entonará la suya
en la noche, ya próxima, que llena
al mundo de placer: ¡la Noche Buena!

Comenzaba el último mes del año, y comienza aún, con la práctica de una faena doméstica, vulgar y hasta grosera pero tan positiva como substancial y, sobre todo, muy conveniente para la buena administración y para el abastecimiento culinario del hogar.

Llamábase tal faena la "matanza", y por ella se entendía el sacrificio de cerdos cebados y rollizos, destinados a la salazón y aderezo, primero, y al consumo casi diario, después.

Era en Priego tan general y necesaria esa provisión de la especie porcina que todos se la procuraban con la debida antelación. Los propietarios, criando el ganado en sus fincas; los medianamente acomodados, adquiriéndola en la feria que en aquellos días se celebraba; los obreros, recriándola en sus casas con los despojos herbáceos que tenían o se procuraban, y de tal modo creíase indispensable la obtención de algún o algunos ejemplares de la especie cerduna, que para significar el estado precario de cualquier familia, la prueba más concluyente era decir: en esa casa no han matado este año.

Así, pues, si era inusitado y triste el no matar, era corriente y regocijado el matar, y al olor y aun al sabor de ese regocijo acudía en cada caso y a cada casa gran porción de gente, familiares, amigos y vecinos, con el fin de solemnizar el suceso y, sobre todo, de regodearse con la sabrosa pitanza consumida al compás de copiosas liberaciones.

En ese día feliz, de verdadera fiesta en el hogar, los chicos no iban a la escuela, al contrario, se les permitía traer a sus amiguitos para que presenciaran la degollina y participasen luego del común agasajo; la servidumbre moza de ambos sexos, con su natural ineducación, hacía mutuamente objeto de burlas "sangrientas" (pero con sangre porcina) churreteándose la cara y provocando la risa de los señores; los dulces caseros, el vino de los Moriles y el aguardiente de Rute o de Carcabuey estaban a disposición de todo el mundo e iban de mano en mano y de boca en boca con harta frecuencia, haciendo subir de punto la alegría; alegría sana, retozona, con su poquito de sal y pimienta, asomándose a lo picaresco pero sin caer en lo pecaminoso... y así todo el día, y así casi toda la noche, en cuyo comienzo podase la mesa abastecida una y otra vez de ricos manjares, sin que faltaran las primicias de los cerdos sacrificados, ni los dulces más exquisitos, ni las más sabrosas frutas; y allí era el yantar sin tasa y el beber sin tino; y después, alzados los manteles, el cantar sin tregua al compás de las zambombas cascabeleras donosos villancicos al Niño de Dios próximo a nacer, y el bailar sin mezcla de extranjerismo, sino español

puro y neto, repiqueteando en las manos las castañuelas, con la misma alegría que repiqueteaban en el pecho los corazones...

Tal era y tan regocijada, por lo que respecta a la vida del hogar, la entrada de Diciembre, y no bien se concluía la faena descrita cuando comenzábase otra más delicada y prolija: la confección de los dulces de Pascua, llamados así porque se hacían para consumirlos por Navidad en honra de Dios y provecho de sus hijos.

Ahora bien, con el repuesto de matanza, primero, y con el aditamento de los dulces después, quedaban las casas aprovisionadas para largo tiempo y los estómagos satisfechos y hasta agradecidos, haciendo bueno el refrán prosaico que dice "panza llena a Dios alaba", más poéticamente expresado por Tirso de Molina en aquel *clerigón* que harto de comer exclamaba: "¡Ay ama, qué bueno es Dios!".

Las consecuencias de este ambiente de optimismo y contento se patentizaban sobremanera por las noches, acentuándose cuanto más se acercaba el tiempo pascual.

El teatro abría sus puertas, los círculos y centros de recreo se animaban, las casas ardían en fiestas, y en las calles y en las plazas, la gente del pueblo, alegre y bullanguera, no se cansaba de hacer "rincoros".

Esta diversión típica de Priego, muy buena para entrar en calor durante las noches invernales, consiste en asirse de las manos alternativamente mozos y mozas formando espacioso círculo, y girar moderada o vertiginosamente según lo demanda el compás de la copla cantada a coro. Y al par que se calientan los cuerpos con el trezado de los pies, se enardecen las almas con el contacto de las manos. Pero no se pasa de ahí.

Llegaba por fin la gran noche, la Noche Buena, "la noche de nuestro día", según expresión del clásico, y en ella se celebraba la fiesta familiar, o patriarcal, mejor dicho, porque el cabeza de familia ejercía un como patriarcado entre los suyos y venían todos a rendirle veneración.

Comíase en cada hogar con relación a los medios disponibles, que aquel día en ninguno faltaban, consumiéndose alegremente los manjares, rociados con buenos vinos y festejándose la velada con música y canto, baile y jarana, regocijo que concluía cuando llegaba la hora de los Maitines, o sea hacia la Media Noche, en la cual hora íbase la gente a la Parroquia para asistir a la "misa del gallo".

Por cierto que esta misa tiene en Priego un momento tan sublime como pintoresco.

Acuden los muchachos por centenares a oírla, y es de rigor el ir provistos de vejigas de cerdo o de pavo infladas de aire, de pistolitas que percuten fulminantes, de carracas ásperas y desagradables, de todo aquello que pueda meter más ruido y estridencia, y a la expectativa de armarla, y "armarla gorda", aguardan en posición de "preparen" hasta el momento supremo.

Llega éste, por fin. El sacerdote oficiante entona el "¡Gloria in excelsis Deo!", y aún no lo ha concluido de cantar cuando estalla la trompetería del órgano, voltean todas las campanas de la torre, responden todas las campanillas de los altares repicadas por acólitos, explotan cien vejigas reventadas a golpe de salto por cien chiquillos, suenan inúmeros mistazos acá y acullá hasta que se agota el repuesto de fulminantes, y las carracas, girando vertiginosamente en manos infantiles, completan el concierto de aquel desconcierto.

Si no fuera por el santo fin y buena intención que anima a los chicos, sería cosa de echarles a cogotazos en derechura de la cama, pero en aquel momento y con ser tan diablillos, la intención les salva y dijérase que hasta el estruendo que promueven, significa y representa el canto de las milicias celestiales, concluyendo el "¡Gloria!" al decir: "Et in terra pax hominibus bonae voluntatis".

Tras de la Noche Buena, la Pascua. En ella, y especialmente por los años a que me refiero, era costumbre que nadie trabajara; todo el mundo estaba de huelga y aún de *juerga*: máscaras, estudiantinas, cabalgatas, músicas, bailes aire libre y en lugares de cerrados, *rincoros*, grandes fiestas en los casinos, pastorela en el teatro... y así, no tres, sino cuatro días, pues el de los Inocentes hacías también Pascua.

Esta reseña del mes de Diciembre se repetía un año y otro, siendo uno de tantos el de 1886, cuya Navidad, por lo que respecta a la temperatura, era todo lo apacible que puede ser en el comienzo del invierno, al par que un sol clarísimo inundaba de luz cielo y tierra y de alegría los corazones.

Pero he aquí que cuando esta alegría era más intensa, el primer día de aquella Pascua, cesó de repente, tornándose en honda tristeza y llenando los espíritus de lúgubre preocupación.

¿Qué había pasado? ¿A qué se debía un cambio tan repentino y completo en la psicología popular, y a qué la ruptura con sus tradiciones, en fuerza de sagradas, consagradas?

A un sentimiento de conmiseración general mezclado de piadoso terror el 25 de Diciembre se supo oficialmente en Priego que el Marquesito había sido condenado a muerte.

El tristísimo espectáculo de una ejecución capital, era casi desconocido para el vecindario. Dos generaciones habían tenido la fortuna de no verlo, pues desde 1849 no se volvió a levantar el cadalso en la ciudad, y ésta, a fuer de generosa, ante la inminencia de que se levantara de nuevo, quedó profundamente consternada y puso fin a sus fiestas y regocijos.

XXXII EN CAPILLA

El día segundo de Pascua, hallábame en mi despacho cuando, previo recado de atención, se presentó en él Gaspar. Conocí que venía preocupadísimo.

-¿Qué ocurre? -le pregunté.

-Necesito su cooperación para una buena obra.

-Puede V. contar con ella desde luego.

-Gracias. Sabrá V. la noticia...

-¿La de ayer? Si.

-Justo; la de ayer.

-¿Y bien?

-Me propongo promover una petición de indulto con carácter popular.

-¡Hermoso pensamiento!

-¿Cree V. que obtendré resultado?

-Posible es, sobre todo si hay quien apoye el expediente.

-Eso queda para después; ahora de lo que se trata es de que la solicitud sea suscrita por el mayor número de vecinos, y a ser factible por todos.

-No creo que haya quien se niegue a pedir con su firma la vida de un hombre.

-Seguramente; pero hay que dar facilidades para ello.

-Buscaremos el medio.

-A eso venía.

-Pues V. dirá.

-Como Priego tiene un partido rural tan extenso, me atrevo a rogar a V. que se haga cargo de organizar la recogida de firmas en el campo y yo me cuidaré de dar ese trabajo en el pueblo.

-Acepto el encargo con sumo gusto.

-Pues manos a la obra desde hoy.

Y en aquel momento formulé la petición de indulto.

Aprobada que fue por quien tenía derecho a ello, suscribióla, en primer lugar, el Ayuntamiento, el clero y las demás corporaciones; después los particulares y entre éstos, carácter de prioridad, Amparo y Gaspar de Montellano.

¡Elocuente rasgo de piedad! Las personas contra quienes el Marquesito esgrimiera sus más crueles y traidoras armas se anticipaban a pedir a los poderes públicos la concesión de la gracia suprema.

Tan digno ejemplo fue pródigo en resultados. Conocido por el vecindario, bien pronto pueblo y campo acudieron a los múltiples centros donde se recogían las firmas a estampar las suyas, de tal modo que muy en breve aquéllas se contaban por millares.

Y cuando quedó recogida la última, previa dimisión de su cargo de conserje, Gaspar desapareció de Priego, con dirección a la Corte, llevando en su poder la solicitud popular de indulto.

Pero no partió solo; le acompañaban su madre, Amparo y Petró.

Mientras tanto, todos los recursos, garantías y plazos que marcan las leyes penales antes de aplicar la de muerte, se habían agotado en vano; el día fatal se acercaba y el hombre aún más fatal, el ejecutor de la justicia, llegó a Priego. Malo es el verdugo, pero tampoco es buena con él la gente.

En cuanto ésta se percató de su presencia, nadie se dio a partido con él; ninguna casa le abrió sus puertas.

Y tuvo que tomar el juez por nueva, ya que no por justa providencia, la de meterle en la cárcel para que dormir pudiera bajo techado y para que se cumpliera aquel dicho de "a la justicia prenden", ya que el verdugo es la justicia en acción, o sea "el que ajusticia".

Pero él se vengó de esta repulsa social comenzando a levantar el patíbulo, obra nefasta y aún nefanda, a cuyos tétricos golpes el público quedó aterrado, tomándolos, por lo que respecta al sonido, a cuenta y presagio del toque de agonía.

Durante este período que pudiera llamarse premonitorio de la muerte, yo estaba en comunicación directa y diaria con Gaspar, recibiendo sus impresiones relativas a la tramitación del indulto, cuya gracia, según sus palabras, "iba por buen camino".

Mas dijérase que el verdugo le ganaba el terreno, pues el tiempo pasaba y la deseada concesión no venía, pero en cambio llegó el señalamiento de la ejecución que fue fijada para el 31 de Enero de 1887.

La víspera de ese día, y con todas las tristes circunstancias inherentes al caso, el reo entró en capilla.

Desde aquel momento, casi se tuvieron por perdidas las esperanzas de salvación, mas con todo, para agotar hasta el último recurso y en evitación de que el indulto, si se concedía, llegara tarde, se brindaron treinta jóvenes, excelentes jinetes, por cierto, a establecer quince puestos de carreristas cubriendo cada par de ellos otro par de kilómetros y encabalgando así los treinta que hay por carretera hasta Cabra, que era entonces la estación telegráfica más próxima, dado que en Priego aún no existía esa clase de comunicación.

E hicieron más los buenos e ingeniosos muchachos: llevar consigo cada pareja media docena de cohetes, de unos especiales llamados del Padre Cantero, que truenan y atruenan como bombas, porque el dicho religioso "quería oírlos desde la Gloria" cuando los disparasen en una fiesta que instituyó; y el objeto de llevarlos en esta ocasión era para anticipar en Priego la noticia del indulto si llegaba telegráficamente a Cabra.

A este efecto, desde la entrada del Marquesito en capilla, el servicio de dicha estación se había constituido en permanente, como era permanente la guardia de los treinta corredores, puestos y dispuestos en sus puntos estratégicos.

La consigna dada establecía que si la nueva del indulto llegaba a Cabra, en el momento le sería notificada a la primera pareja que esperaba con sus caballos enjaezados en la puerta de la oficina telegráfica; esta pareja dispararía, *in continenti*, sus cohetes y partiría al galope portadora del despacho recibido en busca de la segunda, la cual, a su vez, haría lo propio con la tercera, y así hasta llegar a la última que llevaría al pueblo la noticia feliz documentalmente, sin perjuicio de que se supiera con gran anterioridad por la sucesión de los cohetes que correría "como reguero de pólvora".

Las medidas de precaución quedaban, pues, minuciosamente tomadas, pero el día declinó, sucedióle la noche, y ningún síntoma ni noticia de esperanza venía a calmar la inquietud popular y la triste agonía del reo.

Éste yacía en el fondo de la capilla como un autómatas, dirigiendo sin cesar la vista a la puerta, en espera de que alguien le llevase la buena nueva.

Mas en vez de ésta, lo que iba llegando gradualmente era ese piadoso y triste personal que acompaña al condenado en la última noche de su vida: los hermanos de la Paz y Caridad, los sacerdotes, las autoridades, algún amigo o deudo, y nadie más.

¡Qué noche tan horrible debe ser ésta!

Ya Víctor Hugo la describió con todo el vigor y el verismo de su poderosa fantasía.

Pero una cosa es imaginar y otra sentir; una cosa es ser sujeto pasivo y otra activo.

La consideración y comentario de lo que debe ser esa noche conmueve el ánimo, mas la propia actuación como reo, lo anonada.

Así estaba el Marquesito, anonadado; más que un hombre parecía la sombra de un hombre.

En tal sazón de ánimo se encontraba cuando marcó la hora de media noche el reloj de la ciudad.

Aquellas doce campanadas, oídas distintamente, no sonaron a vida, sino a muerte, aún más que a muerte, a eternidad.

Y como el reo previera que la eternidad le llamaba, le sorbía, sintió, no ya el espanto de la muerte, sino el terror de lo incognoscible, el escalofrío que produce el abismo cuanto fatalmente nos atrae.

Y entonces, para alejar de sí aquellos terrores ultraterrenos, se echó en brazos de algo superior a los mismos, del consuelo inefable de la religión.

Pidió que le confesaran. Un sacerdote oyó solícito el prolijo relato de sus culpas y le absolvió de ellas en nombre de Dios; que el tribunal de la Penitencia indulta más pronto y mejor que las potestades humanas.

Entre tanto, nadie dormía en el pueblo. Muchas familias piadosas rezaban pidiendo a Dios que se decretase la concesión del indulto, y en caso negativo, encomendando a su infinita piedad el alma del que iba a morir; los casinos y centros de recreo hallábanse muy animados y sus concurrentes departían con harta pesadumbre sobre la tragedia que se avecinaba; por último, el público, la masa anónima, vagaba por las calles y plazas cambiando impresiones que no podían ser más pesimistas y dolorosas.

El juzgado, las autoridades locales y no pocos sacerdotes estaban constituidos en la sala de audiencia de la cárcel; la fuerza pública en los soportales del edificio.

Y en el fondo de la capilla, ante un modesto altar donde Cristo crucificado abría sus brazos, un sacerdote celebraba misa que oían de rodillas el reo y sus acompañantes.

Así transcurrió aquella noche siniestra, pero, aunque parezca paradójico, había algo más siniestro que la noche, el día, porque con el día llegaba la hora de la muerte...

Las primeras luces de la aurora se filtraron a través de una vidriera miserable que había en el triste aposento.

A medida que la luz natural se intensificaba, palidecía la artificial y palidecía, si más pudiera palidecer, el rostro cadavérico del condenado.

Todos, y él más que todos, adivinaban que el momento supremo era llegado, y dijérase que saludaban a la muerte con una de sus notas características: el silencio.

Transcurrieron breves minutos bajo ese silencio, nuncio del eterno, cuando un ligero movimiento producido en el exterior, vino a interrumpirlo.

Casi simultáneamente, en la puerta de la capilla, aparecieron los funcionarios judiciales, varias parejas de la benemérita y un hombre vestido de negro y de catadura más negra aún: el verdugo.

Al verles, el Marquesito, que hallábase sentado en un sillón, quiso levantarse, mas no pudo; los hermanos de la Caridad le ayudaron y sostuvieron.

Y ya de pie, por vía de despedida, o envolviendo la súplica suprema, dirigió una mirada de agonía al Redentor, que también en la cruz agonizaba...

No fue en balde la mirada; Jesús debió tenerle piedad, porque en aquel momento, claras, distintas, rotundas, oyéronse por todos varias detonaciones.

Miráronse los circunstantes con significativa ansiedad y nuevos estampidos, ya más cercanos, llegaron al aposento.

Y tras los estampidos, un vocerío atronador repetía:

-¡El indulto! ¡La señal del indulto!

Todas las miradas convergieron interrogantes hacia el juez y éste, digno funcionario, gratamente impresionado, ordenó:

-Queda suspendida la ejecución, esperemos.

Salieron de la estancia la guardia civil y el verdugo; los demás volvieron a sentarse y el condenado sufrió un accidente pasajero, muy natural, si se tiene en cuenta la emoción recibida.

Los hermanos de la Caridad le rodearon pronunciando palabras de aliento, de esperanza, que él acogía con afectuosa sonrisa.

Y mientras, en la calle crecía el número y el vocear de la gente, oyéndose vítores a la Reina, al Gobierno de S. M. y no pocos a Gaspar de Montellano, promotor y gestor del indulto.

Tal estado de cosas duró no más de una hora, al cabo de la cual aumentó considerablemente el clamoreo exterior, ahora mezclado con palmadas, al mismo tiempo que se oía, acercándose, el galopar de unos caballos.

Muy a seguida y previa licencia, entraron en la capilla dos jóvenes, sudorosos, enlodados, pero rebosando satisfacción: López Arillo y Peribáñez.

El primero de ellos era portador de un telegrama que entregó al juez, en el que se le daba aviso de que el indulto habíase concedido.

Ateniéndose a tan grata nueva, el magistrado, después de notificarla a Juan Marqués, añadió dirigiéndose a sus subordinados:

-Sea conducido el reo a su celda y despejen todos.

Así se hizo. El Marquesito, derramando lágrimas de gratitud y de alegría, tornó a su prisión; los circunstantes se retiraron altamente satisfechos, y el juzgado fue el último en salir del local.

La gente, que aún esperaba a pie quieto en la puerta de la cárcel, acompañó hasta la plaza a los portadores del indulto, vitoreándoles, demostración de entusiasmo que se repetía cada vez que nuevos carreristas iban apareciendo en aquel céntrico lugar, donde al fin se juntaron todos.

Y cuando todos, los treinta, estuvieron reunidos, saboreando el placer del éxito logrado y del deber cumplido, el ínclito Nebrija, encaramado en una mesa, que sacara del Casinillo, con voz de trueno les soltó la siguiente arenga:

-¡Salve! píos, felices, triunfadores jóvenes, que en hipogrifos violentos corristeis parejas con los vientos para llevar a un hombre la vida y la tranquilidad a un pueblo. *Amén dico vobis*, que por tal proeza os habéis hecho dignos de la estimación de vuestros conciudadanos, así como del orgullo de esta minúscula sociedad a que pertenecéis, en cuyo nombre y representación yo os digo napoleónicamente: "desde lo alto de esta tribuna, cuarenta manos os aplauden".

Y batió las suyas sarmentosas, con tales bríos, que sonaban por cuarenta castañuelas.

XXIII DE MADRID A LAS ERMITAS

"**T**oda júbilo es hoy la gran Toledo", pudiera decirse con el poeta, refiriéndose a Priego, al día siguiente de la notificación del indulto.

Pueblo generoso por naturaleza, acogió con inmensa alegría el ejercicio de la real prerrogativa en favor de uno de sus hijos, cual acogiera con intenso dolor la pena de muerte.

Y como el movimiento se demuestra andando y la alegría exteriorizándola, sobre todo si es colectiva, la ciudad hizo ostentación de la suya en el próximo Carnaval, desquitándose con creces, a fuerza de festejos y regocijos, de la abstinencia de aquellos que por su noble sentir se impuso en la Pascua.

Empero, algo faltaba para que la satisfacción popular fuese completa y desbordante: la presencia de Gaspar de Montellano, a quien en primero y último término se debía la gracia del indulto. En primero, porque él la promovió; en último, porque él la alcanzó, valiéndose de los medios que estimara convenientes en las altas esferas oficiales.

De hallarse en Priego, luego de conseguida esa gracia, se le hubiera hecho objeto de un gran homenaje popular, aunque nunca tan grande como sus merecimientos.

Mas ¿dónde estaba Gaspar? ¿En Madrid?

Mis amigos me requerían con laudable tesón para que les resolviera esa duda, creyendo que yo pudiese hacerlo por haber mantenido diaria correspondencia con él durante la tramitación del expediente de indulto.

-Pero es el caso -les contestaba yo- que una vez conseguida la gracia, ya no me ha vuelto a escribir; en cambio yo me he dirigido a él y como si lo hiciera a León XIII.

Este nuevo misterio añadido a los múltiples que entrañaba la vida de Gaspar, dábale más interés y realce a su personalidad, la cual se agrandaba en términos que ni el tiempo ni la ausencia logran desvanecer.

Y debo confesar que, si mis paisanos sentíanse intrigados por averiguar y conocer el destino de aquel hombre, yo que le traté más que todos y que obtuve de él confidencias íntimas como ninguno, hallábame intrigadísimo, y en verdad que esta comezón por saber no tuvo poca parte en mi resolución de volver a Madrid, cuyo viaje realicé dentro de aquel año.

Ya en la Corte, y conocedor del domicilio de doña Amalia Sandoval, a él me dirigí resueltamente, no sin cierta emoción, debida al interés que me inspiraba toda la familia de Montellano, quizá por el peso de su desgracia.

-¿Lograré ver a Gaspar? ¿Vivirá con su madre? ¿Bajo que nuevo aspecto se me presentará ahora?

Tales eran las preguntas que yo me hacía mientras llegaba a su casa.

Una vez en ella y apenas me anunciaron, recibíme doña Amalia, tan cariñosa, como siempre.

-¡Qué grata sorpresa! -exclamó al verme- ¿cuándo ha llegado usted?

-Esta mañana.

-¡Oh! mil gracias por su visita y otras tantas por su diligencia en hacerla.

-Cumplo con gusto un deber.

-Al gusto me atengo, que no al deber.

-Sea como usted quiera.

-Supongo que deseará usted también ver a mi hija...

-¿A su hija?

-No de otra manera llamo a Amparo.

-Eso honra a usted mucho.

-Y me satisface más.

-Con efecto, tendría un placer en verla.

-Pues va usted a lograrlo.

-Tocó un timbre y se presentó una criada.

-Avisé a la señorita -la dijo- que un buen amigo de Priego desea saludarla. La criada salió.

-¿Por qué no le da usted mi nombre? -me atreví a inquirir.

-Si la he dicho "que un buen amigo de Priego", ¿no la he dado implícitamente su nombre? ¿Tenemos allí a alguien más que usted?

-Eché el pensamiento a volar y comprendí que doña Amalia llevaba razón; ni ella ni Amparo sostenían trato con nadie del pueblo: ella, por la brevedad de su estancia; Amparo, por el aislamiento absoluto en que vivió.

-En verdad -contesté-; yo sólo creo tener ese honor.

-Y nosotras encantadas de que así sea; siempre se ha dicho "amigos, pocos y buenos".

-Señora...

-Mi hija.

-Apareció Amparo.

Estaba pálida y triste.

No obstante ensayó una sonrisa en la que puso más voluntad que alegría, para decirme:

-Adiviné que era V. quien me esperaba. Gracias y bien venido.

-No sé si seré bien venido, pero sí que bien recibido.

-Es mucha su cortesía.

-Mayor es mi amistad.

-Hay que creer en ella; en primer lugar, porque V. la alegra; en segundo, porque obras son amores, y cuando V. no nos olvida, es porque algún afecto le inspiramos.

-Está V. en lo cierto; no en balde me han honrado con su confianza, y así el éxito hubiera correspondido a mis deseos.

Buscaba yo diciendo esto, que la conversación recayera en Gaspar.

-¿Duda V. del resultado de sus buenos oficios? -objetó doña Amalia.

-No dudo del resultado, pero lo quisiera completo, definitivo.

-¡Ay, amigo mío! -suspiró la dama comprendiendo el alcance de mi alusión.

Amparo, ni habló ni suspiró, mas su palidez hablaba por ella.

Como a esto sucediera una pausa, casi me arrepentí de lo dicho, sin embargo, me pareció poco noble volver atrás, y puesto que sólo me guiaba el interés por aquella pobre familia, abordé resueltamente la cuestión.

-Señora -dije-, mañana partiré de Madrid si ustedes no me ordenan lo contrario; cuando deje la Corte, ¿deberé llevar alguna misión o encargo a su hijo, donde quiera que se encuentre?

-Agradezco una vez más sus ofrecimientos, amigo mío, pero ahora no puedo utilizarlos por la resolución inquebrantable de Gaspar.

-¡Cómo! ¿Insiste en su vida de renunciación y sacrificio?

-Sí, señor.

-Pues ¿no prometió a V. modificarla, hacerla más llevadera?

Y en cierto modo lo ha cumplido; no puedo quejarme a ese respecto, porque de un sepulturero a un religioso hay notable diferencia.

-Pero ¿ha entrado en religión?

-Entrará, que es lo mismo; hoy es novicio.

¿En dónde? ¡Ah! perdone V., no debí preguntar...

-¿Por qué no? Para V. no tenemos secretos. Está en las Ermitas de Córdoba.

-¡En las Ermitas!

-¿Qué le parece a usted?

-Me parece señora, que dada la existencia que se ha trazado, no pudo elegir sitio mejor.

-¿Lo conoce V. por ventura?

-Ya lo creo, y no es prodigio que lo conozca radicando en mi provincia.

-¡Qué triste será vivir en aquel desierto! ¿Verdad?

-Si a decirla vamos, yo opino que la tristeza, así como la alegría, no la dan los parajes, sino el espíritu; en el lugar más regocijado, un alma sin ilusiones, se muere de hastío; en la lóbreguez del claustro, un alma fervorosa se inunda de placer.

Mientras así me expresaba, procurando llevar la tranquilidad a doña Amalia, no dejaba de observar la impresión que mis palabras hacían en Amparo, quien, pendiente de ellas, quería leer en mis ojos si estaban inspiradas en la sinceridad.

Avaloré entonces el supremo interés que por Gaspar sentía, sobre todo cuando poniendo su alma entera en esta pregunta:

-¿Cree usted -me dijo- que él será allí feliz?

Y dos lágrimas, deladoras de un sentimiento indefinible, rodaron por sus mejillas.

-Creo más, señorita -le contesté-; creo que lo es ya.

-¿Por qué?

-Porque habiendo renunciado al mundo para consagrarse a Dios, está muy en camino de Él. La cima de aquellas montañas dijérase que elevan, que aproximan la criatura al Creador.

La conversación se había espiritualizado en términos que las dos santas mujeres, en íntima relación con Gaspar merced a los vínculos de la sangre y del cariño piadoso, hicieron abstracción y hasta dejación del legítimo derecho que pudieran tener a su afecto, a trueque de que otro amor, otros anhelos y otras esperanzas vinieran a endulzar la vida y a señalar nuevos horizontes de felicidad al triste desterrado.

Admirábame aquel noble desprendimiento, aquel heroico ejemplo de amor suprasensible, amor que no busca la dicha propia, sino la ajena, y deseando, por mi parte, humanizar un poco la situación de las dos resignadas víctimas proporcionándolas un consuelo real e inmediato, las prometí que en mi próximo regreso a Andalucía, antes de llegar a Priego, haría escala en Córdoba

con objeto de visitar las Ermitas y de llevar al pobre novicio, allí recluso, la dulce expresión de cariño y el piadoso recuerdo de su madre y de su hermana.

Una y otra acogieron el ofrecimiento con las frases más afectuosas, tras de lo cual me despedí de ellas no sin quedar grata, aunque profundamente impresionado, de tan cordial entrevista.

No eran pasadas cuarenta y ocho horas de la celebración de aquella, cuando, fiel a mi promesa, me detuve en Córdoba y subí al desierto de Belén, comúnmente conocido por "Las Ermitas".

Más de una vez había yo visitado tan santo lugar, pero nunca con el gusto y aun la emoción que ésta.

En anteriores ocasiones fue acicate a mi subida el mero deseo de apreciar la salvaje majestad de aquellas cumbres, desde donde se espacia la vista, encantándola, por un inmenso horizonte sensible; movióme también la piadosa curiosidad de conocer la vida monástica de los santos eremitas encerrados, o mejor, enterrados, en las entrañas de Sierra Morena, pero ahora, sobre aquellos incentivos y dominándolos en interés, me llevaba el vivísimo anhelo de entrevistarme y sondear el espíritu de Gaspar de Montellano.

Para lograrlo, y una vez que estuve

"De aquellas lomas
en las casitas blancas
como palomas"

me dirigí resueltamente a una de ellas, habitada por el hermano José, antiguo limosnero, que durante mi juventud, hacía la colecta anual en Priego y llegaba a mi casa, por cuya razón yo fui a la suya.

El buen ermitaño, cariñoso como siempre, no sólo me facilitó los medios de que lograrse mi intento, sino que me brindó su propia casita para que en ella pudiera departir a solas y tranquilamente con mi buscado novicio.

Con efecto, tras de breves minutos de espera, Gaspar, envuelto en tosco y pardo sayal de lana, se me presentó:

-Alabado sea Dios -dijo- saludando.

Por siempre -le contesté.

-No aguardaba su visita aunque me es muy satisfactoria.

-¿Tan olvidadizo me suponía usted?

-Olvidadizo, no; ignorante de mi residencia, sí.

-Las residencias se encuentran cuando son buscados con interés los residentes.

-Gracias por lo que a mí toca, mas como a nadie de Priego, ni a V. mismo he participado mi reclusión...

-Cierto; pero Priego es un átomo en el mundo.

-Eso quiere decir que V. ha indagado fuera.

-¿A qué negarlo? Vengo de Madrid.

-¡Ah!

Un relámpago iluminó entonces sus serenas pupilas, pero duró poco: lo que un relámpago.

-Ya comprenderá usted -recalqué- a quien habré visitado.

-Sí, sí, Dios se lo pague: ¿cómo está mi madre? ¿Cómo está mi hermana?

Y preguntaba por ellas, por su madre, por Amparo, con tal serenidad de espíritu, que otro, en mi lugar, tomara la serenidad a cuenta de indiferencia.

Mas no era indiferencia, no; la pasión humana, como fiera a quien se la hiere en lo más íntimo, daba sus últimos desesperados zarpazos en el corazón del pobre Gaspar, pero éste, asistido de una fuerza sobrenatural, en lucha con los impulsos de la sangre y con los incentivos del amor, se abroquelaba contra la fiera, cumpliendo lo que él tenía por supremo deber: la expiación.

Satisfice lo mejor que pude las enunciadas preguntas respecto a su madre y a su hermana y para llevar el bálsamo de la tranquilidad a su combatido espíritu le añadí, como impresión exclusivamente mía, la creencia de que aquéllas, aunque sabedoras de su perpetua reclusión, lo que las dejaba en triste aislamiento, aceptaban resignadas tal sacrificio, a trueque de un recíproco sentimiento por parte de él.

-Sí, sí -profirió entonces confirmando mi dicho-, es necesaria esta mutua renunciación de afectos; debemos elevarnos sobre nosotros mismos, considerarnos libres de las corporales ligaduras y de las pasiones humanas y creer que, anticipándose a la muerte, se han remontado nuestras almas a las regiones empíreas, donde la bondad infinita las ha de reunir purificadas por una eternidad.

Y cuando esto decía, realzaba lo augusto del concepto con lo sublime de la acción; irradiaba en sus ojos el amor divino y se transfiguraba su semblante a la manera que el de un Pablo o el de un Agustín, ya convertidos, evangelizando al mundo.

He de confesarlo: fue tanto lo que me impresionó su actitud y tal el grado de perfección que le atribuí, que rindiendo homenaje a sus méritos, tenidos por sobrenaturales, acabé por decirle:

-Gaspar: siempre le admiré a V. como bueno; permítame que ahora le venere como santo.

-¡Al contrario! -rectificó súbitamente- considéreme V. como un gran pecador; como un hombre, con tal estigma en su vida, que necesitara ¡mil vidas de penitencia para poderlo borrar!

Esta confesión me aterró por la espontaneidad con que la hizo, y me aterró tanto que no pude contestarle; me infundían miedo su mirada sombría, su voz apocalíptica.

-¿Lo duda usted? -continuó-; pues día ha de llegar en que no lo dude.

-Así será, pero no sé a qué pueda usted referirse.

-Va V. a saberlo. Acabo de decirle que necesitaría mil vidas de expiación para borrar el estigma que pesa sobre la mía, y como no tengo más que una, he de procurar que perduren sus efectos si para ello cuento con usted.

-Conmigo puede V. contar, pero repito que no comprendo...

-Es bien sencillo. La palabra hablada muere con el hombre y aun antes que el hombre; la palabra escrita dura y perdura a través de las generaciones.

-Ahora sí comprendo. Intenta usted...

-Más que intento, es resolución. Cualquiera que sea el término de mi vida, contando con que Dios me dejará siquiera un breve espacio para hacerlo, he de fiar a la pluma lo que no he fiado a la lengua: la revelación del hondo secreto que llevo conmigo, clave de mi existencia y móvil determinante de mis actos, cuyo conocimiento dará buena explicación de ellos, lo mismo a usted, que será el primero en saberlo, que a cuantos lean mis confesiones de ultratumba.

-Y ¿por qué he de tener esa prioridad?

-Porque habiéndome V. honrado siempre con su confianza, justo será que le corresponda con la mía, aun después de mi muerte. Cuándo ésta llegue, nuestro Abad, a quien dejaré el encargo, remitirá a V. cerrada y sellada aquella revelación para que le dé V. publicidad. ¿Me promete V. hacerlo así?

-Así lo haré; mas ¿y si yo muriera antes?

-Sus hijos cumplirán el encargo, a cuyo efecto dejaré instrucciones al propio Abad.

-Perfectamente. Veo que todo lo tiene usted previsto.

-Todo, aunque tarde. ¡Quién pudiera preveer a tiempo!

-No bien hubo pronunciado estas sentenciosas palabras cuando sonó la campana de la ermita próxima.

-Nos llaman a orar -dijo.

-En ese caso, vaya V., no debo retenerle.

-Pues entonces... ¡adiós hermano!

Y se levantó.

-¿Hermano? ¿Ha profesado V. quizá?

-Hace tres días.

-Lo ignoraba.

-Así lo he comprendido.

-Eso quiere decir que...

-Ya... ¡ya nos veremos!

Y señaló con resignación el cielo, para darme a entender que no debía volverle a ver en la tierra.

Sugestionado por aquella indicación dirigí mi vista a lo alto por unos momentos, no sé si por muchos, pues perdí la noción del tiempo.

Cuando bajé la mirada, Gaspar no estaba allí.

Entonces, al notar su ausencia súbita, creí, tal vez por obra de la misma sugestión, que mi pobre amigo no había entrado en la iglesia, sino ascendido a más augusto lugar...

Y en confirmación de esta idea, vínome a las mientes la famosa estrofa de Grilo:

"Muy alta está la cumbre;
la cruz muy alta...
Para llegar al cielo
¡cuán poco falta!

XXXIV
(EPÍLOGO)
EL MANUSCRITO DE GASPAR

Han transcurrido muchos años ¡muchos! desde los últimos acontecimientos narrados. El siglo XIX se ha hundido en los abismos del pretérito y el siglo XX, en mal hora nacido, es una leyenda trágica, escrita con sangre, para baldón de la humanidad. Dijérase que el genio de la guerra es el que impera en esta centuria de maldición.

Por lo que hace a nuestra patria, si bien se libró de la conflagración universal, no pudo librarse del duelo a muerte a que traidoramente le concitara la barbarie marroquí, y en las postrimerías estivales de 1921, la sangre española corrió a torrentes por los campos rifeños y el grito de ¡guerra! vibró fortísimo y unánime por todos los ámbitos de España.

Esta legítima exaltación del patriotismo se sobrepuso a cualquier otro sentimiento; relegáronse a segundo término los pequeños, y aun grandes, cuidados de la vida, y un solo anhelo cristalizó en los pechos españoles: la reconquista del terreno perdido y la venganza de nuestros hermanos muertos.

Por lo que a mí toca, ¿cómo sustraerme al sentir general? ¿Cómo ser nota discordante en el supremo concierto de fuerzas y voluntades aunadas para la defensa y salvación de la patria?

Sírvanme estas explicaciones de excusa ante el hecho, que paladinamente confieso, de haber olvidado por aquel tiempo y en aquellas circunstancias la causa, para mí interesantísima, de Gaspar de Montellano.

Además, el transcurso de treinta y cuatro años, a contar desde nuestra última entrevista, ¡tiene tantos días y deja tan menguada la memoria!

El once de Noviembre de 1921 hallábame en Málaga, con cuyo motivo tuve ocasión de acompañar hasta su embarque a una comisión del Ayuntamiento de Priego, llegada a la bella capital andaluza, de paso para Melilla, con el objeto de repartir en el teatro de la guerra lo que en el teatro de mi ciudad natal produjeran unas funciones benéficas, amén de otra importante colecta realizada por distinguidas damas de la misma localidad.

Luego que embarcó la comisión en el "correo de Melilla", así como buen número de soldados (expedición que se repetía a diario), torné a mi hotel, un poco mohíno y un mucho preocupado, pensando cuántos de los últimos infelices que a bordo iban servirían de carne de cañón a los moros en aquel madero de cristianos.

Así quedaba mi espíritu siempre que asistía a la salida del vapor con rumbo a la plaza africana, y en tal estado de tristeza e inconsciencia volví, repito, a mi casa, cuando he aquí que la llegada del cartero, con un gran pliego certificado, vino a sacarme de mi honda preocupación.

El certificado era procedente de Córdoba.

Rasgado el sobre me encontré, en primer lugar, un escrito, mezcla de esquila mortuoria y de oficio, que decía así:

"El hermano Gaspar de la Penitencia ha muerto piadosamente en el Desierto de Belén, el cuatro del actual.

El Abad de las Ermitas de Córdoba, al participar a V. tan triste noticia, pidiéndole una oración para el finado, cumple el deber de remitirle el adjunto manuscrito, último encargo que nuestro hermano nos hiciera.

Desierto de Belén a 7 de Noviembre de 1921.

EL ABAD.

Señor don Carlos Valverde López."

-El hermano Gaspar de la Penitencia -me dije- no puede ser otro que Gaspar de Montellano. El pobre Gaspar ha muerto... ¡Dios misericordioso le haya acogido en su seno!

Y dicho esto, rompí un segundo sobre, apareciendo a mi vista el manuscrito mencionado por el Abad, cuyo documento trájome a la memoria el que mi desdichado amigo me anunciara en nuestra última entrevista.

Sin duda era aquél. Allí estaba la misteriosa clave de su vida; allí el terrible secreto a nadie revelado.

Y esa revelación vino a mí clara, rotunda, una vez que leí su contenido, el cual transcrito literalmente decía así:

"En el santo Nombre de Dios.

Yo, Gaspar de Montellano y Sandoval, hoy Gaspar de la Penitencia, ermitaño profeso en el Desierto de Belén (Sierra Morena), hallándome en pleno uso de mis facultades, movido por los dictados de mi conciencia, y para su descargo, quiero hacer y hago fiel narración de mi vida, a fin de que publicada a mi muerte, por quien tiene encargo de ello, pueda servir de elocuente lección y saludable escarmiento a cuantos la leyeren.

Nací en Madrid el seis de Enero de 1862, siendo mis padres don León de Montellano y doña Amalia Sandoval, quienes no tuvieron más sucesión.

Recibí en la Corte esmerada educación, cual cumplía a mi lustre apellido y al desahogo económico de mi casa, con cuyos felices auspicios, diome entrada en su seno la buena sociedad madrileña.

Este dichoso alborear de mi vida se trocó pronto y para siempre, por obra de la fatalidad, en noche tenebrosa.

Cuando intento ¡ay de mí! esbozar siquiera la causa determinante de esa mutación siniestra, cuando me dispongo a darle forma gráfica en el papel, mi mente se ofusca, mi pecho siente ahogos mortales, mi mano tiembla y se resiste a escribir.

Empero, es preciso hacerlo, no sólo por los motivos enunciados, sino porque, aun más allá del sepulcro, mi verbo escrito siga pidiendo a Dios misericordia.

En mi casa no reinaba la felicidad, ni siquiera la paz. Malos consejeros y peores amigos llevaron a mi padre (que santa gloria haya) por torcidos derroteros.

El respeto que debo a su memoria me hace pasar como sobre ascuas, por este punto, ocultando piadosamente sus faltas, en cuanto me sea posible. Mi pobre madre, víctima de aquella vida irregular, arrastraba la suya con la resignación y prudencia de una mártir.

A fuer de prudente, trató de ocultarme sus pesares y lo consiguió por cierto tiempo, hasta que ya fue inútil la ficción. Un día me hizo clara revelación de su infortunio.

Desde aquella fecha corté toda clase de relaciones con mis amistades y consagué la existencia entera a mi madre.

Yo la veía sufrir y sufría al par que ella, con lo cual, en vez de consolarla acrecentaba sus penas, así como el aumento de las suyas exacerbaba las mías; que los corazones de madre e hijo son a manera de dos espejos colocados de frente, cuyos cristales reproducen y multiplican hasta lo infinito las imágenes interpuestas.

El calvario seguía; los disgustos se agudizaban; mi madre acabó por enfermar y si no guardó cama, fue por no darme más pesadumbre.

Pero yo la observaba; yo la veía desmejorarse por momentos, y yo no era ya un niño: contaba a la sazón veintitrés años.

Corría el de 1885.

Una noche... ¡qué noche, Dios mío!; mi madre y yo habíamos velado como de costumbre en espera de mi padre; la servidumbre se hallaba acostada; las horas transcurrían lentas, inacabables, y el esperado no volvía.

Fuese por el exceso de la vigilia o porque sus menguadas fuerzas se rindieran al dolor, mi madre, ya cerca de la madrugada, sintióse acometida de violenta excitación nerviosa; viéndola en tal estado, la quise hacer acostar, a lo que ella se resistía, porque esto contrariaba a mi padre; mas insistiendo el nerviosismo en sus accesos y yo en mis ruegos, pude lograr, al fin, que la pobre reposara en el lecho.

Breve rato llevaba descansando cuando un fuerte campanillazo dado en la puerta del piso me indicó que mi padre llegaba.

Tiempo me faltó para abrirle.

Entró no quiero decir en qué estado...

Con voz casi ininteligible me preguntó por mi madre.

Yo le contesté que sintiéndose enferma, y a mis ruegos, se acababa de acostar.

Esto le produjo tal disgusto que fuera de sí comenzó a llamarla a voces para que se levantara.

Yo le rogué, le pedí por Dios que la dejara descansar.

Mis ruegos fueron inútiles, contraproducentes, porque le irritaron más y redobló sus gritos y vociferaciones.

En aquel punto, se abrió la puerta del dormitorio de mi madre y apareció ésta pálida, desencajada, temblando, no sé si de frío o de terror...

Instintivamente me puse a su lado.

No bien me puse, sentí en el rostro un golpe, pero el agravio no llegó al corazón.

Y permanecí firme en mi sitio.

Entonces un hombre -pues en tal momento solo vi al hombre avanzó con los puños crispados en ademán de agredir, ya no a mí, a mi madre, pero yo, antes de que lo consiguiera, asiéndole por los hombros, con una fuerza que más que la indignación debió prestarme el infierno, le arrojé lejos de mí y cayó al suelo, de espaldas, lanzando un gemido de dolor.

Aún se debatió unos instantes, pocos; luego quedó inmóvil.

Casi tanto como él quedamos mi madre y yo: el pavor nos dejó paralizados. Transcurrido ese breve período de supremo estupor, un generoso impulso de socorro, aunque tardío, nos acercó al caído. Le reconocimos.

Aquel hombre estaba muerto.

¡Y aquel hombre era mi padre!

Al darme cuenta del hecho, y de que yo lo había hecho, debí perder hasta la noción de mi existencia, pues durante un largo espacio quedaron abolidas todas mis facultades y en suspenso mis sentidos.

Supe después esto por mi madre, quien al verme en tal estado trató de reanimarme, lo que a duras penas consiguió.

Aun hizo más: pero ¿qué no hará una madre por su hijo, y sobre todo por un hijo desgraciado?

Inventando una piadosa mentira -que hay mentiras piadosas como hay verdades crueles- quiso hacerme creer que yo no había arrojado a mi padre contra el suelo, sino que él, víctima de su estado lamentable y congestionado por el acceso de furor, sufrió un vahído que le produjo el desplome y al rudo choque de su cabeza quedó muerto.

Yo, por el pronto, ni concedí ni negué veracidad a tan ingeniosa hipótesis; tal era la estupefacción o suprema indiferencia que me dominaba.

Aprovechándose de ella, mi madre llamó a la servidumbre, la cual se presentó a todo correr dado lo alarmante del aviso.

-¡Un médico a seguida, volando; que el señor ha caído y está en peligro de muerte!

Así exclamó dirigiéndose a un criado. Éste no se hizo repetir la orden y salió corriendo en busca del doctor.

Entre tanto, mi madre y el resto de la servidumbre levantaron el cuerpo inerte, suponiendo que aún tenía vida, y lo depositaron en el lecho.

Yo no pude coadyuvar a ese traslado.

A poco llegó el médico, quien se concretó a certificar la defunción.

Ignoro las diligencias judiciales que se practicaron después; sólo sé la resultancia y calificación oficial del hecho: don León de Montellano, según ellas, se produjo la muerte por conmoción cerebral a causa de un accidente fortuito.

Mas si bien esa declaración forense y judicial nos eximía de responsabilidad a todos y sobre mí no recaía ni la sombra de una sospecha, a medida que los días pasaban, que mi memoria se rehacía, que mi conciencia gritaba acusadora, apoderábase de mí el horrible torcedor del remordimiento.

Llegó muy pronto el instante en que me di plena cuenta del suceso, en que lo vi tan claro como si de nuevo se desarrollara ante mis ojos, y en ese instante cruel, si mi conciencia actuó de fiscal, yo fui mi propio juez.

Pero antes de serlo ¡qué días y sobre todo qué noches, Dios mío!

Tenía el insomnio por castigo. Y cuando al fin, rendido por el dolor moral, el sueño me embargaba, en mal hora lo hacía, pues sin darme momento de reposo la sombra de mi padre surgía amenazadora con los puños crispados, tal como le vi la noche de su muerte...

A su vista, la impresión de terror me despertaba, presa de mortal congoja y el resto de la noche me lo pasaba llorando.

Haciéndoseme, pues, imposible la vida, puesto en los linderos de la locura o del suicidio, actué, repito, de juez en causa propia y planteé a mi madre el tremendo dilema: o caer en uno de aquellos dos males, a cual peor, o entregarme a la justicia y confesar el parricidio; solo así podría amansar la fiera del remordimiento que me devoraba las entrañas.

Mi madre me rogó por Dios que tal no hiciera, pues el proceso llevaba implícita la deshonra, que es peor que la muerte, y para disuadirme más añadió que la deshonra no sólo alcanzaría a mí, sino a ella por indicios de complicidad y pruebas de encubrimiento.

Comprendí que llevaba razón, mas ¿qué hacer? ¡Dios mío!, ¿qué hacer? Así clamábamos los dos en el colmo de la angustia, sin hallar una idea salvadora, cuando he aquí que aquella santa mujer, mi madre, tuvo una inspiración sublime y dijo:

-¿Qué hacer? Acudir a un tribunal más alto que el de los hombres, al tribunal de Dios pidiéndole misericordia y mientras te la otorga, ¡penitencia!, ¡expiación! Dios perdona siempre: si Judas que le vendió, si Pilatos que le condenó a muerte se hubieran arrepentido y llorado sus culpas estuvieran en el Reino de los cielos. Pide al Señor que te perdone, hijo mío, y Él te perdonará. Joven eres y eres fuerte; ¡carga con la cruz de la penitencia y ella te redimirá!

Oí a mi madre como pudiera oír la voz del Altísimo. Al día siguiente me despedí de ella. Salí de Madrid de incógnito y en el primer pueblo de Andalucía donde el tren paró hice también parada. Cambié mi traje por el de un pordiosero, que me tomó por loco, y desde aquel momento comenzó mi vida expiatoria. Dos meses aproximadamente estuve vagando por Andalucía, siempre con tendencia y dirección a Granada, pues, aspirando a imitar a San Juan de Dios en su humildad y amor a los pobres, me atraía aquella ciudad que él "tuvo por cruz".

Allí esperaba yo encontrar la mía, empero un acontecimiento acaso providencial, me detuvo antes de llegar a mi destino.

A mi paso por Priego, y hallándome en su plaza, cayó ante mí, atropellado por una bestia, un pobre anciano a quien recogí del suelo mal herido y conduje al hospital, inspirándome en los hechos del santo cuya vida me proponía imitar.

Cuando deposité al herido en el lecho y le contemplé, su edad proyecta y el sitio de la lesión me hicieron recordar a mi padre en su mortal caída, y fingiéndome que lo era, le asistí y velé como buen hijo, con lo cual hallé el primer consuelo dentro de mi desgracia.

Tomando, como digo, aquel suceso por providencial, él me decidió y fue causa de que fijara mi residencia en Priego.

Resuelto a ello, deseando acentuar mi vida de mortificación y contando con la benévola acogida que siempre me dispensó el alcalde, solicité u obtuve una plaza de sepulturero, con cuyo motivo adopté por único domicilio el Cementerio, que ya no dejé hasta mi salida del pueblo.

El ejercicio de mi cargo me dio ocasión de conocer en sus frecuentes visitas al Campo-Santo a la señorita Amparo de Montellano, a quien, causas íntimas, unidas a la reciente muerte de su madre, condenaban a irredimible martirio. El estado de su espíritu y acaso cierta misteriosa simpatía por afinidad de dolores, la hicieron adivinar los míos, con cuyo motivo establecióse entre los dos una relación de condolencia que se convirtió con el tiempo en el más puro y entrañable afecto fraternal.

Este nobilísimo sentimiento subió de punto cuando las circunstancias, un tanto novelescas, me hicieron saber que Amparo llevaba mi propia sangre, es decir, la de mi padre, por cuya razón, y dado el terrible secreto de mi existencia, yo no podía rendirla ni esperar de ella más que un amor dulcemente espiritual, que es el que nos profesamos, y porque así sea siempre, hemos puesto entre los dos, como muro infranqueable, la ausencia por toda la vida.

Muerto su padre, que fue hermano del mío, como ella quedara sola en el mundo, intervine para que se uniese a mi madre, quien la acogió cariñosamente como hija, y en tal concepto residen en Madrid prestándose mutuo consuelo

del que yo participo sólo con saber que han unido suerte y existencia los dos seres queridos de mi corazón.

Desde las soledades de esta sierra, donde pienso acabar mis días, mantengo escasa, pero constante correspondencia con mi madre, la cual siempre me habla de Amparo, y ambas me comunican estar en posesión de una dulce tranquilidad de espíritu, que será tanto mayor, cuando más seguridad tengan de la mía. A estas manifestaciones correspondo participándolas que la bondad divina, derramando en mí el raudal de sus gracias, me asiste con la misma dulcedumbre espiritual en cuyo estado, único feliz a que ya podemos aspirar en este mundo perecedero nos hemos dado cita para aquel otro que no tiene fin.

Y aquí se lo pongo yo, por ahora, a estas confesiones, en espera de nuevos acontecimientos me hagan continuarlas.

Los esperados, cuanto temidos acontecimientos, llegaron ¡ay de mí!

En el día de la Inmaculada de 1890, mi pobre madre ha entregado su alma a Dios, de quien goce eternamente, y Amparo, al verse sola otra vez, me ha comunicado por escrito su resolución de abrazar el estado religioso, acordando que mereció no sólo mi aprobación, sino mis plácemes.

Al manifestármelo así, concluía diciendo: "Ya, hermano mío, no te volveré a escribir, salvo en el caso de que Dios me dé tiempo e inspiración para hacer *in artículo mortis*."

Han pasado dieciocho años. (¡Qué larga es esta vida!)

En su dilatado transcurso no he vuelto a saber de Amparo, ni de nadie; bien es verdad que con nadie me comunico en el mundo: sólo con Dios en el cielo y con mis hermanos de religión en la tierra.

Hoy, uno de ellos, el limosnero que baja a Córdoba, me ha traído una carta. Grande impresión me ha causado el tomarla y mayor todavía el leerla. Aunque escrita por mano temblorosa, y sin firma, no dudé un momento de su procedencia: era de Amparo.

He aquí su contenido:

"Madrid 9 de febrero de 1909.

Hermano mío en nuestro Señor Jesucristo: cuando leas estas líneas ruega a Dios por mí, pues hoy debe ser el último día de mi existencia.

Mas con ser tan escasos los alientos que me restan, son suficientes para llevar la suprema tranquilidad a tu alma. Dios ha permitido que reciba este gran consuelo antes de morir y que tenga tiempo de participártelo.

Haz de saber que en la pasada noche, hallándome enferma de gravedad pero en mi sano juicio y cabal conocimiento, se me ha presentado en sueños el Ángel de mi guarda, a quien siempre tuve especial devoción, y me ha anunciado la inminencia de mi muerte.

Preguntado por mí si podría notificarte su mensaje, para que encomendar mi alma al Altísimo, me respondió que sí, y aun añadierte, que tu larga vida de expiación, y los ruegos de tu madre y míos, habían sido propicios al Señor y *quedabas perdonado Gaspar...*"

La carta no terminaba con el nombre de quien la escribía, sino con mi nombre.

Se supone que expresado lo que tenía que decirme, y cumplida su misión en la tierra, el alma de Amparo voló a más alto y celestial destino.

¿Cuándo tomará la mía el mismo rumbo?

Entre tanto... ¿será cierto que he sido perdonado por la divina justicia?
¡Oh! sí, debo creerlo, porque me lo ha dicho un ángel de parte de otro y los ángeles son los embajadores del Eterno.

¡Gracias, gracias, Dios mío; bendito seas por tu misericordia!

Y porque sigas otorgándomela hasta la hora de mi muerte, broten del corazón y repitan mis labios las sublimes palabras de David:

"Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam"

Aquí acababa el manuscrito de Gaspar. Y aquí acaba la NOVELA.